



M. ...



Mi inocente
DUQUESA

Miranda
Bouzo

MI INOCENTE

DUQUESA

MIRANDA BOUZO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Mi inocente Duquesa*

© *Miranda Bouzo*

Edición publicada en abril del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques* Maquetación: *Alexia Jorques*

Mi inocente
DUQUESA
Miranda
Bouzo

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Capítulo 1

Olive Marsé entornó los ojos al pasar frente al palacio de Kensington. El traqueteo sobre los adoquines le hizo devolver la vista al interior del carruaje para observar a sus acompañantes. Su tío y tutor, lord Thomas Cox, se

entretenía en doblar una misiva en pequeños pedazos, mientras su prima Grace mantenía los ojos cerrados, apoyada sobre un cojín. Olive suspiró, ya estaban cerca de su destino, el afamado y novedoso club social Almack`s, a punto de comenzar su tercera estancia en Londres, una nueva temporada, una nueva farsa.

Lord Thomas le entregó la nota a Olive con un breve gesto de impaciencia.

Ella la envolvió con su guante blanco y la deslizó por el extremo de su vestido verde, donde quedó oculta por un pequeño bolsillo disimulado en la entretela.

Comenzó a llover y las gotas golpearon el techo del carruaje envolviéndolos en un silencio aún más incómodo. Olive estaba agotada, la temporada social de Londres apenas había comenzado hacía una semana y no creía poder aguantar hasta el final. Las fiestas interminables, las cenas de etiqueta, las óperas del Covent Garden, todo ello precedido de interminables horas en las que sus doncellas la peinaban con esmero y la vestían sólo con un fin, que se mezclara en la clasista sociedad inglesa, lejos de su país y de cualquier vínculo con su anterior vida.

—¡Olive! —gritó Grace nerviosa—. ¿Crees que el rey abrirá la temporada hoy, aquí? Estoy tan nerviosa.

Olive sonrió a su prima. Con apenas diecisiete años era una preciosa muchacha de pelo negro y expresivos ojos castaños, que le había ganado el corazón con su carácter afable y sincero. Sencilla y con un rostro hermoso, sería la envidia de las otras debutantes en busca de marido.

—No lo creo, Grace, dicen que la reina está a punto de dar a luz a otro príncipe, con toda seguridad no veremos a sus majestades en ningún acto social de esta temporada —dijo Olive a la vez que se incorporaba para coger la mano de su prima, envuelta en un guante azul celeste, del mismo color que su vestido.

—¡Oh! —suspiró Grace decepcionada.

—De todas formas, no creo que tengas tiempo para preocuparte por esas cosas, prima, vas a tener cientos de pretendientes a tus pies que no te dejarán

un momento de descanso.

Grace la miró intrigada, no comprendía cómo Olive aún no estaba casada o al menos comprometida. Esta era su tercera temporada en Londres y había

tenido pretendientes desde el primer baile al que acudió. Por otra parte, no le extrañaba ya que Olive era muy hermosa. Su cabello recogido en elegantes moños era de un tono castaño claro, ni demasiado rubio ni demasiado oscuro.

Sus ojos cambiaban de tonalidad desde el castaño al verde, según la luz. En conjunto era tan bonita que, en más de una ocasión, la envidia la tentaba, pero el cariño que se profesaban la una a la otra era enorme. Tres años atrás, cuando su padre, lord Thomas Cox, llegó en un carruaje con Olive pensó que sólo se quedaría con ellos un tiempo; pero había resultado ser permanente, para su propia dicha. Al principio, Olive resultó ser muy callada, reservada, algo extraña y con costumbres muy peculiares, pero al cabo de unas semanas la amistad nació entre ellas.

—Ya hemos llegado —afirmó lord Thomas. El carruaje se detuvo y no esperó a que los criados abrieran la puerta, sino que, bajo la intensa lluvia, salió para ayudarlas a bajar del carruaje—. Daos prisa, vais a empaparos.

Olive tomó su mano y cruzó con su tío una mirada dura. El juego comenzaba y cada vez era más peligroso para ambos. Habían discutido antes de salir y la tensión que se respiraba en sus miradas debía terminar en favor de la misión de esa noche. Apretó la mano contra la breve nota escondida en su vestido verde y asintió ante su tío para que supiera que todo estaba bien y que, a pesar de sus diferencias, haría lo correcto.

Los tres anduvieron de prisa hasta la iluminada puerta de entrada, con el peligro de caer por culpa de los charcos que ya se comenzaban a formar. Olive iba delante, mirando al suelo para no tropezar con sus finos zapatos de tela, mientras un criado del club la cubría con una manta. El brusco impacto contra un cuerpo la hizo trastabillar. A punto de caer, sintió unas manos que, sobre la capa, le agarraron con firmeza la cintura y era atraída hacia el calor de un hombre. El olor inconfundible a loción de afeitar inundó todo el espacio entre ambos cuerpos e hizo que Olive emitiera un suspiro. Miró hacia arriba, hacia su salvador, pero este ya la había soltado con brusquedad y bajaba a la carrera

las escaleras para recibir al siguiente carruaje que se acercaba.

—Has tenido suerte, Olive, has estado a punto de caer. Ten más cuidado y mira por dónde vas —farfulló su tío apremiándolas a que entraran bajo techo.

El olor a perfume caro y rosas inglesas no eclipsó el brillo del vestíbulo de Almack's. Todavía se sentía impresionada, después de tanto tiempo, al atravesar las puertas dobles abiertas de par en par. El inconfundible aroma a lujo se podía respirar en el aire. Atrás quedaba el olor a deshechos de las calles, cada vez más atestadas, de Londres, que ni la lluvia constante podía limpiar. Las lámparas de cristal en forma de araña emitían destellos de colores vivos sobre las paredes y los amplios espejos que las adornaban. Dejaron sus capas mientras Grace abría

la boca deslumbrada por la fastuosidad del lugar.

—¡Es todo tan hermoso, Olive! No imaginaba que sería tan bonito y espectacular.

—Espera y verás la balaustrada, Grace. Dicen que está recubierta de oro pulido —contestó Olive mientras se dejaba llevar por la emoción de su prima.

Dos años antes ella había sentido la misma expectación, pero su deber era fingir y mostrar un rostro imperturbable. Hasta con Grace debía interpretar un papel para el cual la habían preparado durante años de adiestramiento.

—No te separes de mí, Olive, ¡me da miedo cometer una torpeza ante tantas damas elegantes! —sonrió Grace con su sencillez natural.

—Dentro de un rato ni te acordarás de ellas —le contestó con cariño mientras se adentraban en el siguiente salón. Un criado anunció a la familia y, precedidas por lord Thomas, avanzaron hacia el comienzo de la escalinata—.

¿Lo ves, Grace? Estás preciosa, los muchachos no pueden apartar la vista de ti

—susurró Olive a su prima con cariño. Deseaba que la única persona a la que podía llamar familia fuera feliz, poco importaba si aquellos hombres la miraban a ella, Olive se había convertido en la apuesta favorita de aquellos

petimetres que se peleaban por embaucar a la «francesita», como la llamaban a escondidas.

Intentó disfrutar del momento, cogida del brazo de Grace, y avanzaron entre cuchicheos divertidos. Olive por un momento respiró felicidad, como si sólo fuera una de aquellas jovencitas en busca de un apuesto compañero de baile.

—Estoy tan nerviosa, Olive, vayamos abajo a una esquina del salón.

—Bajad ya, por favor —gruñó tras ellas su tío y padre, impaciente por perderse entre la gente allí congregada.

Olive lo miró furiosa. Para lord Thomas aquello era un suplicio, pero para su joven hija sería el mejor recuerdo de su paso de la niñez a la edad adulta.

Se mezclaron entre las damas que Olive conocía, presentó a Grace a sus conocidas más queridas e influyentes, con las que su prima se encontraría a salvo de habladurías y frases hirientes. La condesa Villin, la hija de los Amery, las hermanas Sheldon... Tras un rato se permitió dejarla sola en compañía de esas muchachas de su edad. El baile daría comienzo en breve y Grace ya tenía el carné de baile lleno. Olive sonrió para ella misma, primera misión cumplida, Grace no olvidaría aquella noche.

Su tío le hizo un gesto con la cabeza para que pasara al verdadero motivo de su estancia en el club. Al entrar, Olive ya había hecho un primer reconocimiento, que le sirvió para localizar al hombre que llevaba la chaqueta verde y el pantalón marrón. Era un hombre de mediana edad, creía haberlo visto en alguna de las reuniones a las que su tío Thomas la llevaba. Cogió una copa de champán y con lentitud, saludando con la mano o alguna breve reverencia, llegó hasta el

extremo del salón. El hombre al que miraba captó su movimiento y avanzó por el otro extremo, mientras Olive veía su reflejo en los cristales, sin mirarlo de manera directa. «Mira sin mirar, observa sin ser vista. Al entrar en una habitación debes saber quién hay en ella y qué lleva puesto, qué hay sobre las mesas y estanterías. No rías demasiado fuerte, ni seas demasiado locuaz. Nunca bebas más de una copa, no seas tímida, pero tampoco intentes pasar desapercibida, no seas ostentosa...». Las palabras de Monsieur Dupont la

vinieron al pensamiento como un recuerdo vago de su paso por aquella pequeña casa, donde la formaron antes de llegar a Inglaterra. Fue idea de Dupont que, cuando debiera pasar información, se vistiera de verde, como si fuera una cruel burla a su nombre y debiera acentuarla al vestir del color de las aceitunas, más claro, por supuesto; se suponía que al fin y al cabo era una debutante en busca de marido.

Capítulo 2

Nicholas se quitó la capa empapada, se la dio a un criado y acompañó a su amigo hasta la balaustrada. Odiaba aquel lugar y aquellos bailes. En breve, las matronas los verían y comenzarían a desplegar sus garras hacia ellos. Después de dos años de viajes por Europa, la vuelta resultaba un tremendo impacto como para que lo acosaran con dulces damitas en busca de marido. Su hermana pequeña, Meg, se presentaba hoy en sociedad junto a las demás jovencitas que entrarían por fin en el mundo adulto, y él debía estar presente, era el duque desde que heredó el título de su padre, apenas hacía unos meses y, aunque su madre estuviera con Meg, se esperaba que las acompañara.

—¡Nicholas Denworth en un baile de Almacks! ¡Creo que en el cielo suenan campanas! —gritó su amigo al verlo en la entrada, a lo que siguió una risa exagerada mientras se llevaba una mano a la oreja. Había estudiado con Henry en Eton y entre ellos se forjó una amistad tan fuerte que ni el tiempo ni las mujeres habían podido minar. Hijos ambos de duques, comprendieron muy pronto que pocos amigos encontrarían en su vida que no persiguieran su fortuna y se hicieron inseparables. Henry lo conocía mejor que nadie, pero incluso él no podía saber los secretos que con tanto empeño Nicholas se esforzaba en esconder.

—Eres muy gracioso, Henry —lo saludó mientras pasaban de un salón a otro—. Yo estoy obligado, pero ¿cuál es tu excusa para estar aquí? —le preguntó Nicholas aún con la risa bailando en sus labios.

Henry lo miró sin detenerse, tan serio como pudo.

—Debo encontrar esposa —soltó de golpe, a lo que los dos volvieron a reír mientras a su alrededor los miraban con cierta reprobación. Su amigo calló de repente y entonces sí se detuvo con total seriedad—. Es verdad, Nicholas,

busco esposa. Mi padre quiere verme casado y que me convierta en un hombre capaz de abandonar mis vicios. Dice que no quiere irse a la tumba sin verme con una mujer e hijos.

—¡Vaya! —Nicholas no sabía qué contestar, quizá era lo que tocaba a su edad, pero quedaba tanto por vivir, tanto por disfrutar y tantas mujeres a las que venerar...—. Entonces será mejor que veamos que puede ofrecer Londres a mi buen amigo, me comportaré como una vieja matrona y seleccionaré para ti a la muchacha más virtuosa y abnegada, con un cuerpo lleno de curvas y con unas buenas...

La marquesa de Avery pasó junto a ellos y con su abanico golpeó a Nicholas para que callara inmediatamente.

—¿Para eso mandamos a nuestros hijos a estudiar a Europa? Si su padre, en paz descansa, le oyera, excelencia, le daría una buena zurra —le regañó la mujer dándole un golpe más con su abanico.

—Marquesa, si yo la hubiera conocido en su juventud sin duda abandonaría ahora mismo la soltería —le contestó Nicholas mientras entornaba sus ojos verdes con esa mirada que tanto les gustaba a las mujeres.

—¡Oh, qué descarado eres, muchacho! —dijo la marquesa a la par que su rostro se suavizaba y le sonreía.

Entre bromas, Henry y él llegaron a la amplia escalinata, desde allí se podía ver el salón al completo. A sus pies la alta sociedad londinense bullía entre risas, bebida y coqueteos. Un mar de vestidos de diferentes colores, las jóvenes de colores claros y las mujeres con trajes más coloridos. Divisó a su hermana Meg, vestida de rosa junto a dos muchachas con las que conversaba animadamente. Se la veía preciosa y a gusto. Meg era como un ángel de cabello rubio y ojos azules.

La chica morena de su misma edad parecía tímida y dulce, su joven hermana tenía nuevas amigas y eso lo alegró. En la escuela a la que había asistido Meg no había tenido demasiada suerte con las amistades, cuando las otras chicas no la buscaban por la fortuna privilegiada de los Denworth lo hacían para criticarla por su espontaneidad y falta de recato a la hora de hablar. Un

movimiento llamó la atención de Nicholas: la muchacha que estaba con ellas, un poco mayor que ambas, miraba de manera insistente a su alrededor, como si buscara algo o a alguien. Vestía de un color verde claro que resaltaba su pelo castaño, ¿o era rubio? La vio despedirse de Meg y de la otra chica y avanzar decidida. No le hubiera llamado la atención si no fuera porque, al otro extremo del salón, un hombre también con chaqueta verde se dirigía en la misma dirección que ella.

Henry le estaba diciendo algo, pero no podía prestarle atención. Si algo había aprendido en tantos años observando el comportamiento de las personas a las que debía desenmascarar era que nadie nunca era realmente lo que parecía, y si esa mujer era amiga de Meg debía estar atento.

—¡Ah!, me preguntaba cuánto tardarías en ver a la «francesa» —dijo Henry siguiendo su mirada—. ¿Ves, por fin he conseguido llamar tu atención?

—¿La «francesa»? —preguntó intrigado.

—La llaman así, o la dama de verde, es muy común que aparezca en los bailes con vestidos de ese color. En mi club incluso hay apuestas sobre si al baile de los Avery irá de verde o no.

—¿Lo dices en serio? ¿Ahora se apuesta por esas tonterías en los clubs de Londres?

Henry lo miró como si estuviera loco o fuera un ignorante.

—Esa damita tiene locos a la mitad de los hombres de esta sala. Nicholas, debo ponerte al día, has pasado demasiado tiempo entre artistas y políticos —

contestó Henry con un movimiento de cabeza—. Incluso yo andaba tras ella, llegué a pensar que podía invitarla a pasear por Vauxhall; pero a mí, igual que a todos sus pretendientes anteriores, me dio calabazas. Lo que se llama «un pescado frío», amigo.

—¿Lo dices en serio? —contestó Nicholas ahora más interesado si cabe por aquella mujer. La siguió con la mirada, o más bien a su cabello castaño y a la esbelta figura que revelaba bajo aquellas capas de tela. Al contrario de lo que

decía Henry, la muchacha le parecía que irradiaba al andar sensualidad y fuerza.

Ella se detuvo antes de llegar hasta el hombre que la esperaba en una esquina del salón y, de una manera lenta y aparentemente casual, se giró para observar a su alrededor. Fue entonces cuando elevó sus ojos hacia Nicholas, como si supiera que alguien la observaba con atención.

Olive supo al fin quién la vigilaba, haciendo que se sintiera insegura ante su encuentro de esa noche. Allí, en la balaustrada de oro que le había enseñado a Grace, cruzó su mirada con la de un hombre que nunca había visto, estaba segura de ello. Su mente marcaba a fuego cada rostro, cada imperfección de la cara o defecto físico, cada gesto diferenciador o tic, pero a él no, no lo conocía. Hubiera recordado aquel rostro armonioso. Lo analizó, del pelo casi rubio, más largo de lo habitual, a su ropa, con un ligero corte francés. Un hombre de espaldas anchas y fortaleza que reflejaba en una mandíbula marcada, y unos ojos que desde lejos le parecieron castaños. Él sonrió y le dedicó una inclinación de cabeza que hizo caer uno de sus mechones sobre el rostro. Olive se estremeció, aquella sonrisa era como si en la lejanía la hubiera acariciado.

—Olive Marsé —dijo Henry al sacarlo de aquel cruce de miradas.

—¿Es una broma? —contestó Nicholas mientras la muchacha recogía sus faldas y seguía su marcha para atravesar el salón. ¿Olive? ¿Y vestía de verde?

—Te lo juro, amigo, es la sobrina de Thomas Cox, un barón del norte venido a menos que se compró el título de conde. Hasta hace dos años ni siquiera sabía que existieran, pero ahora las matronas se disputan invitar a su sobrina a cualquier baile o reunión social en Londres. La muchacha quedó huérfana en Francia y su tío la acogió en su casa. Hoy es la presentación de Grace Cox, su prima. Es la chica que está junto a tu hermana, la morena.

Nicholas levantó la mirada, no hacia su hermana, sino hacia donde segundos antes había visto a Olive Marsé. Recorrió el salón en busca de su vestido verde, pero ella ya no estaba.

«No mires, Olive», se ordenó. Avanzó hasta llegar al punto en el cual se

cruzó con su homólogo en color. Deslizó el papel entre las manos de aquel hombre con un suave roce, sin mirarle. No deseaba conocerlo ni identificarlo si se encontraba con él en algún otro acto social. El hombre agarró con atrevimiento su muñeca y Olive lo miró «idiota», lo echaría todo a perder. Pensó rápido, agarró una copa de ponche olvidada sobre una mesa y la volcó sobre el pantalón del caballero. La soltó al instante y, sin demorarse, pasó fugaz junto a él, oyó sus quejas y caminó más deprisa hacia la marquesa de Avery, como si su único objetivo para atravesar el atestado salón fuera encontrarse con ella. No era la primera vez que le ocurría, en ocasiones se encontraba correos que consideraban su trabajo como un mero entretenimiento, pero ella no; era consciente de que su vida dependía de que no la descubrieran. Volver a los barrios bajos, a orillas del Sena, no estaba en sus planes.

Después de saludar a la marquesa fue en busca de algo más fuerte que un simple ponche. Ese estúpido la había puesto nerviosa. Sin desearlo miró una vez más a la balaustrada para ver si el otro hombre que la observaba seguía allí.

Tropezó con algo y Olive se vio impulsada hacia adelante, sus manos se posaron en un torso fuerte y musculoso. Aspiró el olor a loción de afeitar, una pizca de sándalo. La asaltó el recuerdo de las escaleras, estaba ante el mismo hombre y por segunda vez en una noche la salvaba de caer. Unas manos cálidas se cerraron en torno a su cintura con firmeza y aspiró la dulce fragancia antes de levantar la mirada. Las solapas de la chaqueta marrón, la camisa abierta de manera indecente, el cuello de piel tostada hasta una mandíbula marcada, los labios, pero al llegar a sus ojos un breve suspiro se ahogó en su garganta, verdes y dorados, del color de las hojas en otoño.

—Perdón —susurró Olive con una voz que no era la suya, llena de un acento francés que creía haber dejado atrás hacia ya mucho tiempo. Olive perdió la compostura al ver aquella sonrisa que se dibujaba en el rostro ante ella.

—¿Olive Marsé?

Su nombre pronunciado en mitad de aquella sonrisa la pilló desprevenida.

Se retiró para escapar de aquella mano y su presencia abrumadora.

—Me temo que debo agradecerle su intervención, pero no conozco su nombre, estoy en desventaja ya que usted, al parecer, sí conoce el mío.

—Nicholas —acertó a decir perdido en los ojos de aquella mujer.

Olive arqueó una ceja ante la inapropiada presentación, carente de títulos, demasiado íntima para ser un caballero.

— *Merci*, Nicholas —contestó la joven.

Con un gesto decidido, Nicholas la vio coger su falda y darse la vuelta. Sin pensar, la sujetó del brazo como si estuviera en un arrabal en lugar de un baile en el mejor club social de Londres. Olive lo enfrentó con su mirada, perpleja a la

vez que indignada hasta que vio cómo su tío se aproximaba a grandes pasos, no sin motivo. La gente a su alrededor comenzaba a mirarlos extrañados ante el atrevimiento de Nicholas.

—Soltadme —le susurró Olive al oído—. ¡Hacedlo, ahora! —ordenó ya sin asomo de su deje francés.

Nicholas vaciló ante el extraño tono que la voz de Olive había adquirido.

Nadie hablaba así a un duque y menos a él. Los murmullos de aquellos que los miraban llegaron a sus oídos y se dio cuenta de la situación comprometida en que se hallaban. En los ojos de Olive Marsé vio reflejada una angustia que lo hizo enfadarse consigo mismo. La soltó como si fuera un hierro candente.

—¡Excelencia! —la voz de una mujer al dirigirse a él permitió que Olive tuviera la oportunidad de escapar, no la desperdició y huyó para encontrarse con su tío.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo, busquemos a Grace —contestó Olive con voz fría mientras deslizaba la nota intercambiada en el bolsillo de la chaqueta de su tío.

—Sabía que no me decepcionarías, Olive —afirmó con orgullo—. Veo que

has reconsiderado mi propuesta, estabas con Nicholas Sallow, duque de Denworth. Has llamado su atención.

—Fue casual.

—Casual o no, nos será útil.

La voz de su tío, Thomas Cox, se le antojó ladina. Recordó su discusión con él antes de ese baile, el momento en que le informó acerca de la conveniencia de encontrar esposo. Olive empezaba a dar que hablar, su tercera temporada y aún no se había siquiera comprometido. Un marido lo estropearía todo, necesitaba un poco más de tiempo para conseguir más dinero y huir. Unos meses más y sería libre.

Nicholas la siguió con la mirada molesto por su escapada. Su intuición le decía que había algo que no cuadraba en esa joven de aspecto frágil e inocente e, incluso, no habría reparado en ello de no ser por la modulación de la voz de Olive. Estaba seguro de que aquel acento francés se escapó de los labios de la chica por la sorpresa, al tropezar con él. Era el deje que se usaba en las calles de París y no el de una joven madeimoselle de la corte francesa.

Henry, ajeno a sus pensamientos hablaba con su hermana Meg y Nicholas se vio inmerso de nuevo en la vorágine del baile. Les trajo bebidas como un buen hermano, asistió a los reproches de su madre por ser tan calavera, bailó con su hermana una pieza y, aún después de cruzarse con muchas de sus antiguas amantes, el rostro de Olive Marsé seguía acudiendo a su mente. Se descubrió más de una vez en busca de ella, la prudencia le decía que no debía hacerlo, que

aquella muchacha era peligrosa para él. Ni viuda ni casada, una joven inocente a la cual no podía deshonrar en los jardines de cualquier marqués. Por casualidad o no, siempre que la localizaba se hallaba en el otro extremo del salón. Nicholas la vio hablando con algunos solteros que la miraban con lascivia, porque eso despertaba Olive, belleza y lascivia. Rememoró la suave curva de su barbilla, los ojos castaños salpicados de un verde retador. Las pecas rebeldes sobre sus pómulos, un rostro que no destacaba y a la vez era encantador y bello como sólo puede serlo el de una mujer vetada para el truhan que se esforzaba en ser.

Olive Marsé. Nicholas intentó indagar con tacto sobre ella entre sus amistades, pero aparte de la historia de su tío nadie supo contarle nada íntimo, ni amigos, ni escándalos, nada. Ni siquiera supo el momento en que ella abandonó el baile a pesar de su constante vigilancia.

Capítulo 3

Grace bajó del carruaje en el momento en que se abrió la portezuela. Su infatigable prima no se perdía una sola invitación y Olive, en calidad de soltera a la supuesta búsqueda de marido, la acompañaba arrastrada, sin protestar junto a su tío. Nadie vería bien que se recluyera tras los muros de la casa familiar en plena temporada londinense.

Olive se consumía día tras día por tener que obedecer los designios de su inconfundible «suerte». Cualquier mujer en su lugar se consideraría afortunada, casa, comida, lujos, joyas, vestidos, pero nada detrás. Un vacío que no tenía medida se abría paso en su interior. Siendo niña rio con ganas y lloró con fuerza por el hambre, pero entonces tenía sentimientos. Sentir era algo que se le había vetado hacía tiempo, nunca se había vuelto a permitir encariñarse con nadie hasta la llegada de su joven prima, quien le devolvió un poco de luz con sus interminables sueños y deseos infantiles, el ansia de vivir de un espíritu joven.

Lo vio en el momento que atravesó las puertas del salón de los marqueses de Percival, y un suspiro de fastidio se escapó de sus labios. Su tío fomentaba la relación de Grace y la hermana del duque para que Olive se acercara a él, al hombre que la llamó por su nombre y la salvó dos veces de caer, su excelencia, el duque de Denworth. Nicholas reía junto a su hermana Meg y una mujer de cabellos rubios, Anna, una condesa viuda, casada por conveniencia y que se acostaba con lord Percival, adicto al opio y las fulanas. Olive conocía cada oscuro y recóndito secreto de cada miembro de la sociedad invitado en cada casa y cada baile al que iban, sus manías y sus más oscuros vicios. «Relájate», le decía su fría cabeza. Hoy no vestía de verde, no había misión, sólo complacer a su joven prima. Se enderezó y entró en los atestados salones de los Percival con paso firme.

Se permitió observarlo desde la lejanía, ajena a que Nicholas ya sabía que estaba en aquella sala. Olive lo vio ejercer sus dotes de seducción con la

amante de Percival, una sonrisa, un leve roce sobre el brazo en forma de caricia, cómo se inclinaba a decirle algo a la dama, rozando con su aliento el cuello desnudo mientras demoraba la vista un poco más en los pechos de la mujer, lo justo para que *milady* supiera de su interés.

Una excitación le recorrió el cuerpo. Nicholas era, fuera de toda duda, un conquistador nato que atraía sin remedio a quienes le rodeaban, «*le charisme*»,

«el carisma», diría su maestro Dupont. Olive se deleitó con el suave movimiento

de sus manos sobre la piel de la mujer y ella misma se acarició la línea del cuello con un suspiro entrecortado. Al sentir sobre la piel la tela de su propia mano enguantada despertó avergonzada del poder de seducción del duque de Denworth. Incluso a metros de distancia, dedicando sus caricias a otra, la opresión de su pecho contra el corpiño no la engañaba. Nicholas era peligroso para ella. Fue entonces cuando él la miró, una sonrisa satisfecha, sabía que Olive lo observaba y el rubor cubrió sus mejillas.

Su prima y ella se desprendieron de las capas e inclinó la cabeza hacia él a modo de saludo. Debía alejarse de su excelencia.

—Mira, Olive, allí está Meg —dijo Grace con una sonrisa.

—Vamos con ella —contestó resignada a encontrarse de nuevo con él.

Meg se aproximó hacia ellas como sólo el porte de la hermana de un duque podía darle, del brazo de Nicholas.

—¡Grace, Olive! Cómo nos alegra estéis aquí, ¿verdad, hermanito?

Nicholas ni siquiera asintió, dedicó una mirada a Olive que comenzó en el ruedo de su falda azul, ascendió hasta la fina cintura encorsetada y se deslizó por su busto, al que dedicó una sonrisa maliciosa sobre la fina tela que lo cubría.

Se miraron. Olive, consciente de su mirada de deseo y, Nicholas, atónito

porque ella reconociera la lascivia y ni siquiera se ruborizara.

—Estoy feliz si tú lo estás, Meg —afirmó Nicholas al apartar la mirada de ella. No le gustaba la media sonrisa que esbozaba la francesa, incluso tuvo la sensación de que la muchacha se reía de él.

—Nicholas, ¡te veo bien acompañado!, las más bellas flores de todo Londres.

Henry le palmeó el hombro con una mirada de envidia y se vio obligado a desprenderse de la mirada burlona de ella. Escuchó como Olive se excusaba en busca de unos conocidos a quienes debía saludar, y Nicholas la vigiló sin ninguna vergüenza. Observó a la francesa entre la flor de la sociedad, recibida con cariño y dulzura por las mujeres, envidiada por las jóvenes de su edad y admirada por los hombres. Algo casi imposible de conseguir entre la nobleza.

Conversaba lo justo, modesta y comedida, excepto cuando su mirada fija en ella la hacía girarse para mirarlo, entonces un imperceptible gesto de fastidio cruzaba su rostro. Todo muy nuevo y desconcertante para él.

—Olvídalo, Nicholas —afirmó Henry.

—¿A qué te refieres? —contestó a su amigo.

—Muchos lo hemos intentado, no hay manera, Olive Marsé no te hará caso, es inmune a los halagos.

—¿Qué apuestas, Henry?

Los ojos de su amigo brillaron.

—Mil libras, tan seguro estoy —respondió al desafío.

Nicholas rio ante la desproporcionada suma, una pequeña fortuna.

—Acepto —dijo sin dudar.

La música comenzó a sonar y buscó a Olive. Un muchacho la guiaba del codo hasta la pequeña pista de baile. Nicholas se interpuso en su camino con premura y tomó el brazo de Olive para guiarla él mismo. El muchacho protestó

y él lo ignoró con un gesto de disculpa.

—No sabe lo que es la cortesía, excelencia —lo regañó Olive furiosa, intentó escapar de él y Nicholas encerró su mano bajo la suya.

—Vamos, querida Olive, no querrás dar un espectáculo... Solo un baile, si ahora te das la vuelta la gente murmurará —pidió Nicholas inclinando su rostro sobre el de ella. Buscó la cintura de Olive en mitad del salón y ella, temerosa de los que miraban, acabó por ceder.

Nicholas parecía elevarla sobre el suelo, seguro de sí mismo. Giro tras giro, con la destreza que él la llevaba, todo a su alrededor parecía desaparecer.

—Podía habérmelo pedido de manera más adecuada, excelencia.

—Por favor, Olive, no me llames excelencia, solo Nicholas. Además, si te lo hubiera pedido me temo que hubieras fingido tener todos tus bailes ocupados, ¿no es cierto? Por alguna razón que no comprendo me esquivas.

Ella lo miró y una suave risa escapó de sus labios.

—No tienes decoro alguno, Nicholas. Sé lo que pretendes, quieres convertirme en tu nueva conquista, no juegues conmigo. —Si bien sus palabras no eran una amenaza sí su mirada cargada de desconfianza y desafío—. No me engañarás como a tantas otras en el pasado, con miradas y caricias veladas, sé de tu fama de conquistador. Una sonrisa seductora no me hará perder la cabeza por ti.

Y Nicholas se echó a reír con una carcajada estrepitosa que la hizo avergonzarse ante las miradas de las parejas que bailaban a su alrededor.

—Me decepcionas, Olive, porque ni por un momento he pensado que eras como esas otras mujeres.

Se detuvo rígida mientras la música y los demás bailarines giraban a su alrededor. ¿Qué quería decir con eso? ¿Sabía que era una espía francesa? ¿La delataría? Una burbuja de miedo la envolvió. Nicholas la miró serio por primera vez, sin atisbo de picardía o amenaza en sus ojos. Aproximó a Olive

contra su cuerpo con un suave tirón para hacer que se moviera de nuevo al compás de la música.

—Aceptas mal los halagos, Olive Marsé. ¿No has conocido a ningún hombre entre esa panda de petimetres que te dedique palabras hermosas?

Olive se dejó caer sobre su hombro, sólo un instante, conmocionada al

comprender que se trataba tan sólo de un halago, expulsó el aire retenido en sus pulmones sin importarle que él lo notara.

—Déjeme marchar, excelencia, se lo suplico —dijo Olive volviendo a llamarlo con la lejanía de su título, imponiendo la distancia que era necesaria para protegerse de él.

Los ojos de Olive lo miraban con una súplica atormentada que le llegó al alma. ¿Por qué se acercaba a ella? Olive lo atraía porque era esquiva y encantadora, pero más por lo primero. ¿Se estaba convirtiendo en el idiota que quería aparentar ante todos? No tenía fin a la hora de imponerse retos, no le bastaba una vida encubierta y fingir día tras día. La música cesó y la dejó marchar. Se disculpó con su madre y su hermana, se deshizo a regañadientes de Henry y dejó la fiesta con un sinsabor dentro de él. Los ojos atormentados de Olive y su expresión de miedo le decían que era mucho más que una damita de correctos modales y bello rostro. No había cochero esperando su partida, tendría que andar unos veinte minutos hasta el puerto, pero no quería que nadie viera dónde se dirigía. Nicholas exhaló el vaho ante la fría noche, inusual para esa época del año y elevó el cuello de su abrigo para taparse el rostro. Dirigió su mirada hacia el calor de la mansión que abandonaba, cuando vio a Olive tras los cristales de la ventana, atenta a su partida. Ella se apartó al momento y el regusto amargo en su boca se extendió hasta el pecho de Nicholas. Corrió como hacía años que no hacía, tal vez desde niño, atravesó las calles desiertas de Londres esquivando a algunos carruajes, huyendo del hombre en que se estaba convirtiendo por culpa de su falsa fachada. Era un espía, pero estaba demasiado cansado de esa doble vida que lo obligaba a fingir continuamente. Llegó cerca del puerto y el cansancio lo hizo templarse. Se secó el sudor de la frente con las mangas y caminó hasta el letrero de la taberna. Aquella parte de su amada ciudad brillaba a esas horas, entre el jolgorio de borrachos y fulanas. Entró. Una oleada de calor y olor a cerveza lo aturdió un momento, se

dirigió a la mesa, a un lado de la barra donde le esperaba su contacto.

—Nick —lo animó Bob a sentarse junto a él, en un banco tan pegajoso y oscuro como la mesa.

—¡Me alegra verte, amigo! —saludó Nicholas con afecto. Bob era su enlace en los bajos fondos, nada se escapaba a la atenta mirada del que, antes de conocerlo, cargaba fardos en los barcos. Bob malvivía hasta que un día lo siguió para robarlo. Nicholas, tras una paliza merecida, le dio la oportunidad de trabajar en su astillero y pasar a formar parte de la red de espías de su majestad. Hábil con los puños, Bob jamás bebía de más y con ese rostro común pasaba inadvertido entre la gran cantidad de hombres que había en el puerto de Londres.

—Traigo noticias de Escocia —afirmó Bob entusiasmado—. Por fin, James Watt ha terminado los planos de su máquina de vapor.

—¡Buenas noticias, amigo! En cuanto llegue a Londres házmelo saber, el rey le obligará a ceder la patente a Inglaterra. Ahora que españoles y franceses nos han robado los planos de nuestros barcos la guerra en las colonias americanas, no tardará en ser una realidad.

—¿Y qué hará el rey Jorge con una máquina de vapor? —preguntó Bob sin entender, mientras con sus ojos negros escrutaba las mesas cercanas con recelo.

—¡Imagina lo veloces que seremos con un ferrocarril capaz de transportar carbón, las aplicaciones en las fábricas!, más barcos, más armas, el futuro, querido amigo —susurró Nicholas entusiasmado ante la visión de lo que sería una revolución en la industria de Inglaterra. La mirada escéptica de Bob lo hizo sonreír.

—Pues tengo malas noticias, Nick, siento aguarate la noche, pero los franceses están en Londres, tienen un espía aquí y están al tanto.

—¿Cómo es posible? —exclamó Nicholas con un golpe en la mesa.

Siempre iban pisándole los talones, como había sucedido cuando alguien le robó los planos del nuevo barco que construía su empresa en los astilleros del puerto, un barco más rápido y ligero que hubiera reducido el tiempo de navegación a las colonias en al menos una semana.

—El rumor de un espía francés corre por los muelles, el que robó los planos de los astilleros para que los españoles construyeran barcos tan rápidos como los nuestros, pero ¡mierda!, no consigo su nombre, es escurridizo y nadie quiere delatarlo.

—Haz lo que puedas, Bob, es importante, debes encontrarlo.

Ambos quedaron en silencio mientras una muchacha ponía dos jarras de cerveza ante ellos. Nicholas apuró su contenido en dos tragos.

—Hazme otro favor, Bob, amigo —sacó una bolsa y se la entregó, el tintineo de las monedas sonó al dejarla caer sobre la mesa—. Investiga a una mujer, síguela si hace falta.

—¡Delo por hecho, jefe! —sonrió Bob con malicia. Muchas veces lo había seguido en sus correrías con alguna dama y conocía su debilidad por el sexo femenino.

—No es lo que crees, amigo, tú sólo síguela unas semanas e infórmame. Su nombre es Olive Marsé y vive en casa de su tío, Thomas Cox.

Capítulo 4

Benson & Hayard era la mejor tienda de sombreros de mujer de todo Londres. Olive se sentó frente a los ventanales mientras Grace y su doncella Lucile volvían locas con sus peticiones extravagantes a la esposa de Benson.

Olive suspiró con envidia al ver cómo la dueña se desenvolvía entre telas y accesorios. ¿Cómo sería tener su propio negocio? Había tratado con mujeres de alto linaje y le sería fácil abrir su propia tienda en París, podía hacerse pasar por viuda, o comprar un pequeño local como este, a nombre de un marido ficticio y vivir en la planta de arriba, en una pequeña buhardilla sin rendir cuentas a nadie.

Quedaba la cuestión de las joyas, no podía conseguir más de su tío sin levantar sospechas, las vendía por partes y era un proceso muy lento. Podría robar las de Grace, pero casi todas pertenecían a la madre de su prima y todavía no había caído tan bajo, ¿o sí?

A través de los enormes cristales donde se exhibían varios modelos de sombreros vio el carruaje de Meg Denworth. Se detuvo en frente, con el blasón de los duques brillando, finamente pulido en bronce, sobre el costado. Olive observó cómo la joven Meg bajaba junto a su doncella y se dirigían hacia la tienda. Lo que llamó su atención fue ver bajar a Nicholas tras ellas, mirar a ambos lados de la calle y, oculto por el carruaje, internarse en un callejón.

Un impulso hizo que Olive se levantara y atravesara la tienda, mientras el sonido de sus faldas rozaba los asientos y los estantes de sombreros en su prisa por salir por la puerta de atrás, algunos de ellos cayeron sin remedio. La señora Benson la miró ladeando la cabeza, y Olive sonrió a modo de disculpa.

—Señora Benson, dígame a mi prima que vuelvo en un minuto. Apunte esto en la cuenta de los Cox —dijo Olive al coger una pequeña sombrilla amarilla en su escapada.

—No puede salir sin acompañante, señorita Marsé —contestó la mujer atónita con sus pequeños ojos oscuros abiertos de par en par.

—Será un momento nada más —Olive le guiñó un ojo y salió casi a la carrera—. Si mi tío viene a buscarnos no le diga que he salido, por favor.

Olive dio la vuelta al pequeño edificio y desde la esquina miró hacia el callejón por donde su excelencia había desaparecido. Abrió la sombrilla para protegerse de miradas indiscretas y cruzó la calle. En ese momento Meg entraba en la tienda de sombreros donde estaba su prima, no tardarían en darse cuenta de que no estaba, pero la actitud de Nicholas, siempre solo como si tratara de

esconderse, le llamaba la atención. Hacía unos días en el baile lo había visto salir de manera furtiva y desde entonces le intrigaba su actitud, puede que fuera en busca de su amante, pero por alguna razón no le parecía lógico que se

fuera andando en lugar de usar su carruaje, a no ser que no quisiera que supieran a dónde se dirigía.

Ya en el callejón, cerró la sombrilla. Allí no había nadie, estaba segura de que Nicholas había entrado momentos antes. El angosto pasaje se perdía entre dos edificios de ladrillo. Miró de nuevo hacia la tienda, quizá podía adentrarse un poco más sin correr peligro.

Oyó las voces al llegar a un recodo, la de Nicholas y la otra con un acento irlandés muy fuerte. Se inclinó más para ver al otro hombre, parecía un marinero por sus ropas. Inclinado sobre su excelencia, le contaba algo mientras agitaba los brazos.

—El espía francés es una mujer, es cuanto he podido averiguar, Nick.

Respecto a tu damita...

Olive contuvo el aliento, ¿el espía francés? ¿Es una mujer? ¿Quién demonios era Nicholas? Se giró para huir de aquel lugar antes de ser descubierta cuando una mano se aferró a su antebrazo impidiendo su huida. Sin pensarlo se giró y asestó un golpe con la sombrilla en la cabeza del hombre que la sujetaba.

—¡Olive Marsé!

Nicholas no la soltó, se frotó la cabeza en el lugar en el que ella le había golpeado con la sombrilla.

—Ah, vaya. Es usted, excelencia, otra vez —contestó Olive con indiferencia

—. Tiene la manía de coger mi brazo en cualquier situación y lugar. ¿Puede soltarme?

Nicholas la soltó en el acto, como si a estas alturas fuera ya posible, se sintió avergonzado ante su comentario. ¡Qué demonios! Esa chica era capaz de darle la vuelta a todo, la había sorprendido espiándolo mientras se encontraba con Bob.

—Llámame Nicholas, por favor. Siento haberte sorprendido, pero ¿qué haces aquí? ¿Me has seguido?

Olive le sonrió, con la mirada fija en aquellos ojos verdes y dorados. Le gustaba más cuando su excelencia fruncía el ceño de esa manera tan peculiar, arqueando la ceja, que cuando sonreía. Parecía más real y no una fachada, todo encanto, risa y bromas.

—¿Qué vanidoso, Nicholas! —contestó Olive riendo—. Mi sombrilla tuvo la culpa, ¿se escapó!

Él la miró, aún con el ceño fruncido y se acercó a ella. La sombra de los edificios caía entre ambos, los sonidos de la calle principal les llegaban en un murmullo y Nicholas vio el desafío en el hermoso rostro de Olive, los ojos

entornados hacia él, el mentón elevado y el rubor de sus mejillas. Toda ella brillaba en las sombras de Londres a pesar de su capa marrón. El viento hizo que un mechón de su pelo se soltara del recogido y, más rápido que ella, Nicholas lo atrapó entre sus dedos para acariciarlo. Olive lo miró impasible, molesta tal vez por no haber sido más diestra que él en colocarlo en su lugar.

—¿Tanto viento hacía para que se volara tu sombrilla, Olive?

—¿Y tú, Nicholas? ¿También se voló tu sombrilla? —contestó con descaro a la vez que le apartaba la mano para soltar su pelo. El contacto con él fue como si el mundo se detuviera. Nicholas giró su palma, soltó el mechón de pelo y le envolvió la mano con la suya en alto. Olive dejó de respirar cuando su excelencia se inclinó sobre ella mientras con el pulgar la acariciaba la muñeca.

Nicholas admiró su rostro desde cerca como deseó hacer desde aquel maldito baile en Almack's. Sí, era como intuyó entonces, pequeñas pecas cubrían sus mejillas con una inocencia que aquellos ojos picaros negaban.

—Admítelo, me seguías, Olive, o tal vez buscabas algo...

Olive lo dejó acercarse, que su aliento le rozara el cuello mientras la piel se volvía sensible. El pelo de Nicholas le cayó sobre la frente mientras sentía el calor del cuerpo de él tan próximo a ella que apenas podía respirar sin temor a rozarse con su excelencia.

—No os seguía, os lo he dicho, mi sombrilla...

Nicholas siguió el movimiento de esos labios llenos y suaves mientras ella hablaba, el embrujo de una sirena en sus oídos. Se acercó dándole tiempo a apartarse mientras sus alientos calentaban el poco espacio entre ambos. Atrapó los labios de Olive contra los suyos y sólo un pensamiento absurdo se coló en su mente: «No me rechaces, Olive».

El olor de Nicholas la inundó mientras los labios fuertes y suaves la envolvían, abrió la boca para recibirlo sin resistirse y oyó su propio gemido enlazado con el de su excelencia al sentir las lenguas de ambos entrelazadas en un ritmo cada vez más fuerte. Él la soltó con un jadeo y sus manos fueron directas al cuello de Olive para acercarla más. Sintió a través de las faldas cómo la erección de Nicholas se apretaba contra ella y la presionaba.

—¡Olive!

Se separaron atónitos, la mirada del uno contra el otro. Los pasos se acercaron por el callejón y Olive lo miró aterrada, con los ojos verdes llenos de lágrimas sin salir. Era la voz de su tío.

—¡Excelencia! ¿Qué cree que hace besando a mi sobrina?

La fuerte voz de Thomas Cox, acompañada de su grueso bastón agitándose a un lado y otro lo paralizó un segundo. Vio cómo Olive bajaba la cabeza, roja de vergüenza, y acudía junto a su tío. Quiso cogerla entre sus brazos y protegerla

de aquel hombre rudo que a veces le parecía un guardián más que un familiar cuyo deber era cuidar de ella.

—Tío, por favor. Sólo fue un beso inocente, vámonos.

—Inocente o no, ¿y si alguien os hubiera visto?

—¡No! —contestó Olive, tajante—. Te dije que él no.

Nicholas observó el intercambio de miradas que nada tenían de amorosas entre ambos. Olive volvió a negar con la cabeza y los ojos, y su tío pareció

sonreír.

—No ha ocurrido nada, fue culpa mía, señor Cox —intentó mediar Nicholas sin comprender la expresión de ambos.

—¡Vamos, Olive!, no quiero que vuelvas a ir sola a ningún sitio y menos que te acerques más a su excelencia. Los ingleses como él creen que todo les pertenece.

Olive lo miró sólo un momento, ya no quedaba nada de la mirada asustada de ella y Nicholas los vio marcharse en dirección a la calle principal. Mucho después de verlos entrar en la tienda, con el sabor de la francesa aún en los labios, reparó en que ella no le había dicho que hacía realmente en el callejón.

—¡No lo haré! —gritó Olive al entrar en el despacho de su tío. Arrojó la maldita sombrilla sobre el sofá de cuero en el cual él solía sentarse y lo enfrentó con los brazos en jarras.

Thomas Cox avanzó hasta ella tras cerrar la puerta con una expresión amenazante bajo sus cejas pobladas.

—Harás lo que yo te diga. Además, no veo que te resulte tan desagradable el inglés.

Se giró sobre sí misma y lo miró horrorizada, su tío no tenía escrúpulos, estaba segura de que él mismo propiciaba a través de su sobrina y la hermana de Nicholas que se encontraran continuamente.

—Fue él, su excelencia se abalanzó sobre mí, es un arrogante conquistador y le hago gracia, nada más. Si crees, tío, que persigue un fin mayor conmigo estas confundido. Quieres que me case, ¿no es cierto? Él es un pez que no caerá en la red del matrimonio.

Thomas Cox rio mientras se dejaba caer en su butaca, arrojó la sombrilla al suelo al molestarle y la señaló la mesa de las bebidas mientras pensaba algo.

Olive obedeció a su gesto y sirvió dos copas de whisky ante la mirada reprobadora de su tío. Se bebió de un trago los dos dedos de la bebida y le

tendió el otro a él.

—Bebes y comes como una golfa del puerto.

Olive emitió una carcajada y le hizo una reverencia como burla. —Pero no soy una fulana —asintió con la barbilla levantada— busca otra presa, tío, su excelencia no.

—Te gusta demasiado, a mí no puedes engañarme, Olive. ¿Qué hacías en ese callejón con él? ¿Cómo llegaste allí? ¿Lo seguías?

—Sí —admitió con el ceño fruncido mientras se sentaba frente a su tío—.

Hay algo extraño en Nicholas... ¿Pero tú ya lo sabes ¿verdad «tío»? —la carcajada de él la hizo sospechar. La curiosidad la hizo sentarse frente a él y apurar su vaso expectante porque él contestara—. Sale furtivamente de los bailes, se reúne en callejones y estuvo dos años fuera de Londres. Es un espía de su majestad, ¿verdad?

—El mejor, Olive, y tú, una muchacha francesa del arrabal de Montmartre, lo tienes en la palma de tu mano.

—No te cansas de recordarme de dónde vengo —replicó molesta—. No me avergüenzo, pero procura dejar de repetírmelo, alguien podría oírte, Thomas.

—Grace duerme, nadie puede oírme, en cualquier caso, ya es hora de que mi hija se involucre en nuestra causa...

—¿No tienes suficiente conmigo? Deja a Grace y yo te traeré los secretos que quieres.

—Grace es mi hija, recuérdalo, Olive. Y tú harás lo que Dupont ordene, le ha costado mucho conseguir la confianza de Nicholas Denworth como «Bob», a su lado puede descubrir a toda la red de espías de los ingleses.

Olive lo miró, tenía que marcharse de Londres enseguida, huir de la ambición de Thomas Cox y de Nicholas. Las palabras de «Bob» en aquel callejón con Nicholas la quemaron: «es una mujer». De una forma u otra, aunque se sintiera

atraída por él, Nicholas era un espía que además la estaba buscando y al que estaban guiando hacia ella con sus trampas.

Capítulo 5

Bob se tenía por un hombre inteligente, de hecho, había sobrevivido muchos años más que otros en el puerto y agradecía cada día el trabajo en los astilleros de Denworth. No había vuelto a robar desde el día que se encontró con Nick y tenía mucho que agradecer, pero este trabajo de seguir a la señorita Marsé era demasiado aburrido. Pensaba en Olive cuando la vio deslizarse por el lateral del jardín hacia la puerta trasera. Sorprendido, dio un salto para levantarse de los adoquines fríos donde se había sentado horas antes. La capa oscura de la chica la confundía con la noche sin estrellas. ¿Dónde iría sola a esas horas y sin acompañante? Bob dio la vuelta a la mansión de los Cox para colocarse tras ella, a una distancia prudencial y no ser visto. La siguió casi a la carrera, la chica caminaba deprisa hasta llegar cerca de la calle Five Deals. A partir de ahí, los callejones sustituían a las grandes avenidas de los barrios ricos y las grandes mansiones daban paso a las casas de dos pisos grises y cochambrosas. Vio a Olive cubrirse el rostro con la capucha de la capa y avanzar decidida entre dos casas ruinosas. Pasaron frente a la calle de los burdeles, entre los carruajes de algunos ricachones. La chica se movía bien, pasando desapercibida, hasta detenerse junto a una casa de tres pisos algo más opulenta que las demás. Miró a un lado y a otro y Bob se ocultó detrás de una verja. Al volver a mirar, Olive Marsé ya no estaba allí. Corrió hasta la casa y saltó la valla de madera, se deslizó hasta un lateral donde las ventanas dejaban escapar un haz de luz sobre la tierra húmeda. Si no se había equivocado, ella estaba dentro. Miró a través de los cristales, pero la suciedad no le dejaba ver con claridad, volvió a la puerta principal y, al ver el continuo trasiego de gente, se decidió a entrar.

El interior no era mucho mejor que el exterior, oscuro y de colores estridentes, no parecía un burdel, pero por allí andaban prostitutas con las bolsas agarradas al regazo, algún que otro caballero apoyado en las mesas de lo que parecían prestamistas y borrachos sospechosos. Un hombre de gran altura, apostado en el pasillo, los dirigía a un lado o a otro al ver cómo vestían los clientes. Al pasar junto al guardián de la casa la vio en una de las habitaciones.

El hombretón estaba a punto de decirle algo a Bob para que no se parara frente a esa sala, cuando vio a Olive entregar un collar a unos de los prestamistas. Las piedras preciosas brillaron a la luz de las velas y el hombre, que parecía conocerla bien puesto que no revisó si el collar era auténtico, deslizó sobre la mesa el dinero. Olive lo agarró con determinación, lo ocultó en algún lugar entre

las faldas y pasó al lado de Bob sin levantar la mirada, hasta que se cruzaron.

Ella lo miró sorprendida y, sin dirigirle la palabra, se mezcló entre la gente que ocupaba los pasillos con tal rapidez que lo dejó clavado al suelo. Su capa oscilaba mientras Bob, perplejo, la seguía. La damita esquivó a hombres y mujeres con destreza.

Bob salió de allí antes de levantar sospechas y la siguió de vuelta a casa de los Cox. La muchacha sólo corrió al ver un carruaje en la puerta, se deslizó por la ventana de la cocina y, de un salto, entró en la casa. Minutos después la vio salir por la puerta principal con el rostro descubierto, peinada a la perfección con un vestido de baile ostentoso y del brazo de su tío. ¿Quizá Thomas Cox pasaba por apuros económicos? Pero, si fuera así, por qué Olive y su pequeña prima pasaban el día de compras, comiendo pastelitos con su doncella en el Hotel Graham y vistiendo como princesas... Esa chica ocultaba algo, quizá pretendía escapar de su tío con algún caballero y vendía las joyas para fugarse con él.

Una cosa estaba clara, reunía dinero a escondidas de todos, pretendía escapar sin duda. Debía contarle a su excelencia lo que había descubierto y empezar a tentarle con Olive, esa noche todos los carruajes de los ricos acababan en el mismo sitio, era el baile de Primavera de Lady Malborough y él estaría allí.

Nicholas Denworth era todo un caballero y acudiría al rescate de Olive, pagaría bien por aquella información y ella no tendría tiempo para escapar.

Capítulo 6

—Lady Malborough, este año se ha superado —saludó Olive a la mujer que tenía ganado su afecto desde su primera temporada, cuando *milady* la había tomado bajo su ala tras ser presentadas por su tío. Él aprobó su creciente

amistad debido a la influencia de la familia Malborough.

—Olive, querida, seguí tu consejo, he convertido el salón de baile en un jardín de flores exóticas, ha quedado fantástico, ¿verdad? —le contestó la anciana tomando las manos de Olive—. Mi esposo está tan enfadado por lo que ha costado esta fiesta que quizá no me hable en semanas... —le dijo en tono de confianza con la sonrisa bailando en sus ojos cobalto.

—¡Lo siento, *milady!*, si he sido la causa...

—No te preocupes, querida, lo olvidará en unos días, en cuanto el rey lo llame a audiencia y decidan el futuro de las colonias, la guerra con Francia y España está próxima.

Lord Malborough era el consejero del rey Jorge, y su mujer, lejos de convertirse en una de las matronas de Londres rígidas y temidas, era la mujer más inteligente que había conocido. Tenía una vitalidad extraordinaria que a veces le granjeaba las críticas de otras grandes de Londres, eso y su tendencia a rodearse de jóvenes a todas horas, despertaban las habladurías. Olive adoraba a aquella mujer de cabellos blancos y corazón joven, incluso había pensado en recurrir a ella para escapar de su tío, pero aquello hubiera puesto a Lady Malborough en una difícil situación con su marido y, si se sabía que Olive era una espía francesa a la que ella había amadrinado en la sociedad inglesa, podría poner a la mujer en una situación complicada.

— *Milady*, esta es mi prima Grace Cox —presentó Olive a su prima.

Enseguida lady Malborough le sonrió al verla hacer una tímida reverencia y tomó sus manos entre las suyas con calidez.

—Sois muy hermosa, pequeña, la familia de Olive siempre es bienvenida en esta casa. La próxima vez que vengas, tráela contigo. ¡Ay, Grace!, disfrutarás de los pastelitos de nata de mi cocinera —les dijo con un guiño de cariño—. Pero, Olive, evita traer a Thomas Cox, la última vez que estuvo aquí no dejaba de mirarme como si todo lo que hubiera en casa lo hubiéramos robado, me pone nerviosa y se bebe el whiskey de mi marido —susurró al oído de Olive a la vez que se le escapaba una risita nerviosa.

—Así lo haré, *milady* —Olive inclinó la cabeza y animó a su prima a continuar. Detrás suyo, una larga fila esperaba para saludar a los anfitriones y ellas ya habían acaparado demasiado a *milady*. No debía mostrar la amistad con la duquesa tan abiertamente. No deseaba llamar la atención.

—¡Ah, Olive, lo olvidaba! Su excelencia me ha preguntado por ti.

Olive se detuvo al momento e intentó esbozar una sonrisa a Martha, lady Malborough la miró con picardía.

—¿Su excelencia?

—Sí, ese guapo muchacho, Nicholas Denworth. Parece que está interesado en saber si vendrías —dijo *milady* en voz alta para que los que esperaban para saludar lo escucharan.

Quizá ese era el único defecto de lady Malborough, era una casamentera empedernida que buscaba el marido perfecto para ella. Olive le sonrió con una reverencia y, del brazo de su prima, continuó caminando. Sentía la expectación de los murmullos que las seguían, ahora todos en el baile estarían pendientes de ella y de Nicholas, justo lo que deseaba evitar a toda costa.

—Entonces, Meg, también estará aquí —afirmó Grace con una sonrisa.

Olive miró aquellos ojos castaños, inocentes y tímidos. La hermana de Nicholas se había convertido en una buena amiga para su prima, tan sólo esperaba que la muchacha estuviera a la altura.

—Grace, no deberías confiar tanto en los demás —Olive no pudo evitar decirle aquello para que su joven prima se protegiera del dolor de la decepción, porque al final todo el mundo era egoísta, nadie daba algo a cambio de nada y lo sabía bien.

—Meg es buena, algo habladora e impulsiva, pero se porta bien conmigo, Olive.

—Lo siento, cariño, tienes razón —Olive se detuvo y apretó la mano enguantada de su prima—. Es sólo que me gustaría protegerte del mundo

entero, que sepas de antemano la verdadera naturaleza del ser humano y las cosas malas que pueden pasarte, pero supongo que eso debes aprenderlo tú sola. No escucharás mis advertencias y harás bien, Grace, cada uno debe atesorar sus propias experiencias, las buenas y las malas.

Grace la abrazó de un modo indecoroso y lleno de cariño, y Olive suspiró.

¿Quién cuidaría de Grace cuando ella se fuera? ¿Por qué tenía que querer tanto a esa pequeñaja? «Te recuerda a ti, hace mucho, mucho tiempo», le susurró su propia voz desde el corazón.

—¡Olive Marsé y mi querida Grace! —interrumpió Meg Denworth mientras las cogía de las manos para guiarlas a través del salón abarrotado, las miró con una sonrisa de apreciación hacia sus vestidos y las arrastró hacia su madre para que la saludaran—. ¡El baile es magnífico, está todo Londres!, ¿verdad, madre?

La madre de Grace puso los ojos en blanco ante la efusividad de su hija y Meg la ignoró con una mueca.

—¡Menos Henry, ese patán amigo de mi hermano seguro que no viene! —
protestó Meg.

—Seguro que aparece —afirmó Grace con una sonrisa—. Debes ser paciente con él, creo que le intimidas un poco, además eres la hermana de su amigo.

—Nicholas nunca le permitirá bailar conmigo, y Henry le hará caso.

Olive dejó de escuchar a las dos y se encontró buscando entre los rostros de los caballeros el de su excelencia «sólo para alejarse de él, claro». Al fin lo divisó, bailaba con una joven de vestido rosa, ajustado con un fajín más oscuro del mismo tono. A la muchacha, al parecer, no le habían acabado el vestido, mostraba un escote poco acorde con lo adecuado para una debutante. La chiquilla miraba a Nicholas con devoción y el muy sinvergüenza, la sonreía con picardía mientras se movían entre las demás parejas. En favor de Nicholas había que decir que sólo pretendía encandilarla, nada que ver con la estudiada seducción que dedicaba a lady Anna en su último baile. Olive apartó la mirada

arqueando la ceja ante las risas de Meg y Grace.

—Mi hermano es un idiota, Lucila Hayes sólo quiere cazarlo como marido

—dijo Meg con una mueca de asco.

—No es la única, Meg —le contestó Grace señalando a las jóvenes que no perdían detalle del baile de Nicholas.

—No me extrañaría que mantuviera el orden para bailar con ellas mediante una fila, ¡incluso que se dieran la vez entre ellas, como en el mercado! —

exclamó Meg—. Ahora que, sí Olive quisiera, estoy segura de que mi hermano sólo bailarían con ella.

Olive se giró con los ojos abiertos hacia Meg Denworth ante la extraña afirmación. —¿Por qué dices eso Meg? —la regañó. La madre de Nicholas estaba allí y podía haberlo oído, de hecho, cualquiera podía haberlas escuchado.

—Mi hermano jamás me había acompañado a tantos bailes, y siempre antes de aceptar la invitación me pregunta muy serio «¿Irás tu amiga? ¿Grace Cox se llama, no?» —imitó la voz profunda de Nicholas con gran parecido y sus amigas tuvieron que sonreír—. Pero yo soy lista, en realidad quiere decir «¿Irás su prima a ese baile? Sí, ¿cómo se llama Meg? ¿Olive Marsé?». Y, luego, cuando te ve, se pasa todo el rato mirándote y preguntando a mi madre por ti.

Amelia, la madre de Meg y Nicholas la miró con curiosidad y Olive quiso caer en un pozo negro y profundo para que no viera cómo se sonrojaba ante las palabras de la hermana de su excelencia. Meg no tenía filtros, todo lo soltaba de golpe y sin pensar en las consecuencias, pensó fastidiada, sin darse cuenta

comenzó a golpear la punta de su pie al ritmo de la música con una inusitada alegría.

—Te lo habrás imaginado, Meg —le contestó de forma un poco brusca tras pensarlo detenidamente, con la voz demasiado alta, lo que sorprendió a las

chicas. «Demasiado impulsiva, niña estúpida», se regañó. Para disimular, Olive cogió uno de los pastelitos de la bandeja y de un bocado muy poco femenino se lo metió en la boca de golpe. De reojo vio cómo Grace y Meg reían ante su forma de comer. En un acto reflejo les sacó la lengua con una mueca.

—Se te ha quedado un poco de nata en los labios.

Olive casi se ahoga. Nicholas la miraba con el entrecejo fruncido.

—En serio, Olive, tienes nata aquí, en la comisura de los labios —le señaló con descaro.

Nicholas no pudo evitarlo, era lo más erótico que había visto en uno de esos bailes en los que un tobillo no podía enseñarse y un escote profundo era moda.

Acercó su índice hasta los labios llenos de Olive y, ante la mirada atónita de ella, le quitó la nata de la comisura con una caricia.

Olive se sintió presa de sus ojos, de la forma desordenada de caer su cabello sobre la frente y de la manera en que su rostro se inclinaba sobre ella con una intimidad improvisada. Intentó tragar de una vez el pastelito, enorme en su boca tras el escrutinio de Nicholas. Se atragantó en un momento con una tos contenida y sintió cómo él la golpeaba en la espalda con una risa ahogada.

—Por todos los cielos, Olive, ¡sí que tenías hambre!

Meg y Grace se empezaron a reír con la boca tapada por las manos enguantadas y Olive se puso roja de vergüenza. Con una inclinación echó a correr hacia el jardín para escupir el traicionero pastel de nata que en su boca parecía enorme. ¡Maldita obsesión por la comida!, siempre comía y bebía como si todo se fuera a acabar, el rastro del hambre seguía tan vivo en ella como cuando tenía cinco años. Al principio de vivir en casa de los Cox, aún se llevaba las sobras de comida por si no la daban más hasta que su doncella Lucy la delató y le prohibieron esconder cosas en la habitación. En la casa Dupont, donde la educaron en el arte de ser espía, incluso llegaron a prohibirle los dulces cuando vieron que se pasaba el día en la cocina comiendo.

«Es sólo cuando estoy nerviosa», se dijo enfadada consigo misma. Los fantasmas del pasado aún la acosaban cuando menos se lo esperaba. La fría brisa la hizo entrar, mañana el jardinero maldeciría al maleducado que había escupido un trozo de pastel entre las rosas Malborough del jardín.

Al entrar vio cómo su tío la observaba desde una esquina en silencio y cómo Nicholas la buscaba entre la gente. Con la cabeza gacha se dirigió hacia uno de los pasillos, lejos de la sala de baile. Nadie la había avergonzado tanto como

Nicholas desde hacía años. Su excelencia empezaba a ser una molestia.

Enojada porque Nicholas intentará encontrarla de nuevo, huyó en busca de unos momentos de soledad. Conocía la casa debido a su amistad con Martha y se refugió tras una de las puertas del corredor. La habitación estaba a oscuras, iluminada sólo por el fuego de la chimenea para evitar que nadie se colara dentro. Reconoció la sala de una de sus visitas a lady Malborough, un estudio donde el duque tenía una pequeña biblioteca. Buscó la mesita donde estaban las bebidas y cogió uno de los vasos de cristal, el líquido ambarino de la botella parecía whisky y se sirvió una copa. Un cuadro de luz la iluminó y se giró sorprendida, pillada en una grave falta, bebiendo a escondidas.

—Olive —la voz de Nicholas le llegó en una suave llamada mientras su perfil se dibujaba ante la puerta abierta. Olive apenas podía verlo en la penumbra que el fuego iluminaba.

—¿Por qué no me dejas en paz, Nicholas? —le gritó furiosa.

Nicholas se acercó hasta ella con ese andar ágil que lo caracterizaba, no se parecía en nada al resto de los caballeros que conocía. Su cuerpo estaba en forma y sus gestos no eran afectados como los de los demás, sus chaquetas, aunque amplias, no disimulaban su constitución musculada. Olive sabía de sobra que hacía ejercicio en su club como su tío le había informado, incluso era posible que tuviera caballos y cazara en su finca, o practicara esgrima y boxeo, como era la moda en los clubs de los hombres.

—No puedo, Olive. Me intrigas demasiado como para ignorarte —le dijo Nicholas mientras se acercaba hasta ella como un ojeador en plena cacería.

La cogió de los hombros y la aproximó a su cuerpo, intentó absorber el rostro de Olive con la mirada. Sus ojos verdes, su mentón en forma de corazón, sus labios llenos y firmes, la curva de su pecho agitada al respirar. Nunca un vestido se amoldó también al cuerpo de una mujer, la gasa del escote que ocultaba el inicio de sus pechos era más tentador que cualquier otro que mostrara su piel. Le quitó el vaso de las manos sin dejar de mirarla y lo devolvió a la bandeja, falló y el líquido se derramó sobre la alfombra de pelo. Olive miró hacia la mancha oscura que se extendía por todo el suelo. Nicholas le levantó la barbilla, ajena al desastre que había creado, y se acercó despacio, le dio tiempo a que se resistiera, pero por todos los diablos necesitaba probar sus labios de nuevo como en aquel callejón.

Olive no se resistió, era superior a ella, como si Nicholas hubiera encontrado una fisura en su carácter y lo minara cada vez que se le antojara.

—Nicholas, yo no puedo, por favor...

Pero Nicholas sonrió y el mundo dejó de girar para ella, Olive notó como su propio corazón empezó a latir con fuerza mientras los labios de él caían sobre los

suyos, lo anhelaba como nunca antes había deseado nada.

Nicholas primero la besó, sintió cómo ella lo recibía y abría su boca para que ambas lenguas se enlazaran con avidez. Agarró su cintura con fuerza contra él para que no pudiera huir, volvió a sentir las caderas de Olive contra su excitación y el deseo le hizo perder la razón. La guio hasta la pared de espaldas y atrapó el cuerpo de Olive contra las paredes forradas de paneles de caoba.

Mientras sus manos recorrían el cuello de Olive sintió los dedos de ella desabrochar los botones de la camisa. Atrapado por el olor dulce y sin perfumes de su piel sumergió el rostro en la fina tela de su escote y aventuró su mano hasta los senos, los notó excitados por encima del corsé y odió con todo su ser aquel artilugio del demonio que se interponía entre ambos.

Olive gimió al notar cómo Nicholas levantaba su falda con precisión y acariciaba sus muslos lentamente, levantó la pierna para enlazarlo con ella

ante la sorpresa de su excelencia y quiso sonreír cuando él siguió ascendiendo por el interior de su muslo hasta rozar su sexo. Una breve caricia que la hizo gemir.

La puerta se abrió de par en par y la luz iluminó la estancia, Nicholas ocultó a Olive con su cuerpo mientras el miedo se reflejaba en su rostro. Ella no podía hablar, no podía moverse, los habían sorprendido y una sombra de sospecha y desconcierto se dibujó en el rostro de Nicholas. Olive bajó la pierna despacio, se miró el escote arrugado por las caricias y la camisa desabrochada de él. Era evidente lo que estaban haciendo momentos antes.

—¡Olive!, ¿Cómo has podido? ¡Cómo ha podido, excelencia, deshonrar a mi sobrina, así! —gritó su tío.

Thomas Cox se abalanzó sobre Nicholas para apartarlo de ella y él se dio la vuelta con una última mirada cargada de odio a Olive para asestar un puñetazo a su tío.

—¡Cielo santo! Nicholas, deja al señor Cox —gritó lady Malborough.

Olive trató de adecentarse y miró a su tío allí en el suelo, con el labio partido. Si hubiera sido él sólo quizá no hubiera sucedido nada, pero con él estaban lady Malborough y su marido. Thomas Cox esbozó una sonrisa dolorida desde el suelo y Olive se descubrió ante él. Sólo había esperado su debilidad y aprovechado el momento, una vez los vio salir del salón, los siguió. Les había tendido una trampa.

Nicholas apretó los puños ante la mirada de todos y bajó la cabeza rendido ante la evidencia. Él, que tanto se cuidaba de evitar esas situaciones, había caído como un pardillo en una posible trampa, sin embargo el rostro de Olive parecía realmente consternado por la situación, no como si ella fuera la artífice de aquella emboscada.

—No sois un hombre de honor, los duques de Malborough son testigos de su indecencia, lord Denworth —azuzó Thomas Cox para evitar que los ánimos se enfriaran.

—Conozco a Nicholas desde que era un niño, responderá como debe —

interrumpió lord Malborough con firmeza—. En mi casa no acepto escándalos, en cuanto salgamos de esta habitación Nicholas anunciará su compromiso con la señorita Marsé.

Nicholas rechinó los dientes ante las palabras del lord, no sólo le respetaba muchísimo, sino que era su jefe a todos los efectos. Ese hombre le había enseñado a ser un miembro útil a su país, a espiar en beneficio de Inglaterra y así superar la muerte de su padre y una mala etapa de su vida en que se hallaba perdido entre mujeres y bebida. Lo envió por toda Europa en busca de aliados en la guerra de las colonias para sacarlo de Londres y hacer de él un hombre digno de su título.

—Edward, por favor, no obligues a los chicos...

—Calla, Martha, no hay otra solución —dijo señalando con la cabeza a Olive, visiblemente conmocionada por todo lo que estaba pasando.

—Cumpliré con mi deber, *milord* —respondió Nicholas levantando la barbilla. Se giró hacia Olive con una expresión de duda.

—No obligaré a nadie a casarse conmigo, yo consentí, lord Malborough. Os suplico que liberéis de tal obligación a su excelencia.

—No tienes nada que decir, sobrina —Thomas Cox se adelantó con la mano en alto y Nicholas se interpuso entre él y Olive.

—Si la toca, volveré a pegarle, esta vez no sólo será un labio roto —

amenazó Nicholas al ver cómo Olive se ponía tras él para protegerse de la ira de su tío. Olive temía a ese hombre y tomó una rápida decisión, tanto si ella era culpable de esa situación como si no cumpliría con su deber—. Se casará conmigo, lord Malborough, puede salir y anunciarlo.

Olive los miró a todos como si estuvieran locos, ¿salir y anunciarlo?,

¿casarse?, ¿habían perdido todos la cabeza? En un momento su tío afirmó con la cabeza, complacido, y, junto a los Malborough, abandonaron la habitación.

Nicholas cogió su brazo y la guio hasta el pasillo iluminado, sintió la mano de su excelencia cerrada sobre la base de la espalda, fuerte y exigente empujándola hacia un destino que no quería aceptar. Todo era un mal sueño del que despertaría en breve. Unirse de por vida a un hombre, aunque ese fuera Nicholas, no entraba en sus planes, su tienda, su independencia, la vida que había planeado cada instante desde que llegó a Londres se escapaba por momentos por culpa de una tonta atracción.

—No me casaré, pueden anunciar lo que quieran, Nicholas. No me casaré contigo por un tonto escarceo —susurró al oído de él.

—Lo harás, Olive, esto puede destruir tu reputación, te convertirás en una paria de la sociedad —afirmó Nicholas sin mirarla.

Lord y lady Malborough anunciaron el compromiso ante la alta sociedad de Londres entre murmullos de sorpresa y risas veladas. Grace y Meg felicitaron a Olive y Nicholas mientras la madre de su excelencia los miraba molesta por ser la última en enterarse. Tras el anuncio, brindaron con el mejor champagne francés y la pequeña orquesta comenzó a tocar para que los recientes novios abrieran el siguiente baile.

Olive estaba mareada, el olor del salón a flores exóticas, la gente con la mirada puesta en ella y su tío junto a Grace hicieron que flotara en una nube de decepción. ¡Qué pronto se habían perdido todos sus planes! De nuevo la voluntad de los otros se imponía a la suya, otra vez los demás decidían su destino. Las palabras de Thomas Cox susurradas en su oído en el momento de las felicitaciones quemaban mientras Nicholas la arrastraba de la mano hacia la pista de baile, rodeados de un mar de rostros curiosos.

«Si no lo haces, niña estúpida, me llevaré a Grace a Francia, a casa de Monsieur Dupont para ocupar tu lugar y me desharé de ti. ¿Crees que mi hija sería tan buena espía de Francia como tú?». Debía aceptar aquella farsa, casarse con Nicholas Denworth para espiarlo y así salvar a su pequeña prima.

Nicholas agarró su cintura mientras ella colocaba su mano en el hombro de él. Sintió una vez más la fuerza de su cuerpo y lo miró sorprendida. Era la primera vez que lo enfrentaba directamente desde que cayó rendida en sus

brazos. Su mirada era dura y determinada hasta que posó sus ojos en los suyos y Olive creyó ver un destello de comprensión. Olive apartó la mirada hasta su barbilla y siguió la línea de su mandíbula marcada hasta el cuello, donde unos mechones rizados de pelo castaño se rebelaban. Deseó acariciarlos como en la biblioteca, sujetar su nuca y sumergirse de nuevo en un abrazo con él. En otras circunstancias, en otro lugar sin obligaciones, estaba segura de que hubiera elegido a Nicholas entre mil hombres para convertirse en su amante.

—Olive, ¿no vas a decir nada?, creo que sería mejor que nos conociéramos ya que tu tío nos obliga a casarnos.

—Es una farsa, Nicholas, y lo sabes, no deseo casarme contigo —contestó Olive mientras aspiraba el aroma a sándalo de su piel.

—Yo tampoco deseo casarme contigo, pero te he comprometido, te he faltado al respeto y ahora debo pagar por ello. Cierto es que te he buscado desde el baile en Almack's, pero no pretendía fallarte de esta manera.

—Te dije que te alejaras de mí —dijo Olive enfadada—, pero era muy divertido perseguir a la «francesa» para que todos tus amigos vieran que ninguna mujer puede resistirse a tus encantos.

Nicholas le soltó la mano mientras giraban una y otra vez y le hizo levantar la barbilla para mirarlo.

—No era un juego, Olive, me atraes desde que te vi en aquel salón.

Olive quiso creerlo, tener una esperanza de importarle a alguien de verdad, pero no podía ser posible. ¿Qué pasaría cuando él descubriera que Olive Marsé no era más que una muchacha pobre de París? ¿Cuando tuviera la certeza que no era una dama? ¡Que era una espía de Francia! Estaba decidida, había llegado el momento de escapar, seguiría con esta farsa hasta que llegado el momento tuviera la oportunidad de huir.

—¿Puedo pedirte una sola cosa? —preguntó Olive sin dejar de admirar el color dorado de los ojos de Nicholas. Él asintió y hasta la ofreció una tenue sonrisa escéptica.

—Mi prima Grace, debes protegerla siempre.

—Dalo por hecho, Olive, incluso si quieres me convertiré, tras la boda, en su tutor, si Thomas Cox lo permite. Grace parece una buena chica.

Olive casi se paró en seco, sin preguntas ni objeciones, Nicholas había aceptado al momento, sin dudar. ¿Quién era realmente ese hombre, Nicholas Denworth? ¿Un hombre íntegro como ella quería creer? ¿Un espía despiadado que sólo pretendía tender sus redes sobre ella?

—¿Por qué lo harías, Nicholas? ¿Por qué cargar conmigo y con Grace?

—Serás mi esposa y, si no vas a pedirme joyas o carruajes caros, qué menos que dar cobijo a tu prima en mi casa —por un momento Nicholas creyó ver la admiración dibujada en la mirada de Olive—. Tu tío no me gusta, os trata a ti y a Grace como si estuvierais a su servicio, ¿te ha pegado antes?

Olive suspiró como si le costase mantener la compostura ante sus preguntas.

—Cuida de nosotras —le contestó de forma esquiva mirando hacia otro lado.

—Ahora yo seré quien cuide de vosotras. Meg estará encantada de tener a Grace en casa, quizá tu prima pueda hacer que ese carácter suyo se aplaque.

La música cesó y Olive se quedó parada frente a él, le sonrió como debería ser y Nicholas le ofreció su brazo mientras recibían más felicitaciones. En la cabeza de Olive, entre saludo y saludo, una frase se repetía una y otra vez

«Ahora yo seré quien cuide de vosotras».

Capítulo 7

Bob esperó a que su excelencia saliera del baile. Dudó si acercarse al verlo junto a la «dama» en cuestión, en compañía de la madre de Nicholas y dos jovencitas, pero él lo vio en cuanto bajó los escalones de la mansión.

Nicholas dejó a las damas en el carruaje y cruzó la atestada calle con una ligera carrera. Si Bob lo buscaba allí debía ser importante.

—¿Qué ocurre, amigo?

Bob siempre se impresionaba cuando lo veía en su elemento, con aquellos caros trajes, cualquiera que viera al duque en esos momentos pensaría lo mismo que él hacía meses, que era un niño rico y consentido, pero la lealtad de ese muchacho valía oro, cuidaba de los suyos y le trataba de igual a igual.

—Pensé que era importante, Nick, siento molestarte aquí. —Bob seguía dudando, puede que la escapada de la muchacha fuera una tontería, pero algo le olía mal en aquella chica, la había visto muy desenvuelta en los bajos fondos de Londres para ser sólo una dama—. Es por la dama que le acompaña.

Nicholas suspiró hondo, como si supiera que lo que Bob tenía que contarle no iba a gustarle. Y así fue. Mientras oía lo que Olive se dedicaba a hacer a escondidas notaba cómo los músculos de su mandíbula se iban tensando poco a poco.

—La vi muy segura, duque, como si no corriera peligro entre esa gente.

Muchos la conocían y nadie se acercó a ella. Vendió el collar y regresó a la mansión como si nada... no sé, tal vez sea una tontería y sólo pretende escapar con algún muchacho rico, pero creí que deberías saberlo.

Nicholas miró hacia el carruaje y vio a Olive mirarlos en la distancia, con el mentón oculto entre los pliegues de la capa y expectante.

—Tienes razón, Bob, debía saberlo y ahora con más razón... esa damita va a convertirse en mi esposa.

Bob chasqueó la lengua por la sorpresa sin saber si debía felicitarlo.

—Pues felicidades, excelencia, ahora creo que debí callarme lo del collar.

—Has hecho bien, amigo —Nicholas le palmeó la espalda al marinero para tranquilizarlo—. Sigue vigilándola como hasta ahora y, Bob... —lo miró con el ceño fruncido—, hazlo con cuidado, creo que Olive no es lo que parece.

—Yo tampoco lo creo, Nick. ¿Has pensado que puede ser ella?

—Lo he pensado, amigo, no te niego que esa idea me ha rondado la cabeza desde la primera vez que la vi.

—¿Y aun así te casarás con ella?

—Razón de más para hacerlo, Bob, quién mejor que yo para vigilar a una espía francesa. Le conté a Malborough mis sospechas y se rio en mi cara, su mujer es amiga íntima de Olive Marsé, incluso les visita una vez por semana desde hace tiempo. Tiene acceso a las mejores mansiones de Londres.

—Ten cuidado, excelencia, si algo se aprende en los muelles es que nunca debes meter en tu casa a nadie sin quitarle las armas antes.

Nicholas se rio ante las palabras del marinero. Bob era muy sabio y él muy tonto porque eso era lo que pretendía hacer, meter en Denworth House a su peor enemiga. Se despidió de Bob y volvió al carruaje otra vez a la carrera. El calor del interior le sacudió con fiereza, pero fue peor el tenso silencio del interior, su madre estaba sumamente enojada.

—Quizá alguno de vosotros podía haberse tomado la molestia de contarme lo que ocurría. Olive querida, no tengo nada en contra de ti y la duquesa de Malborough me ha asegurado que sois intachable, pero tu familia... ni siquiera conocemos a nadie de tu familia en Francia... ¡Nicholas, una muchacha francesa!, tu padre hubiera preferido...

—¡Madre! —gritó Meg mientras el carruaje avanzaba por las calles de Londres, ella misma había insistido en llevar a sus amigas a casa de los Cox y no precisamente para que su madre las avergonzara. Al fin y al cabo, Olive se convertiría en su hermana tras casarse con Nicholas.

—No debe preocuparse por mi familia en Francia, están todos muertos —
afirmó Olive con una mirada dura.

—Olive es una buena persona —la defendió Grace con timidez.

—Madre —las interrumpió Nicholas—, creo firmemente que no habrá mejor duquesa que Olive y, tienes razón, debí contarte que me he enamorado

locamente y deseo casarme con ella.

Las dos jóvenes suspiraron y Olive contuvo el aire en sus pulmones. Sabía que era una mentira de Nicholas para que su madre no sospechara cómo le habían obligado a aquel compromiso. Pero oír esas hermosas palabras en los labios de él le hicieron desear que fuera verdad. Durante el resto del trayecto, en silencio, la tensión entre ambos se podía tocar.

El carruaje las dejó en casa y Olive se apresuró a entrar con Grace al interior. Nicholas las acompañó hasta la puerta y dejó que la muchacha entrara para acorralar a Olive.

—Olive. ¿Por qué nunca llevas joyas? —preguntó Nicholas con una sonrisa.

La conversación con Bob le había sumido en el desconcierto. Aún no podía creer que ella fuera la persona que habían estado buscando tanto tiempo, la espía que vendía sus secretos a Francia. Lo cierto era que nunca nadie habría sospechado

de Olive Marsé y de su tío. Bueno, de este, tal vez.

—No me gustan demasiado —contestó Olive con la barbilla en alto.

—Quizá cuando seas duquesa debas llevarlas —Nicholas se acercó de forma retadora a ella y vio cómo Olive miraba hacia el carruaje, en el cual esperaban la madre y la hermana de él.

—Nunca me convertiré en tu esposa, Nicholas —afirmó en voz baja—. He aceptado esta farsa, pero haré cualquier cosa para deshacer este compromiso absurdo.

Nicholas la miró dudando, los ojos de Olive podían ser fríos y despiadados cuando ella quería, pero ahora no podía dejarla sola ante Thomas Cox y la alta sociedad.

—No tienes opción, Olive.

No podía creerlo, la dejó allí con la boca abierta a punto de contestarle y bajó los escalones de la entrada a la carrera. Olive vio marchar el carruaje con el

ceño fruncido y una profunda inquietud en el corazón. ¿Nicholas deseaba en realidad ese matrimonio?

Capítulo 8

Nicholas suspiró, su hermana volvía a perseguir a Henry con la determinación que sólo una niña en su primera temporada podía permitirse. Se vio obligado a sonreír cuando Meg acorraló a su amigo, que intentaba seducir a la condesa de Seton. Henry puso los ojos en blanco, dejó a la condesa y, tirando de la mano de su hermana, la sacó a bailar entre protestas. Nicholas, una vez más, se sorprendió mirando hacia la entrada del gran salón de baile de los condes, a la espera de que Olive atravesara esas puertas. Tres bailes y una cena soportando con estoicidad a su madre y a su hermana, y Olive no había aparecido junto a su tío y su prima Grace en ninguna de ellas. Una indisposición, alegaban ambos sin asomo de preocupación cuando Meg les preguntaba.

Thomas Cox lo observaba con rencor en cada una de esas veladas, como si esperara que preguntara por Olive. Nicholas se deshizo de esos pensamientos para acercarse al marqués de Avey. Esa noche tendría lugar la reunión con él y lord Malborough acerca de sus avances para conseguir la patente de James Watt y su máquina de vapor para el rey Jorge. Ese inventor estaba demostrando ser muy reticente, al parecer sólo un detalle en la fabricación fallaba y se negaba a negociar un precio hasta que lo solucionara. Avey le había sugerido que, debido a sus conocimientos de ingeniería, quizá Nicholas podía ayudarlo. El asunto era de vital importancia, quizá Nicholas debería partir en unos días a Escocia en busca de ese hombre y, sin embargo, él sólo tenía en la cabeza a esa muchacha testaruda a la que él mismo insistía en nombrar su prometida. La misma que se negaba a aparecer en público desde el anuncio de su compromiso. Ni siquiera sentía la tentación de alejar a Meg de Henry y dejó que ambos siguieran bailando a pesar de que la gente comenzaba a murmurar.

Vio a uno de los chicos de su amigo Bob en el momento en que se disponían a cenar y supo que algo andaba terriblemente mal. Olive, tenía que ser eso, Bob aún seguía vigilándola. Se disculpó un momento y fue al encuentro del hijo de su amigo. Lo llevó del brazo hasta el pasillo para que nadie pudiera escuchar su conversación.

—Esto de interrumpir se está convirtiendo en una mala costumbre de tu padre —susurró Nicholas.

—Me envía para avisaros, *milord*, ¿es la damita francesa! —contestó el muchacho con los ojos abiertos de par en par y elevando las cejas de manera misteriosa.

—¿Qué ocurre, chico?

—Está huyendo, excelencia.

Nicholas suspiró de alivio ante la previsión del muchacho de traer otro caballo. ¡Maldita mujer! Por eso no había vuelto a verla, preparaba su huida. ¿De verdad era tan horrible tener que casarse con él? Había dejado la reunión en mitad de la cena y bajo la mirada de enfado de los lores, a los que no podía prevenir sin que Thomas Cox se enterara de que su sobrina se escapaba.

El retumbar de los cascos de los caballos sobre las calles adoquinadas de Londres no le dejó pensar en otra cosa, excepto en seguir al hijo de Bob hasta las afueras de la ciudad. Estaban a punto de atravesar el río hacia Fulham y Putney.

No podía creer que una muchacha sola pudiera llegar tan lejos, la estaba viendo a la orilla del Támesis forcejeando con Bob. Le pareció que ambos se gritaban en francés con demasiada confianza, como si se conocieran, pero el rumor del río se llevó sus palabras exactas. Nicholas saltó del caballo como si se tratara de una fiera. Con paso decidido, fue hasta ellos y vio el motivo por el cual Bob se había dejado ver. Una barcaza, iluminada por las luces del embarcadero, la esperaba para descender el río. Al ver a Nicholas, Olive intentó soltarse del brazo del marinero con mayor decisión.

Nicholas se acercó y Bob, cansado de arrastrarla por el brazo, la soltó. Olive cayó de golpe sentada sobre el suelo embarrado. Los miró furiosa e impotente con la barbilla levantada, buscando algo de dignidad entre el barro.

—¿Os creéis los dos con derecho a seguirme y retenerme? —les gritó Olive.

Nicholas miró el pequeño bolso que ella llevaba, sin ropas ni excesivo peso,

apostaba que sólo se había llevado de la casa de Cox las joyas. La gruesa capa de Olive estaba arrugada y manchada del barro de la orilla, probablemente Bob había tenido que sacarla fuera de la barcaza que la esperaba. Sus ojos verdes los miraban con toda la rabia que era capaz de expresar.

—¡Seguid vuestro camino, la muchacha no va! —gritó Nicholas a los que esperaban a bordo. Olive gritó con frustración y él le tomó la mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—¡Mierda, ya les he pagado! ¡No tienes derecho a hacer esto! —protestó Olive clavando los pies en el barro—. Te lo dije, no voy a casarme contigo, déjame montar en esa barcaza y no tendrás que cargar con un matrimonio.

—¿Mierda?, en serio, Olive, hablas fatal...

Olive calló al ver cómo el rostro de Nicholas se tensaba poco a poco. Sus hermosos rasgos parecían fríos como el acero. Olive al ver su expresión de ira echó a correr de nuevo hacia el río. Sintió que Nicholas agarraba su cintura casi en volandas y ambos caían en mitad del barro.

—Si no me necesita, excelencia, me voy con mi hijo —dijo Bob entre risas.

No esperó la respuesta de Nicholas viendo a aquellos dos con sus mejores galas, tirados en el barro del Támesis, dispuestos a matarse entre ellos. Su excelencia había salido de peores situaciones que una novia testadura.

—¡Mira cómo hemos acabado, Olive! —gritó Nicholas después de volver a resbalar junto a ella tras intentar incorporarse—. ¡Maldito lodazal! ¡Estate quieta de una vez!

Nicholas se sentó de nuevo derrotado por la resistencia de Olive. Esa cabezota lo miró enfadada. La francesa tenía el rostro y el cabello tan manchado que no la habría reconocido en un millón de años, ni siquiera sus ropas eran visibles debajo de aquella densa capa de lodo. Solo su par de ojos verdes lo recorrieron de arriba abajo, preparando su próximo movimiento.

—¿Maldito lodazal? ¡Qué lenguaje, excelencia!

Olive abrió los ojos ante su fastidio y se echó a reír con una suave risa contagiosa ante las pintas de ambos. Nicholas supuso que él estaba igual de irreconocible y no pudo más que unirse a ella y reír a carcajadas.

Olive disfrutó de la sonrisa de Nicholas. No era como los otros, cualquiera con el poder que ahora él tenía sobre ella, debido a su compromiso, la hubiera azotado. De haberla encontrado huyendo, su tío sin ninguna duda lo hubiera hecho. Y allí estaba Nicholas Denworth, tirado en el barro frente a ella compartiendo las únicas risas verdaderas en semanas.

—Vamos, Olive, intentemos salir de aquí —dijo Nicholas al sentir cómo la muchacha había parado de reír y lo miraba pensativa.

Nicholas le tendió su mano y ella no dudó en cogerla. Saltaron, sin soltar las manos, entre los charcos de barro hasta una zona más seca.

—Gracias, caballero —sonrió Olive con una breve reverencia mientras las gotas marrones se deslizaban por su rostro y sus ropas.

—¿Por qué huías, Olive? Podrían haberte robado o incluso violado en ese barco, ¿de verdad merece la pena ese riesgo para escapar de mí?

Olive podía esperar cualquier reproche o castigo físico, pero no aquella pregunta de Nicholas. Su mirada parecía sinceramente dolida y agradeció que el resto de su rostro apenas se viera. Se acercó a él dispuesta a ser honesta por una vez en su vida.

—Te lo dije, no voy a obligarte a un matrimonio que no queremos ninguno.

Nicholas, en otro lugar, si fuéramos diferentes, tengo planes...

Nicholas suspiró odiando este momento, parecía que Olive tenía un amante.

¿Y si corría a reunirse con él?

—...deseo ser libre y vivir en paz, puede que no comprendas...

—Olive, no importan los motivos que tengas, no tienes más opción que casarte conmigo. —¿Qué podía decirle, que si no se casaba con él la entregaría a

las autoridades, a lord Malboroguh y sería acusada de traición, probablemente encarcelada y ejecutada ante el rey Jorge?

Olive contuvo el aliento debido al terror que recorrió su cuerpo. El momento que siempre había temido estaba pasando. Nicholas no se atenía a razones e iba a encerrarla en un matrimonio odioso. Se preguntó si aún llegaría a nado hasta la barcaza, si alcanzaría el caballo que había dejado Bob. Nicholas debió entender lo que pensaba porque dio un paso hacia ella y la cogió por los hombros.

—Supongo que no me queda más opción, mi tío y tú habéis decidido mi destino, solo soy un peón de los dos. —Olive encogió los hombros resignada a no poder escapar nunca de ellos.

—Prométeme que no volverás a huir, Olive, tal vez este matrimonio no sea tan mala idea, tal vez podamos entendernos y quizá con el tiempo aprendamos a convivir.

Olive lo miró y asintió con la cabeza, era la única opción que le quedaba.

Nicholas la vigilaba, su tío amenazaba a Grace y Bob la seguía. Tal vez, ya casada tendría la libertad suficiente para huir. Miró con resignación la bolsa entre sus brazos. Si pensaba quedarse, más les valía volver cuanto antes porque en aquella bolsa llevaba las joyas de la madre de Grace y no quería que su prima se diera cuenta de que le había robado como una vulgar ladrona.

—Está bien, Nicholas, pero luego no digas que no te lo advertí —le dijo soltándose de sus manos en busca del caballo.

Él la detuvo asiendo su brazo y la hizo girarse. Sus manos se perdieron en la cintura de Olive mientras se inclinaba sobre ella, sus ojos se atravesaron retadores y Nicholas la besó con furia y determinación. En medio del sabor a tierra se separó con firmeza de Olive. Le sujetó el rostro con sus fuertes manos y esbozó una débil sonrisa pensando que, al menos en la cama, se entenderían a la perfección. Con los pulgares intentó limpiar el rostro de Olive sin resultado, ante la mirada suplicante de ella.

—Olive, danos una oportunidad a ambos, si me ocultas algo es el momento de

hablar.

Ella se separó con un suspiro y se dio la vuelta a medias, lo miró de manera directa con los ojos fríos y una expresión impasible, nada parecida a la de un momento atrás, cuando le correspondía a ese beso.

—No sé a qué te refieres, Nicholas.

Montaron juntos de regreso a Londres. Nicholas la acogió entre sus brazos mientras se internaban en las calles de la ciudad. Si una ventaja tenía el barro es que nadie los reconocería. Se dirigió hacia Denworth House. No podía dejar que Olive volviera a su casa en ese estado o que pudiera volver a escapar.

—¿Me llevas a tu casa, Nicholas? —preguntó Olive tensa sobre el caballo.

—Ahora será también tu casa, Olive, espero que te guste.

Capítulo 9

Olive frunció el ceño y no se dejó engañar ante la verja forjada de negro, los extensos jardines, dignos de un cuento de hadas, y la imponente silueta de la mansión de su excelencia. «Así que aquella iba a ser su prisión». La fachada se elevaba tras un enorme porche de columnas estriadas, al que se accedía tras subir una pequeña escalinata. Las ventanas de todo el frontal, enormes y luminosas, estaban adornadas en marcos de piedra que acababan en punta. Lo que más llamó su atención en la oscuridad fue la cantidad de chimeneas que desdibujaban la forma del tejado. La casa debía de ser enorme e imponente a la luz del sol.

Nicholas no llamó a ningún criado y llevó al caballo hasta las cuadras, un pequeño establo de formas sencillas que contrastaba con la opulencia de la mansión. El detalle de Nicholas de no despertar al mozo no le pasó inadvertido.

La ayudó a bajar con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora. Nicholas dejó en silencio al caballo en su lugar y le quitó él mismo la silla con habilidad.

Olive se recostó contra una viga de madera y observó a los otros dos magníficos caballos que apenas levantaron la cabeza y lanzaron un bufido al ser molestados.

—Vamos a la casa, haré que te preparen un baño y, seguro que tendrás hambre, después comeremos algo. En las cocinas siempre hay algo preparado por si llego tarde.

—No es necesario, pero el baño sí lo aceptaré. ¿Tu madre y Meg? ¿Qué dirán al verme aquí?

Nicholas dio unas palmadas en el lomo al caballo y se acercó a ella. Aun manchado de barro, ese olor suyo, a sándalo, le llegó con la fuerza de una bofetada. Su excelencia estaba atractivo hasta cubierto de barro y suciedad.

—Esta noche nada. Henry las acompañará desde el baile y no se darán cuenta de que estás aquí hasta mañana, para entonces ya habré solicitado la licencia para casarnos.

—¿Tan pronto? —gimió Olive sin mirarle.

—Tengo influencias, en breve podremos casarnos.

Olive quiso llorar, empezaba a sentir el cansancio de los últimos días intentando evitar a Nicholas, huyendo del acoso de su tío para que se sometiera a su matrimonio y las incesantes preguntas de Grace. Por primera vez en semanas bajó los hombros derrotada, evitando que las lágrimas inundaran sus ojos.

—Nicholas, necesito que alguien lleve esas joyas a casa de mi tío —pidió avergonzada porque él pensara que era una ladrona—. Son de Grace —explicó

con el rostro rojo de vergüenza.

—Se lo diré a Bob, estará en la casa.

—¡No, a él no! —le interrumpió Olive con rapidez.

Nicholas comprendió que el marinero no fuera de su agrado después de haber impedido esa fuga que parecía importante para ella, así que cedió.

—Mi mayordomo lo hará si así lo prefieres, es de confianza.

—Gracias —susurró Olive mirando al suelo. Aún no podía fiarse de Nicholas. ¿Cómo podía contarle que «Bob», ese hombre en quien más confiaba no era otro que su maestro Dupont? Espía de espías.

—Vamos, Olive, entremos en la casa, estás empapada.

A pesar de ser casi medianoche, un mayordomo abrió la puerta sin que hubieran siquiera subido las escaleras. La mirada de sorpresa que les dedicó hizo que Olive suspirara. No sabía si el hombre estaba tan atónito por su aspecto o porque su excelencia llevara a una jovencita a la mansión en mitad de la noche.

—Manfred, esta es mi prometida, la señorita Olive Marsé.

El hombre la saludó con una reverencia mientras su mirada disimulada la recorría de los pies a la cabeza. Supuso que ya todos en la casa conocían su compromiso, pero la primera impresión del mayordomo sobre ella debía de ser pésima.

—Señorías —contestó el hombre mientras inclinaba su cabeza cana con una reverencia clásica—. Permítame, excelencia, que ordene les preparen un baño —

dijo a la vez que tiraba de la levita de su traje, estirando la tela a la altura de las muñecas.

—Gracias, Manfred —dijo Olive un poco más altiva de lo que deseaba, su defensa ante la mirada impasible del criado que la sopesaba como nueva duquesa.

—Si le parece bien, *milord*, instalaré a la señorita en el ala de invitados — sugirió el mayordomo, que a Olive cada vez le parecía más envarado.

Nicholas sonrió y, con una muestra de afecto, le palmeó el hombro.

—No, Manfred, en las habitaciones del antiguo duque, junto a la mía. Y, por favor, lleva tú mismo esta bolsa a casa de Thomas Cox.

Olive quiso protestar por la disposición de las habitaciones, pero Manfred la miró con una ceja alzada. Con una reverencia, el hombre desapareció para avisar al resto de criados.

A veces, como toda niña, había suspirado por conocer a un caballero perfecto que la llevara a vivir a su mansión perfecta. Una multitud de criados uniformados y perfectos la esperarían en la puerta y, al verla, casi llorarían por la suerte de tener una señora tan hermosa, buena y educada. Su perfecto marido, enamoradísimo de ella, la cogería en brazos para atravesar el umbral de su hogar.

Los sueños, sueños eran, porque su entrada en la mansión era la peor que jamás hubiera imaginado, cubierta de barro, en mitad de la noche, entrando casi de manera furtiva y sin casar. «Perfecto. Las cosas nunca son fáciles Olive, pero

¿qué esperabas?».

Su humor no cambió cuando vio el baño caliente que la segunda doncella de Meg había preparado en silencio. La muchacha solo acertó a decirle su nombre, Maisy, y que tocara el llamador si la necesitaba. La habitación era lujosa sin duda, como todo lo que rodeaba a Nicholas, no solo en opulencia sino también en tesoros familiares, como el resto de la casa. Una cama con dosel y recias mantas, una chimenea de enorme fuego, cuyo marco labrado lucía el escudo de los Denworth. Pesadas cortinas de tonos marrones resguardaban la frialdad de la noche; sobre la cama Maisy había dejado un camisón y un vestido, seguramente de Meg. En el tocador, un cepillo de plata grabada y un espejo de mano que seguramente podría servir para alimentar a medio Fulham. «Y ella robando cuatro anillos de Grace». Cogió con admiración una polvorera del tamaño de su mano y notó el peso de su precio. La dejó con cuidado en su sitio y fue a sumergirse en el agua templada sin dejar de mirar la puerta que comunicaba su habitación con la de su excelencia. Ahora Nicholas podía atravesar en cualquier momento aquella puerta sin tener

que dar explicaciones a nadie. Una corriente de deseo la hizo suspirar al pensar en la posibilidad de que él lo hiciera, ¿y si fuera así? Lo sabía con certeza, caería en sus brazos sin dudarlo. Nicholas le atraía sin remedio, su físico imponente, la fuerza de sus brazos al sostenerla mientras bailaban y esa maldita sonrisa, atractiva, encantadora, demoledora...

Pero, más allá de su aspecto, había algo en él que le llegaba al corazón, algo que él ocultaba en su mirada, ¿soledad, quizá? Algo sucedía cuando le besaba, como si su alma se abriera para Nicholas y solo para él. Olive soltó un bufido y sumergió toda la cabeza bajo el agua para olvidar las cosas que su excelencia le hacía sentir. Sin apenas respiración emergió para darse cuenta de que ahora tendría que llamar a la doncella de nuevo para ayudarla a lavarse el cabello.

«*Fille stupide*, niña estúpida», se acusó en voz alta en ambos idiomas.

—Ya no eres una niña, Olive.

Se giró como un resorte, protegiendo su cuerpo sumergido en el agua de la bañera con las piernas y los brazos. Estaba en desventaja ante la mirada de deseo de Nicholas, la temida puerta se había abierto y allí estaba él, contemplando a su antojo, apoyado en el marco con una sonrisa maliciosa en los labios. El agua aún le caía del cabello sobre una camisa apenas abotonada en la cintura, suelta sobre unos pantalones marrones, con toda seguridad se había apresurado a bañarse para pillarla aún desnuda.

—Pero sí tonta —le dijo a Nicholas oculta entre sus propios brazos—. Digo

que no quiero casarme contigo y aquí estoy, en tu casa, de madrugada, desnuda y solos los dos.

La mirada de Nicholas no le dejó dudas sobre lo que él pensaba de la situación, su mirada de deseo la recorrió centímetro a centímetro de la piel que dejaba visible mientras ella admiraba su torso, su postura chulesca que con los brazos cruzados marcaba los músculos de los brazos.

Olive hizo lo que él nunca podría suponer. Si había esperado que se avergonzara o le echara a gritos de la habitación se equivocó. En su lugar,

suspiró hondo y, apoyada en los extremos de la bañera, se levantó.

Nicholas creyó morir al ver cómo el agua se deslizaba por toda su piel, inmaculada y tersa. Cómo la redondez de sus pechos se amoldaba al movimiento y su pierna torneada se adelantaba descubriendo la suave curva de su sexo. En todos estos años había visto a mujeres desnudas y nunca su corazón pareció latir tan fuerte como en ese momento. Olive enfrentó un segundo su rostro con el suyo. Lo tenía despejado, sin maquillajes ni elaborados peinados, el pelo mojado, hacia atrás, mostrando la forma de corazón de su rostro. Y le pareció la mujer más bella de Londres. Ya no le hizo gracia haber intentado avergonzarla sorprendiéndola en la bañera y dejó de apoyarse en el marco. Se acercó a ella en apenas dos pasos, con cierta satisfacción la vio contener el aliento con cierto recelo.

—Toma, Olive. —Nicholas, ante su sorpresa, le tendió una toalla y una bata que la doncella había dejado sobre una silla.

Olive se la puso con rapidez y cerro la prenda con un nudo apretado en la cintura. A su alrededor, sobre la alfombra se formó un pequeño charco. Nicholas la vio caminar hacia él, apenas dos pasos, embrujado por aquellas piernas desnudas que asomaban entre la tela y los pequeños pies descalzos. Se aproximó a él con una pequeña toalla y, para su sorpresa, Olive se puso de puntillas con los brazos estirados y comenzó a secarle el pelo con movimientos precisos, sin atisbo de dobles intenciones como si cuidara de un niño pequeño tras una travesura.

Nicholas la miraba embelesado, tan cerca de ella que con sus movimientos le revelaba lo que había debajo de la bata húmeda. La sujeto por las muñecas para que detuviera esa tortura que le infligía con su delicadeza al secarlo. Nadie nunca lo había tratado con tal ternura y suavidad, siempre fue tasado por su fortuna, su título y su atractivo y allí estaba esa mujer que no quería nada de él, ni siquiera ser su duquesa. Olive lo miró nerviosa y no intentó zafarse de su agarre.

—No sé si eres la más experta de las mujeres de Londres seduciendo a un hombre o lo haces debido a tu inocencia, probablemente nunca sabré quién eres

en realidad, Olive. ¿Verdad?

—Yo tampoco lo sé, excelencia. ¿Quién creéis que soy? —Olive decidió en ese momento que si se dejaba arrastrar por sus pasiones no sería tan malo, Nicholas la atraía sin remedio y quizá él descubriera al tenerla que ya no estaba tan interesado en hacerla su esposa. «Me romperás el corazón, Nicholas, lo sé desde que te vi en aquel maldito baile».

Olive aspiró el aroma de él, tiró la tela con la que le secaba sobre el suelo y enlazó sus brazos tras su nuca. Nicholas creyó morir, no había sido su intención, pero ahora estaba perdido bajo la mirada verde de ella. Tiró del cordón con precisión y la bata se abrió. Ella ni siquiera parpadeó, cerró los ojos al sentir cómo la cogía por la cintura desnuda y el solo tacto de sus dedos en la piel le provocó un estremecimiento.

Nicholas la besó con hambre, moviendo su lengua sobre la suya como si nunca pudiera saciarse. La cogió en sus brazos con un leve resuello y, maravillado, vio cómo Olive movía los brazos y se deshacía de la tela que la cubría. La llevó desnuda, en brazos hasta la otra habitación sin dejar de besarla.

Al soltarla sobre la cama Olive rio mientras sus manos le recorrían el rostro con devoción.

En el rostro de Nicholas se dibujó la duda sobre lo que hacían y Olive deslizó sus dedos temblorosos sobre los botones de la camisa.

—Cielo santo, Olive, no quería esto, no pretendía...

—Nicholas, te deseo, por favor.

Las palabras de Olive lo hicieron arder, posó sus manos sobre los pechos de ella, llenos y duros para después adorarlos con su boca. Nicholas acarició su vientre y su sexo solo para demostrarse que no había vuelta atrás; mientras, la francesa se aventuraba a explorar el bulto de sus pantalones, la firme erección que se mantenía desde que la había visto desnuda. Su excelencia creyó morir al sentir bajo su tacto la humedad del interior de Olive, su dulce esencia lo llenó de lujuria e imágenes de todo lo que deseaba hacerle. Estremecido lamio su pecho con deliberada lentitud. La respuesta de Olive ante la primera

embestida de Nicholas fue inmediata, un ronco gemido. Nicholas entró y salió mientras ambos se retorcían de placer entre jadeos ahogados por sus propias bocas. Olive olvidó por unos segundos, en mitad del placer palpitante que su cuerpo sufría, quiénes era ellos dos, qué los había llevado a aquella habitación y cuáles eran las oscuras razones de cada uno para aquel matrimonio. Placer y, en medio de aquella maravillosa sensación, una punzada la golpeó el corazón con fuerza. No podía enamorarse de Nicholas.

—Nicholas —susurró sin darse cuenta, entre latido y latido, apenas un jadeo que hizo que Nicholas la girara para colocarla sobre su cuerpo aún cubierto de calor.

Nicholas la miró serio mientras ella se esforzaba en recobrar la compostura sobre él. «Nicholas» pronunciado con ese acento francés desató la locura en él excitándolo de nuevo. Olive, ajena a sus pensamientos, esbozó una sonrisa y le pareció que era la primera vez que lo hacía de verdad, aun cuando sus ojos permanecían cerrados parecía más sincera que otras veces.

—No eras virgen.

Olive abrió los ojos con furia, como si le hubiera hecho un reproche rompiendo el hechizo de la intimidad entre ambos.

—No, Nicholas, ¿es un problema para ti? —preguntó Olive levantando su coraza de hielo.

—No, Olive, solo me hubiera gustado ser el primero que te diera placer y asegurarme que fuera especial para ti.

Olive quiso golpear las sabanas, ¿por qué ese hombre se esforzaba en ser tan bondadoso con ella? Qué fácil sería que la hubiera rechazado. E, incluso, si le hubiera reprochado su falta de inocencia lo habría entendido, pero esta conducta de él la desconcertaba.

—Bueno, entonces, ahora comprenderás que no soy la duquesa perfecta para ti.

Nicholas sonrió ante su maniobra, ¿había cedido a acostarse con él pensando que lo defraudaría y librarse del compromiso? La besó brevemente y se sentó en la cama dándole la espalda. Con toda seguridad, ahora ella sonreía pensando que había logrado enfurecerlo.

—No sé, Olive, si serás la duquesa perfecta, pero en mi cama eres la mujer perfecta.

Olive miró a su alrededor y le tiró la almohada al tiempo que él se levantaba con rapidez y, desnudo, se giró para mirarla y reír. Lo observó de arriba y abajo con una mirada lasciva y se mordió el labio furiosa. Ese hombre era peligroso, muy peligroso para su mente y su cuerpo traicionero.

—Eres odioso, excelencia, ¡adelante, si quieres este matrimonio lo tendrás!

No digas nunca que no te lo advertí.

—Entonces, Olive Marsé o quien seas en realidad, te casarás conmigo.

Capítulo 10

Allí estaba, dos días después en los jardines de Denworth House, bajo un tímido sol de abril, junto a Nicholas, vestida de color lavanda y azul, los preferidos de su futura suegra. Bob, a su espalda, provocando la curiosidad de los pocos invitados que habían recibido una misiva de su excelencia. Nicholas solo quería asegurarse de que no salía corriendo y saltaba la valla para intentar de nuevo huir de ese matrimonio. Desde hacía noches, en que cayó en su cama de manera vergonzosa, no lo había visto por la enorme mansión. La entregó la siguiente mañana a su hermana Meg y a su madre para que preparan la precipitada boda. Ni siquiera apareció cuando los criados en tropel fueron a quejarse a él por sus continuas exigencias, no había funcionado alterar el orden de la casa y de sus sirvientes con peticiones extravagantes como deshacer y hacer su cama una y otra vez, pedir sábanas de seda, tocar la campanilla a mitad de la noche o dejar sus cosas por toda la casa para que él se hartara, sino que se había vuelto en contra en Olive, la ignoraban hasta cuando pedía un té y ahora pasaría mucho, mucho tiempo en Denworth House.

Habló cuando el cura se lo pidió y calló al escuchar a Nicholas, no hubo voto

alguno excepto los obligatorios y le hirvió la sangre cuando se le exigió obediencia absoluta a su marido. Se casó en apenas diez minutos mientras Henry, el amigo de Nicholas, sonreía de manera escéptica, seguramente fruto de alguna nueva apuesta por parte de los caballeros del club acerca de cuánto duraría su matrimonio o si ella estaba embarazada.

—Ha salido sorprendentemente bien a pesar de tus reticencias, querida —

fue lo primero que le dijo Amelia, la madre de Nicholas, mientras el servicio, que adoraba a su excelencia, desaparecía sin siquiera felicitarla.

—Bueno, le recuerdo que fue su hijo quien se empeñó en celebrar tan pronto la boda —contestó Olive alisando su falda, molesta ante la última pulla de su suegra—. Ha merecido la pena por ver a Meg y a Grace tan bonitas —les dijo ante la timidez de ambas, ahora pensarían que ya no era como ellas, se había casado.

Las dos chicas sonrieron aliviadas al no asistir a otro enfrentamiento entre la duquesa y ella y acabaron revoloteando a su alrededor colocando la gasa de su vestido y su peinado.

—¡Qué feliz soy, Olive! Ahora eres mi hermana —dijo Meg con un gritito que provocó un mohín en la antigua duquesa.

—Y yo te pierdo —susurró su prima Grace, más callada de lo habitual.

Olive las cogió de las manos y sonrió.

—Ninguna me perderá, Meg ha ganado una hermana y tú, Grace, podrás venir cuando quieras, esta es tu casa. Nicholas me prometió que podías hacerlo siempre que quisieras. —En unos días le pediría a su marido que cumpliera su palabra y Grace fuera a vivir con ellos, ella misma se encargaría de que Cox no pusiera trabas.

Nicholas las observaba en la distancia mientras recibía las felicitaciones de los pocos invitados de la boda cuando vio cómo Thomas Cox se acercaba a Olive y la alejaba de las dos muchachas con una falsa sonrisa en los labios. La dijo algo al oído y caminaron hasta el límite del jardín.

—Ya tienes lo que querías, tío, ya soy la duquesa de Denworth —susurró Olive mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los había seguido. Se encontró en la distancia con la mirada de Nicholas y la rehuyó lo mejor que pudo bajando los ojos.

—Ahora estoy seguro de que podrás conseguir información sobre los planos de James Watt, si firma la patente de su máquina de vapor con los ingleses, tú y yo estamos perdidos, Olive. Procura que su excelencia confíe en ti, nos vigilan muy de cerca.

Se removió inquieta, Thomas Cox pretendía que espiara a su propio esposo, ahora aquella casa sería su hogar y Nicholas no era lo que ella esperaba. Ni altivo, ni frío. Siguió la mirada turbia de su tío hasta su prima Grace.

—Si tienes alguna duda de dónde están tus lealtades acuérdate de tu prima, ¿no querrás que la envíe a Francia o algo peor?

—¿Serías capaz? ¿A tu propia hija? Supongo que sí, nada te importa excepto tu odio a los ingleses, ¿verdad?

Thomas Cox la miró de repente con furia y la agarró del brazo a modo de advertencia.

—Tú también deberías odiarlos, te dimos todo esto para que aprendieras a despreciarlos, niña estúpida y desagradecida. ¿Estabas mejor en París?

Olive se soltó con furia y le miró desde abajo ya que Cox le sacaba más de una cabeza.

—No hace falta que me lo recuerdes, ahora dirás que soy duquesa por mi propio bien, porque tú lo has conseguido...

—Sí, Olive, harás bien en recordarlo porque si no cumples, si no encuentras los planos o si no me informas de lo que oigas os destruiré a ti y a Grace sin ningún reparo.

Olive sintió la presencia de Nicholas y vio cómo se acercaba a toda prisa al verlos discutir. Sin reparar en lo que su tío pensaría lo dejó plantado para ir a

su

encuentro con alivio. Nicholas frunció el ceño al sentir cómo ella acudía a él, era la primera vez que lo buscaba de manera abierta y la acogió entre sus brazos al sentir cómo temblaba. Thomas Cox y él se miraron con todo el odio que podía existir entre dos hombres adultos.

—La fiesta ha acabado, Cox, espero no volver a verle sin una invitación.

Thomas los miró con una sonrisa al pasar, como si las palabras de Nicholas no pudieran afectarle.

—Hasta la próxima, excelencia.

Hasta en sus palabras Nicholas podía notar cierta burla, como si supiera algo que él desconocía.

—¿Estas bien, Olive? Vi como discutías con tu tío.

Olive dio un paso atrás, siendo consciente de la confianza con que había acudido a sus brazos, e intentó sonreír de manera despreocupada. Nicholas estaba guapísimo con esa chaqueta azul oscuro que contrastaba con su pelo castaño, vio con tristeza cómo estaba preocupado de verdad por ella.

—Solo me felicitaba por mi boda, los modales de mi tío a veces son un poco bruscos. Voy a despedirme de Grace antes de que se marche.

Nicholas la vio correr, agitando la larga trenza que en contra de la moda se había puesto para la boda y pensó si en realidad no había tenido doncella que la peinara. Había puesto su casa patas arriba, a los criados en su contra, su madre aspiraba sales cada vez que Olive hacía una de las suyas y Meg era inmensamente feliz. ¿Y él? Él al fin tenía la situación controlada, a Olive vigilada en su propia casa. Ahora podría centrarse en su misión y dejarse de cortejos tontos y besos robados.

No hubo celebración tras la precipitada boda, al día siguiente los diarios dirían cualquier barbaridad, el rumor de que ella estaba embarazada o había cazado a uno de los herederos más influyentes de Londres daría que hablar.

Olive se sentó en su lugar para la cena, en el extremo opuesto a Nicholas y su madre; afortunadamente, Meg la tuvo entretenida con su charla porque, raro en ella, no pudo comer nada. Temía el momento en que el día acabara y Nicholas reclamara sus derechos. El ambiente en la cena era tenso, entre miradas asesinas del servicio que servía la cena y el poco convencional silencio que acompañó la que debería ser una celebración. Con mucha razón los criados se mostraban contrarios a ella, en las pocas horas que llevaba en la casa todas las doncellas habían intentado complacerla y ella se quejaba de todas, la comida la devolvía a la cocina para que la pasaran más o la calentaran, alegaba que no planchaban sus vestidos y que su habitación estaba fría cuando era ella misma quien a veces apagaba el fuego, todo para que esa boda no se celebrara y Nicholas viera que no era la mejor duquesa para la mansión Denworth. La soperá se balanceó de

manera peligrosa a su lado cuando Manfred, el mayordomo, estornudó con fuerza.

—Manfred, ¿os encontráis mal? —le preguntó la madre de Nicholas viendo cómo el sudor recorría la frente del viejo criado.

—No, señora, estamos todos algo resfriados. Esta primavera es inusualmente fría.

—Manda a alguien que te sustituya, estás enfermo Manfred —le ordenó Nicholas sabiendo que, ni aunque estuviera muriendo, el viejo mayordomo se retiraría del ancestral privilegio de servir la sopa en Denworth House.

—Todo el servicio está igual, señor, quizá yo sea el que mejor me encuentre.

—Pensaba marcharme al campo mañana, Nicholas, y llevarme a Meg conmigo, quizá debería quedarme... —dijo la duquesa dudando.

Meg levantó la cabeza con una leve esperanza, en estos momentos no quería irse de la ciudad, si lo hacía tal vez Henry, el amigo de Nicholas, se olvidara de ella ahora que había conseguido ser su pareja en todos los bailes a los que acudía. Lucila Hayes le perseguía como a todos los solteros de Londres con una sustancial fortuna, si se marchaba corría el peligro de que Henry cayera en sus redes y ella perdiera toda esperanza de ser cortejada por él. Ahora que

tenía a su nueva cuñada en casa, Olive podía ayudarla a conquistarle, tendría que pensarlo en el campo si es que su madre al final la obligaba a ir a Hertford.

Nicholas sonrió ante la delicadeza de su madre, pretendía dejar a Olive y a él solos en la casa ya que no podrían tener unos días fuera de Londres después de la boda, Malborough lo necesitaba allí de momento, en espera de noticias de Escocia, lo prefería de este modo ya que en el campo Olive podía escapar con mayor facilidad que en la ciudad.

—No digas tonterías, madre, ¿qué arreglaréis quedándoos Meg y tú?

—Solo es un resfriado, excelencia —añadió Manfred azorado por ser el centro de conversación—. Se lo ruego, duquesa, no se quede por nosotros.

La duquesa asintió.

—Está bien, entonces mañana nos vamos, Meg. Manfred, retírate ya, nos apañaremos.

—Fantástico, madre —contestó su hija sin mucho entusiasmo—. Muero de alegría por ir al campo.

Olive le cogió la mano para consolarla, sabía lo que la muchacha sentía por Henry. Para Nicholas era un tonto capricho de su hermana, pero Meg se estaba enamorando del guapo duque y el aire de golfo conquistador que siempre mostraba. Los chicos malos siempre eran los más populares de entre todos, los más buscados en los bailes y los más perseguidos, como si el desafío de poder cambiarlos fuera lo más atractivo del cortejo. Lo malo era cuando llegaban al

matrimonio, había visto mil veces cómo dos personas fabulosas se acababan odiando por culpa de bodas de conveniencia o precipitadas como la suya. Olive levantó la mirada hacia Nicholas y él la sonrió, la saludo con la copa de vino que tenía en la mano como si pudiera leer sus pensamientos. El brillo de las velas sobre el cristal lanzaba en el rostro de él un brillo especial, sus ojos verdes tenían un tono dorado. Olive vio un anhelo en ellos que la dejó muda, como si Nicholas de verdad quisiera llegar a conocer todos sus gestos y pensamientos.

—Estoy cansada —dijo de manera tan brusca que Meg dio un pequeño salto a su lado—. Duquesa, Meg, me despido ya de vosotras, espero que la estancia en el campo sea agradable.

Meg, arrolladora y espontánea como siempre, se levantó de golpe y la abrazó.

—Te echaré de menos, Olive, la próxima vez pídele a mi hermano que te lleve con nosotras. Sé que te encanta el campo y podrás montar a mi yegua Louise.

Nicholas la miró con la ceja arqueada, nunca hubiera pensado que a Olive le gustara el campo y además supiera montar. En realidad, no sabía nada de ella más que esa fachada que le habían construido a modo de tapadera y ella se esforzaba en mantener. Antes de traerla a Denworth era más cálida, más cercana, pero poco a poco se había vuelto fría y altiva, excepto con su hermana y Grace, a las que continuamente abrazaba y demostraba su cariño a la menor oportunidad.

—Me encantaría, Meg —dijo apretándola entre sus brazos—. Nos veremos a tu vuelta. Cuando quieras darte cuenta, estarás de nuevo en la ciudad.

—¡Sí, seguro! —protestó su hermana, a lo que Nicholas sonrió.

Nicholas vio cómo su madre ponía los ojos en blanco, las demostraciones de afecto en público no eran de su agrado. Ni en privado, reconoció con una sonrisa. Olive hizo una reverencia a su madre y a él y se escabulló del salón. El bullicio de las escaleras al subir corriendo le hizo sonreír, su mujercita pretendía darse prisa en refugiarse en su habitación o esconderse de él.

—Esa chica tiene algo raro, Nicholas. Te dije que no te casaras con ella, insistes en que estáis enamorados y, sin embargo, no os miráis ni a la cara. Si la comprometiste de alguna forma hubiéramos arreglado la situación, no viene de una familia rica ni prominente, todo hubiera quedado en un pequeño error. Mi matrimonio no fue un camino de rosas, pero llegué a amar y respetar a tu padre,

¿podrás decir lo mismo algún día?

Nicholas dejó la copa y rodeó el borde del cristal con la yema del pulgar ante

la atenta mirada de su madre y de su hermana. No podía ni debía confesarles que si no se casaba con Olive la condenaba a la cárcel.

—No es cómo crees, madre, no sé por qué lo hace, pero Olive no es así. He visto en su mirada que esconde a una muchacha amable y afectuosa.

—Pues, hijo, solo lo has visto tú porque a mí no me cae demasiado bien, el servicio la odia y la alta sociedad ha pasado de adorarla a creerla una advenediza por culpa de esta boda rápida.

—También me juzgan a mí y soy adorable —interrumpió Meg enfurruñada, a lo que su hermano, al ver el mohín de sus labios, estalló en una carcajada que desesperó a la duquesa.

—No te preocupes, madre, confía en mí —consiguió decir Nicholas a pesar de la risa.

—No es una broma, Nicholas, un matrimonio es algo serio. Espero sinceramente que no tenga nada que ver con Malborough.

Nicholas se enfrentó a su madre sin saber muy bien lo que ella sabía del servicio de inteligencia que el lord lideraba y cuál era su implicación con la causa del ministro y del rey.

—No tiene nada que ver, madre —contestó cortante señalando a Meg para que su madre no siguiera hablando delante de ella.

—Pues ya que te has casado, haz lo que puedas para llevarte bien con Olive y mantener la paz en esta casa. Cuando vuelva quiero la noticia de que pronto tendré nietos.

Nicholas aún se quedó un rato más en su estudio, sentado en el sillón con una copa de brandy. Se comportaba como un cobarde, debía subir junto a su esposa y hacerle el amor, que era lo que más deseaba en este momento. ¿Y si se había equivocado al casarse con ella? ¿Por qué no la había dejado marcharse?

Debía de ser muy lista para haber sobrevivido todos estos años en Londres

como espía de los franceses. Incluso podía haber escapado lejos con el dinero resultado de vender las joyas de su tío, quizá nunca la hubieran encontrado. Ya bastaba de engañarse y erigirse en defensor de Olive, la verdad era que la deseaba para sí mismo sin importar quién fuera. Suspiró con el ceño fruncido y se armó de valor para subir a su habitación. Ya en la puerta de su estudio, volvió sobre sus pasos y cogió la botella de brandy y un vaso. Tal vez le hiciera falta después.

Mientras subía la escalera, los únicos sonidos de la casa eran las lejanas toses de algún criado. Con el paso de un condenado a muerte, la botella en una mano y, en la otra, el vaso medio lleno, llegó hasta la puerta de Olive. No tenía ni idea de cómo lo recibiría, nunca sabía cómo reaccionaría su reciente mujer.

Empujó la puerta convencido de que estaría cerrada y se sorprendió cuando esta se abrió sin apenas tocarla.

Olive estaba sentada en una butaca frente al fuego, con las piernas encogidas bajo su cuerpo. La bata le cubría el cuerpo, pero dejaba al descubierto la línea del cuello hasta llegar al comienzo de sus senos. Su pelo castaño

resplandecía a la luz del fuego, aún húmedo. Debía de haber tomado un baño lo que le sorprendió, ya que la mitad de los criados estaban enfermos y la otra mitad la servían obligados. No lo miró hasta que Nicholas se sentó frente a ella en la otra butaca libre, lejos ambos de la cama que esa noche compartirían.

—Pensabas que iba a cerrar mi puerta —dijo ella al fin. Cambió de postura y se apoyó en el brazo del sillón inclinada hacia él, con la mano bajo el mentón.

—Eres la mujer más hermosa de todo Londres —Nicholas se sorprendió de decir aquello, pero el rostro de Olive, iluminado por las llamas, le resultó tan tentador como el hueco oscuro que formaba la bata al ahuecarse en sus movimientos.

—¿Puedo? —dijo Olive señalando la copa y la botella que aún seguían en las manos de Nicholas. Él la miró divertido y rellenó el vaso mientras lo tendía a través del pequeño espacio que separaba ambas butacas.

Olive tendió su mano para asir el vaso de cristal mientras su bata descendía hasta el codo, Nicholas vio la fina muñeca, el delicado color de su brazo.

Embrujado por la seducción de sus movimientos siguió con la mirada los finos y largos dedos ceñirse sobre los suyos y agarrar el vaso. Ella se incorporó un poco y, sin apartar la mirada de la suya, se bebió de un trago el brandy. Nicholas la miró atónito, bebía con el descaro de un hombre en una taberna, sin tan siquiera inmutarse por el calor abrasador del licor descendiendo por su garganta.

—Es fuerte, Olive, no deberías beber así.

—Me gusta más el whiskey escocés —alegó con una sonrisa mientras dejaba el vaso en el suelo y volvía a apoyarse en el brazo de la butaca.

—Así que eras tú, pensé que era Manfred el que vaciaba mis botellas para aguantar todos tus desaires.

— *Touché*, excelencia. He de reconocer que le he dado algunos problemas a tu pobre mayordomo.

—Una manera suave de decir que lo has vuelto loco, a él y a media casa, pero no pierdo la esperanza de que saques tu lado bondadoso en algún momento.

Olive sonrió ante su excesiva fe en ella, comenzaba a pensar que Nicholas siempre conservaba la esperanza de que ese matrimonio funcionara y no le guardaba en su mirada ni una sola muestra de reproche. Esa forma ingeniosa de su carácter para transformar la ironía en humor. Observó el rostro de Nicholas, lo cierto era que, a pesar de haberla obligado a casarse con él, no podía obviar que ese hombre la atraía sin remedio, su forma de caminar tan segura, su cuerpo ágil y musculoso, sus labios firmes y ese rostro de demonio apuesto. Su cuerpo aún suspiraba a causa de las caricias y los besos de hacía dos días, más de una vez se encontró en mitad de aquellas noches abriendo la puerta que comunicaba sus habitaciones y, como una cobarde, volviendo a la suya. Deseaba que Nicholas la

amara como esa vez, con sus manos marcando senderos en la piel mientras los labios se les llenaban de pasión y jadeos.

Nunca fue una cobarde, desearlo no la obligaba a amar a Nicholas pero sería más fácil protegerse de él si se mantenía lejos. Nicholas se levantó con la excusa de coger el vaso para dejarlo sobre la mesa mientras la mirada verde de Olive lo seguía casi con anhelo. Se inclinó sobre ella y aspiró su aroma en el hueco que se formaba entre la bata y su cuello. Con habilidad la cargó en sus brazos ante sus protestas, un poco menos vehementes de lo que ella quería.

Con solo con tenerla en sus brazos, desnuda bajo esa bata, Nicholas creyó morir de placer. La tela era una débil barrera para sentir cada una las curvas del cuerpo de Olive. Con toda la intención anduvo despacio mientras las miradas de ambos se cargaban de deseo. Nicholas rozó con sus dedos el pecho de Olive y ella jadeó por la sorpresa, la soltó sobre la cama mientras su largo pelo caía alrededor de su cuerpo.

—He pensado en nuestra situación, Nicholas...

Él se detuvo a mirarla con cierta sospecha, ¿tan complaciente? ¿Tan sumisa?

¿Qué diablos querría Olive?

—Habla, esposa.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, «esposa».

—Quizá debería irme con tu madre y Meg al campo unos días y...

Nicholas se apartó el mechón de pelo que le caía sobre la frente y sonrió.

—Olive, no voy a dejarte marchar, no porque crea que puedes escapar o volver loca a mi madre, sino porque después de esta noche no vas a desear salir de esta habitación nunca más. Me deseas, te deseo, nada me separará de ti.

Olive lo vio en aquella postura casi sobre ella apoyado sobre la cama con el codo y la mano sujetando su mechón rubio rebelde.

—Arrogante bruto, ¿crees que ...

Nicholas cayó sobre su boca, se sumergió en sus besos y sintió cómo ella

quería apartarlo, ahondó su beso, encontró su lengua y la devoró. Poco a poco, Olive cedió con un gemido y se retorció contra su mano al notar como él la posaba sobre sus pechos, sintió cada parte de su piel sensible y cálida mientras Nicholas la cubría de besos el cuello, la garganta, para después sumergirse y bajar cada vez más trazando un sendero sobre ella.

Olive le quitó la camisa, ansiosa por tocar su cuerpo y recorrer con las manos sus músculos. Nicholas se desnudó por completo y ella lo apartó un momento para mirarlo con deleite, era la primera vez que lo veía así y no pudo ahogar un jadeo de sorpresa ante la visión de su cuerpo fuerte y fibroso.

—No intentes volver a escapar de mí, *ma Duchesse innocente*.

Olive lo atrajo de la nuca al oír su acento francés y sonrió entre sus labios

«mi inocente duquesa» mientras él se abría paso entre sus piernas deleitado por la estrechez que encontraba surcando su interior. Las manos de Olive se ceñían a su espalda y le clavaba las uñas al sentirlo dentro. Nicholas terminó su tortura entrando y saliendo, con todos los músculos en tensión y el sudor deslizándose entre ambos cuerpos. Olive perdió la cordura cuando su interior estalló en mil fragmentos y vio en los ojos de Nicholas que a él le sucedía lo mismo. Unidos por el placer y algo más fuerte que ambos, se miraron con miedo.

Nicholas salió de ella vacilante, asustado por haber perdido todo el control por primera vez mientras Olive agarraba las sabanas con la misma expresión confusa ante lo que había ocurrido entre ellos más allá del sexo. En aquella cama solo eran ellos, no había falsas identidades, misiones, países o contratos. Solo ellos y la atracción que sentían uno por el otro.

Olive fue la que primero apartó la mirada con terror.

—Entonces no puedo ir al campo —dijo Olive para romper el silencio, como si momentos antes no hubiera ocurrido nada.

Nicholas la miró con recelo, ¿por qué se esforzaba en ser tan distante y fría cuando momentos antes era todo lo contrario? A pesar de todo, la besó con dulzura en los labios y la tapó con las sabanas que ella había insistido en traer

de algún remoto sitio en el que nunca debía hacer frío.

Llamaron con fuerza a la puerta de Olive, y ella vio cómo Nicholas reaccionaba al momento y se enrollaba una sábana a la cintura. Sacó un cuchillo de debajo del colchón y lo escondió hábilmente en su antebrazo sujeto con la mano. No debía olvidar nunca lo peligroso que en realidad era Nicholas, nadie dormía en su casa con un cuchillo bajo la cama.

—No te muevas, Olive —le dijo antes de acudir a quien golpeaba la puerta de la duquesa en mitad de la noche.

Estuvo a punto de decirle que tuviera cuidado y a tiempo se lo calló, Nicholas tenía al demonio de Dupont metido en su propia casa bajo la forma de

«Bob» y le inquietaba que ella lo espicara. ¡Qué irónico!

Además, ¿qué era ese sentimiento que hacía que se preocupara tanto por Nicholas? Él abrió y la voz de Manfred, en susurros, la alertó. Nicholas cerró la puerta al momento y se apoyó contra la madera.

—¿Qué ocurre, Nicholas?

Él guardó el cuchillo de donde lo había sacado de forma premeditada, para que ella supiera que estaba allí, seguramente sabría tan bien como él usarlo en caso de necesidad.

—Me esperan abajo, una visita.

—¿A estas horas? —fingió Olive a sabiendas que podía ser alguno de los informantes de Nicholas.

—Sí, ahora vuelvo, será solo un momento —se vistió a toda prisa y la miró con cierto recelo sin poder creer que hacía un momento estaba entre sus brazos,

¿por qué siempre tenía la sensación de que mientras hacían el amor se unían para después aislarse el uno del otro de una manera fría y distante? A Nicholas en esos momentos le faltaba algo, era la complicidad que se podía esperar de una esposa, no confiaba por entero en ella—. Quédate aquí, Olive.

El tono de Nicholas la dejó helada, no se fiaba de ella por mucho que en mitad de las caricias la llamara mi duquesa y la colmara de halagos. Su excelencia se daba a medias en la cama mientras ella luchaba consigo misma por no perder la cordura. «Quédate aquí, Olive». Debía de ser importante para que alguien lo molestara en su noche de bodas, en su mansión y de madrugada. La curiosidad le hizo ponerse un camisón y una bata; descalza, abrió la puerta por la que Nicholas había salido hacía unos minutos y caminó por el pasillo apenas iluminado hasta las escaleras. La madera crujió en un par de ocasiones a su paso y estuvo tentada de abandonar, pero debía saber quién acudía a hablar con Nicholas. Descendió los peldaños de puntillas y siguió el resquicio de luz que salía del estudio de su excelencia, con cuidado se apoyó en la pared y se deslizó con la espalda pegada hasta llegar a la puerta entreabierta.

—Debes ir a Escocia y hablar con él, sé que acabas de casarte, pero en unos días dará una conferencia en la biblioteca de Glasgow para informar a la comunidad científica de sus avances. No ha completado los planos, pero no tardará en hacerlo.

—No puedo irme ahora, Charles, manda a otro.

La voz de Nicholas era dura y reticente, ¿Charles?, ¿lord Malborough?

Olive contuvo la respiración, aquello era lo más cerca que había estado de una conversación acerca de los descubrimientos de James Watt y su máquina de vapor. Los dos hombres siguieron hablando, pero no los escuchaba, Nicholas iría a Escocia a por los planos y a convencer al inventor de que se los cediera a Inglaterra. Comprendió que, si Nicholas la encontraba allí, escuchando furtivamente, la encerraría de por vida en esa casa o algo peor. Quizá tuviera la sospecha de quien era, pero nunca podría saberlo a ciencia cierta si ella no cometía errores. Esa información era vital para Thomas Cox, quien permitiría traerse a Grace con ella.

—¿Y la chica?

—Es ahora mi esposa, Charles, está controlada, no hay nada de lo que preocuparse.

Los ojos se la llenaron de lágrimas, la pequeña esperanza de que Nicholas la hubiera querido por sí misma murió en algún lugar de su corazón. La única razón por la que se había casado con ella era porque sabía cuál era su verdadera

identidad y prefería tenerla cerca, donde pudiera vigilarla. Con cuidado corrió hacia las escaleras y volvió a subir de puntillas. Al llegar de nuevo a su habitación cerró la puerta y se metió en la cama mientras las lágrimas mojaban las sabanas. Un momento después escuchó la puerta y sintió los pasos de Nicholas acercarse hasta la chimenea, lo oyó avivar el fuego y después deshacerse de la ropa que cayó sobre la butaca.

—No hace falta que finjas que duermes, tengo un oído fino, te oí subir las escaleras.

Olive no se movió, permaneció con los ojos cerrados, tal vez pudiera aplazar la ira de Nicholas. ¿Cómo era posible que la hubiera oído?

—¡Basta ya, Olive! La bata, la llevas aún puesta.

Era cierto, ¡que error más tonto! Estaba tan preocupada por sus sentimientos que se había descubierto sola. Se sentó en la cama con el mentón levantado en señal de desafío.

—Solo bajé porque pensé que tenías una amante, quería cerciorarme que no era una mujer.

—¿Y la voz de lord Malborough te sonó como la de una mujer? ¿Por eso te quedaste a escuchar? —gritó Nicholas fuera de sí desde los pies de la cama.

—¿Por qué me gritas así?, en cuanto escuché a Lord Malborough subí a la habitación —protestó Olive cada vez más nerviosa.

—¿Es eso lo que pretendes, Olive? ¿Espiarne en mi propia casa? Ser espiado por su propia esposa no es lo que un marido espera de su mujer, deberías serme leal. Ante todo, pensé que lo serías después de lo que hemos compartido.

Olive comenzó a enrojecer, no le gustaba el cariz que empezaba a tomar la conversación.

—¿Lealtad? ¿Eso es lo que quieres de mí cuando te has casado conmigo porque crees que soy una espía?

—Me he casado contigo porque entre tu tío y tú me habéis cazado como a un idiota —le gritó de nuevo Nicholas, mientras se ponía la chaqueta y los zapatos.

—¿Dónde crees que vas, Nicholas?

—Para tu información, sí tengo una amante y me voy con ella —dijo Nicholas tan enfadado que sentía la rabia fluir por sus venas. La había salvado, se había casado con ella y así se lo pagaba, escuchando tras las puertas, quizás esperando a que él se fuera para aprovechar la ocasión de contárselo a Thomas Cox y destruir su matrimonio.

—¡Corre entonces, excelencia, no pierdas la oportunidad de una buena noche en compañía más agradable que la mía! —Olive escupió las palabras que su corazón no sentía, de todas las cosas horribles que imaginó para su

matrimonio en los últimos días aquella era la peor. Nicholas tenía una amante.

Nicholas se giró al oír sus últimas palabras y la miró con odio por primera vez, ni siquiera le importaba que corriera en busca de los brazos de otra mujer.

—Manfred tiene orden de no dejarte salir, Bob o uno de sus hijos está vigilando la casa en estos momentos, no te daré una sola oportunidad de comunicarte con Cox.

Cerró con un portazo que retumbó en cada rincón de la habitación. Olive corrió y echó el cerrojo para después apoyarse contra la pared horrorizada por los gritos que se habían dedicado el uno al otro. Se llevó las manos a la cabeza y se tapó los oídos, ¿por qué habían estado tan cerca de llevarse bien y lo estropeó todo teniendo que bajar a curiosear?

Capítulo 11

Los ruidos del exterior la despertaron sola en la cama, Nicholas no había vuelto en toda la noche, en varias ocasiones se acercó hasta la habitación de él sin encontrarlo. Fuera, Meg y la madre de Nicholas se montaron en el carruaje cargado con sus baúles hasta desaparecer por el camino y perderse entre los árboles. Ahora estaba sola en Denworth House, o al menos hasta que su marido decidiera volver.

Llamó a la campanilla una vez más hasta que se rindió, nadie iba a subirle el desayuno. Los criados habrían oído la discusión con su excelencia e incluso sabrían que su noche de bodas la había pasado sola, ya no tenía sentido enfrentarse a ellos una vez casada con Nicholas. Ésta iba a ser su casa durante una temporada, al menos hasta que pudiera escapar. Lucy, la doncella de Meg y su única aliada entre los criados, tampoco podía servir de ayuda al irse con la hermana de Nicholas.

Se vistió sola, con un sencillo traje marrón que podía ponerse sin ayuda y abrió la puerta con decisión. Bajó las amplias escaleras mientras su vista se detenía en algunos de los antiguos retratos que cubrían las paredes. Reconoció en algunos de aquellos rostros el pelo y los ojos de Nicholas e incluso ese aire de truhan peligroso que tanto atraía a las mujeres. Sonrió a medias. «¡A ti también te gusta Olive, confíésalo!», suspiró y siguió hasta el salón. Ni rastro de ningún criado, tal vez todos habían decidido tomarse el día libre o escapar de ella, lo cierto es que lo merecía después de hablarles como una déspota y darles instrucciones absurdas.

Volvió a la escalera y se internó en la parte trasera de la casa, bajó unos pocos peldaños y llegó al estrecho corredor que daba acceso a las cocinas y a los cuartos de los criados. La casa de Nicholas estaba renovada por completo y el servicio ya no ocupaba las habitaciones de arriba, sino la planta más baja, cerca de la planta principal. Entró en las cocinas en mitad de una carcajada de la cocinera con Manfred y ambos callaron sorprendidos al verla. Los ojos de Olive abarcaron a los dos, con la ceja arqueada hasta las doncellas, sentadas a la mesa desayunando mientras ojeaban las fotos del periódico de su excelencia.

— *Milady* —se apresuraron todos a saludar con temor, mientras se levantaban

de sus sitios. En ese momento entró el mozo de las cuerdas de Nicholas y casi se arrodilló al verla.

Olive no les contestó, se dirigió hacia el panel donde se llamaba a los

criados y sonrió al ver como habían bautizado el nombre de su habitación « *l'enfer tápelle* », «el infierno te llama», en francés, escrito con una rudimentaria letra. Miró a su alrededor, todos expectantes y dio un golpecito con el pulgar en la campanilla que conectaba el cordón que iba directo a su habitación para comprobar que funcionaba. No se oía en la cocina nada excepto el crepitar de las ollas y los fuegos.

—Buenos días, pueden sentarse —dijo Olive al girarse con una sonrisa en los labios. Fue hasta los fuegos donde el agua hervía y encontró una taza en la que se sirvió té. Con él en la mano se dirigió a la mesa y, ante la sorpresa de todos, se sentó con ellos. Se untó pan con mermelada y comenzó a desayunar.

— *Milady*, no tiene por qué hacer eso, yo se lo serviré —le dijo una de las doncellas, Maisy creía recordar que se llamaba, apurada por ver a la esposa de su excelencia en la cocina sirviéndose el desayuno. Todos pensarían que estaban despedidos y Olive los ignoró mientras comía, las toses y estornudos eran continuos hasta que terminó con los bocados de mantequilla y mermelada. El silencio no la incomodó demasiado, hasta lo agradeció.

—¿ *Milord* ha vuelto? —preguntó a Manfred que, atónito, se sentó solicitando su permiso a un extremo de la mesa.

—No, excelencia.

—Espero que me avises si vuelve y, por favor, espero que a él si le tengáis preparado el desayuno.

—Sí, *milady* —contestó Maisy, la doncella de generosos bucles rubios.

—Perfecto. Mañana podéis servirlo en el salón, no hace falta que lo llevéis a ninguna habitación infernal, estaremos solo *milord* y yo «si es que decide regresar algún día». Madrugo mucho así que también comeremos y cenaremos antes.

Se levantó tras limpiarse con una servilleta que había sobre la mesa, saciado ya el rumor de su estómago. Olive dobló la servilleta a la perfección mientras sentía la mirada escrutadora de los criados. Se marchaba con una sonrisa en los labios, percibiendo el miedo de todos cuando llamaron a la puerta de acceso a los jardines. La cocinera dio un respingo y miró a Manfred y las doncellas. Olive los miró uno a uno mientras arqueaba la ceja. ¿Qué ocurría? ¿Ocultaban algo entre todos?

—¿Nadie va a abrir?

—Será alguno de los guardas que hay fuera —contestó la cocinera demasiado rápido y alto.

Olive oyó de nuevo los golpes y fue ella misma hasta la puerta, Manfred intentó hacerlo él mismo, pero con un gesto lo detuvo. Cuál fue su sorpresa al abrir y ver delante de ella a dos niñas sucias de apenas seis o siete años, de pelo

rubio y mirada asustada. Tras ellas, una mujer de rostro muy parecido a las niñas las agarraba de las manos para salir corriendo. Olive la sonrió para tranquilizarla.

— *Milady*, os lo ruego, no se lo contéis a la duquesa o nos echará a todos —

dijo Maisy a sus espaldas. La niña un poco más alta que la otra parecía muy enferma, con los ojos vidriosos y la piel enrojecida. Ahora comprendía el miedo de todos, daban de comer a las tres mujeres a espaldas de la madre de Nicholas.

No creía siquiera que él lo supiera. Se agachó frente a la pequeña y le puso la mano en la frente con una caricia, seguramente la niña había contagiado a todos los criados.

—¡Hola, pequeñas! ¿Cómo os llamáis? —les preguntó ante la mirada atenta de la madre, quien, al escuchar su tono amable, aflojó la mano con que las sujetaba.

—Yo soy Rebeca y mi hermana es Mary —contestó la más pequeña, dejando

ver una sonrisa de pequeños y sucios dientes—. Mi mamá se llama también Mary, Maddie Mary —añadió al ver que le prestaba atención, inclinándose hasta su altura.

—Yo ya he desayunado, pero a lo mejor vosotras no, ¿queréis las tres hacerme compañía un ratito?

La madre de las niñas miró desde la puerta hacia la cocinera y las doncellas y asintió poco convencida. Entraron temerosas y Olive cogió a las pequeñas de la mano, las ayudó ella misma a sentarse en las altas sillas de madera. Comenzó a poner pequeños bollos y pan en los platos y animó a la madre a comer mientras los criados a su alrededor reanudaban sus tareas sin dejar de observarlas.

—Mamá siempre decía que no podíamos entrar a comer —dijo Rebeca con la boca llena—. Que la duquesa no echaría a palos.

—Cállate —susurró la más mayor enfadada.

—Bueno, no conozco mucho a la duquesa, pero no creo que os echara a palos —contestó Olive, divertida ante la inocencia de la pequeña.

—¿Por qué tú nos has invitado? —preguntó Rebeca mientras las migas caían por la comisura de sus labios.

—Dejad a su señoría, niñas —ordenó la madre con los ojos bajos.

Su atuendo la había delatado, Olive miró hacia el regazo de la mujer y vio que escondía algunos mendrugos entre los pliegues de su vestido. La cocinera de Denworth House estaba a punto de regañarla cuando Olive posó su mano sobre la suya notando lo arrugados y destrozados que tenía los dedos la madre de las pequeñas.

—Me llamo Olive. ¿Cómo la llamo, Mary o Maddie? —le preguntó con tal dulzura que la pequeña Rebeca sonrió satisfecha.

—Maddie —contestó sin mirarla, con la vista fija en el regazo.

—Bien, Maddie, que las niñas coman lo que quieran, tú también. No hace falta

que escondas nada, tendrás cuanto quieras y puedas comer en Denworth House.

Maddie la miró con tal desconfianza que Olive no pudo evitar pensar en ella misma cuando era tan pequeña como su hija Rebeca. La calle enseñaba que uno no debía confiar nunca en los regalos a cambio de nada y que en la más absoluta pobreza solo la dignidad te ayudaba a vivir cada día. A ella la habían molido a palos el día que la descubrieron robando una manzana en el mercado de Montorgueil y acabó siendo salvada por Dupont, el mismo hombre que ahora la impedía salir de su prisión. «Bob», ¡qué nombre tan absurdo para su falsa identidad como guardián de Nicholas!

—Maddie, soy nueva aquí y quiero proponerte una cosa —la dijo Olive con cautela, no quería que pensara que sentía pena por ellas—. Necesito una doncella, puedes quedarte aquí con las niñas. ¿Has trabajado en alguna casa antes?

—Yo...sí —la mujer comenzó a llorar y se aferró a sus manos apretándola entre las suyas.

—Deja de llorar, mujer, y acepta —ordenó la cocinera crispada al ver que Maddie no reaccionaba—. Excelencia, mi nombre es Anne. Maddie trabajaba en casa de Lord Percy como doncella, pero la despidió hace unas semanas sin referencias, no tienen familia ni quien la ayude. La niña está mala y no quiere aceptar dinero.

—Gracias, Anne —asintió Olive—. Tranquila, Maddie, no te pediré referencias, conozco las malas costumbres de Lord Percy... —Lo pensó un momento, puede que Nicholas se enfadara por tomar esta decisión, pero comenzaba a creer que su marido tenía un corazón generoso—. ¡Anne! ¿Pueden quedarse contigo hasta que consigamos acomodarlas en las antiguas habitaciones del servicio?

—Yo dormiré con Maisy, no tengo problema —afirmó la cocinera con una sonrisa.

—Arreglado, entonces. Manfred manda a alguien a por el médico de la familia y que vea a la niña y de paso a todos vosotros, la mitad parecéis tener fiebre y

el resto no tardará en enfermar.

Manfred dudó un momento como si no reconociera su autoridad y desistió ante la fuerte tos de la niña mayor.

—Sí, excelencia.

Olive sonrió, era la primera vez que el estirado de Manfred la llamaba excelencia. Maisy, la otra doncella se levantó sin decir nada y les sirvió leche fresca a las niñas, al pasar con la jarra miró al cartel que había sobre la campanilla que indicaba a los criados que Olive llamaba desde su habitación y, ante la sorpresa de todos, lo arrancó.

—Gracias, excelencia —susurró Maddie—. ¿Pero por qué hace esto por nosotras?

—Lo hago por mí, Maddie, necesito una doncella y una amiga. ¡Si supieras las cosas horribles que se dicen de mí en esta casa! —contestó Olive sonriendo.

Se levantó de la mesa con la decisión tomada—. Mañana empezarás, hoy descansa y trae lo poco que tengáis a Denworth House, este es ahora vuestro hogar.

Al salir, Manfred lo hizo con ella, sus ojos negros la miraron directamente con pesar.

—No les culpe por ayudar a Maddie y las niñas, un día aparecieron en la puerta y yo le di permiso a Anne y a Maisy para que las ayudaran, creo que la madre es prima suya y... se lo agradezco, excelencia.

—Manfred, es lo más humano que le he visto hacer hasta ahora —contestó Olive mientras posaba una mano en el brazo del anciano—. Por favor, no le diga nada a su excelencia. Cuando regrese yo hablaré con él. Deje que las niñas salgan al jardín un rato, el aire las sentará bien y, en cuanto llegue el médico, avíseme.

—¿Permite que le diga una cosa, *milady*?

Olive arqueó la ceja y asintió con cierto recelo.

—Lo ha hecho muy bien como duquesa para ser su primer día.

Olive volvió al salón desconcertada, ¿quería en realidad ser duquesa?, tenía en su poder ayudar a Maddie y sus hijas mientras estuviera allí, pero qué pasaría con ellas cuando se fuera. No era ninguna santa, pero ver el hambre y la enfermedad de las niñas le hirvió la sangre de tal manera que no pensó en las consecuencias de sus actos, tal vez, solo tal vez, pretendía salvarse a sí misma o a la niña que alguna vez fue.

Capítulo 12

Denworth House empezaba a parecer demasiado pequeña y asfixiante para ella, casi cuatro días y Nicholas no había vuelto, nadie le decía dónde estaba y los guardas de la verja no la dejaban salir. Dos veces había intentado burlar a los guardas en busca de Grace y, enojada, había tenido que desistir. Allí estaba día y noche «Bob», vigilando tras los muros de la mansión. Ni un solo mensaje de Grace y, con alivio, ninguno de su tío. Pasaba mucho tiempo en la biblioteca de Nicholas, disfrutó de los libros clásicos que encontró maravillada por la cantidad y calidad de todos ellos, quizá su marido era un ávido lector y ni siquiera lo sabía. Salía a jugar con Rebeca en el jardín cuando el tiempo lo permitía, sin embargo, le preocupaba que Mary no se recuperara, por el contrario, estaba peor.

Manfred le contó que una fuerte gripe asolaba Londres. La gente se refugiaba de la enfermedad entre los muros de sus casas y se habían suspendido los bailes y reuniones sociales. La ópera de Covent Garden incluso había anulado su última función y los teatros estaban vacíos por temor al contagio. En la casa, uno tras otro fue enfermando hasta que Olive se vio sola con Maisy. El médico se negaba a acudir de nuevo a Denworth. Londres vivía una de las peores epidemias de los últimos años. El miedo se adueñó de todos, aislados del resto de Londres más allá de las verjas de la mansión.

Su rutina cambió por completo y pasó gran parte de sus días junto a Maisy cuidando de los enfermos, prepararon vapores en la cocina, esencia de romero y perejil, cataplasmas de eucalipto y todo lo que se les ocurrió para ayudarlos a sobrellevar la enfermedad. Improvisaron, entre las dos, sopa caliente, hasta

la robusta cocinera de Denworth House había caído enferma y apenas tenían comida, ni siquiera los mercados abrían. Trabajó como hacía años, acarreado ollas, removiendo pucheros y cortando trozos de tela de sus enaguas para aplicarlos sobre la frente de las niñas. Volvió a sentir la desesperación de saberse impotente ante sus esfuerzos, de tener conciencia de que, por mucho que sus ropas fueran otras y su acento hubiera desaparecido, la niña que habitaba en ella y seguía en su interior era la misma que luchaba con uñas y dientes por un trozo de pan o por la vida.

¿Dónde estaría Nicholas? Él podía obligar al médico a venir. El cielo sabía que incluso ella había mandado a «Bob» con una enorme suma de dinero y el doctor lo había rechazado. Según las pocas noticias que tenían del exterior, la gente empezaba a morir en Londres a causa de la enfermedad y Olive

comenzaba a desesperarse, solo esperaba que Grace estuviera bien.

Era la primera vez que sentía impotencia ante los demás, si la enfermedad no remitía no sabía cómo actuar, ¿qué haría, enterrar a medio Denworth?

Casi fue un alivio ver a Henry. El amigo de Nicholas se presentó en la casa de improviso. Ni siquiera Bob pudo impedir que traspasara su guardia.

—¡Cómo me alegra verte, Henry! —lo saludó Olive con alivio al ser avisada de su presencia.

—¡Olive! ¿Y Meg, está bien?

No pudo más que sonreírle por su tono alarmado. Ese muchacho estaba tan enamorado de la pequeña Meg que habría atravesado Londres en mitad de la enfermedad.

—Está en el campo, Henry, no corre peligro. Se marchó con la duquesa hace días y estaban bien.

Henry suspiró con alivio y se fijó en las ropas de ella con una sonrisa perpleja, Olive era consciente de que parecía más una pordiosera que la duquesa de Denworth y le palmeó el hombro a modo de reproche.

—¿Qué haces aquí, Olive? Deberías haberte ido con ellas, ¿y Nicholas?

—Esperaba que tú me lo dijeras, nadie sabe dónde ha ido —dijo Olive con el ceño fruncido—. Me dijo que iba en busca de su amante y no he vuelto a verlo, de eso hace una semana.

—Lo siento, nunca creí que se comportaría así.

—No lo sientas, yo me lo busqué —reflexionó Olive. Llevada por el cansancio se dejó vencer por el peso de los hombros y se encorvó.

—Lo encontraré, Olive y te lo traeré, lo prometo —afirmó Henry muy serio.

No la consoló en absoluto que fuera a buscarlo, si Nicholas estuviera en Londres ya hubiera vuelto a casa, ¿o no?

—Gracias, Henry. Dile por favor que le necesito aquí —dijo Olive sintiendo cómo le temblaba la voz—. Y, si quieres un consejo, cuando vuelva Meg hazle saber lo que sientes por ella.

Ante sus palabras, Henry la miró con los ojos abiertos de par en par, sonrió como si antes no se hubiera dado cuenta de lo que la pequeña de los Denworth despertaba en su corazón.

—Gracias, duquesa.

Capítulo 13

Un día más amaneció en la cama de la pequeña Mary. Tenía la sensación de que la niña respiraba mejor. Los cabellos claros de ambas se entremezclaban sobre las sabanas y sonrió de ternura por aquel ángel. Tocó su frente esperanzada, después de tantos días con fiebre, parecía haber bajado. Se había salvado.

Salió de la habitación en silencio para no despertar a la madre de las niñas, que dormía en la otra cama. Al cerrar la puerta sintió que la sangre volvía a fluir con fuerza por su cuerpo. Denworth House se salvaría.

—¡Olive!

Creó haberlo imaginado cuando le llegó una voz lejana y autoritaria desde las escaleras. Sujetó con fuerza el paño empapado en sales, mientras buscaba a su marido. Nicholas la miró preocupado desde el otro extremo del pasillo y Olive se reprendió por solo pensar en lo guapo que estaba su excelencia con el traje de montar y esas botas. El pecho le había dado un vuelco con solo oír su voz y ahora, al verlo, le palpitaba con fuerza. ¿Se podía echar tanto de menos a alguien y odiarlo al mismo tiempo?

Nicholas dudó un momento, su vista le engañaba sin duda porque aquella mujer no podía ser la altiva Olive Marsé que unas semanas atrás se había casado con él. Profundas ojeras marcaban su rostro, llevaba su largo pelo castaño envuelto en un pañuelo en forma de pico y un vestido que parecía el de una mendiga por las manchas que cubrían su falda.

Avanzó despacio a encontrarse con ella. Bob le había advertido de la situación en cuanto traspasó la verja negra de entrada a la casa, pero no pensaba que era tan terrible. Olive inhaló aire con un suspiro y, aún con el paño sujeto entre las manos, llegó hasta él. Nicholas desconfió de aquella mirada cargada de odio y rabia y supo que tenía razón cuando lo golpeó en el pecho con la tela.

—¿Cómo te atreves a desaparecer y dejarme aquí sola? —gritó Olive—.

¿Dónde estabas? ¡He tenido que cuidar de tu gente!

Nicholas suspiró, si para él el tiempo pasado en soledad había sido una tortura recordando cada momento junto a Olive, para su esposa había sido un motivo más para odiarlo.

—¿Quieres que te informe de mis movimientos para correr a contárselo a Thomas Cox? Tuve que irme a Escocia para que no pudieras adelantarte y frustrar nuestros planes.

Olive respiró aliviada, lo había imaginado una y mil veces en brazos de otra mujer en Glasgow, dónde Malborough le ordenó ir.

—Me tienes aquí encerrada, ¿cómo crees que se lo iba a contar?

—No te subestimo «esposa», habrás encontrado la manera. ¿Qué demonios haces aquí vestida así?

Manfred apareció tras Olive, visiblemente desmejorado, pero, con su pose erguida, hizo su habitual gesto de estirar las mangas de su traje.

— *Milady* ha sido muy valiente, la fiebre ha llegado a Denworth, excelencia

—le informó tan envarado que Olive estuvo a punto de reír, pero solo a punto porque, primero, quería matar a su marido.

Nicholas lo miró como si le hubieran salido dos cabezas. ¿Ahora Manfred defendía a Olive? ¿Tanto tiempo había pasado fuera? Estaba seguro de haber contado cada hora y minuto separado de su mujer como para no saber que solo habían pasado unos días.

Con los brazos en jarras Olive recuperó su mirada altiva, le tiró el paño empapado en algo viscoso y recorrió el pasillo en dirección al salón. Nicholas no pudo hacer otra cosa que seguirla escaleras arriba hacia su dormitorio.

—¡Olive! ¡Qué ha ocurrido! —no había acabado la frase cuando retumbó el portazo que ella dio al cerrarle la puerta en las narices—. ¡Abre!

—¡No! —negó Olive desde el interior con un grito más fuerte que los suyos.

Nicholas entró de golpe sorprendido porque no estuviera cerrado y la vio

sentada junto a la ventana con un vaso lleno de brandy en la mano. Se acercó despacio, dándole tiempo a que le gritara de nuevo o huyera si eso era lo que quería.

Miró el licor bailando en el vaso, Olive bebía demasiado. Nunca pensó que haría eso por nadie y menos por una mujer, aunque fuera la suya, pero hincó la rodilla en el suelo y la obligó a mirarlo con la mano sobre su mejilla.

—¿No estás cansada, Olive? ¿Harta de resistirte a mí? Creo que podemos ser felices, que debemos darnos una oportunidad. Te he echado de menos.

—¿Crees? Yo no puedo permitirme jugar a ser un matrimonio feliz. No quiero farsas en mi vida. Déjame ir, Nicholas, por favor. —La gente de Denworth empezaba a importarle, incluso había llegado a sentir verdadero cariño por Manfred. No podía, no debía desviarse de sus planes, tenía que huir de Londres antes de que se encariñara con los habitantes de la casa.

—Si lo hago será para entregarte a Malborough, irás a la cárcel, o aun peor, a la muerte por traición. Conmigo estás segura.

—Desapareceré —suplicó una vez más—. Tengo dinero, huiré a las colonias donde nadie me encontrará.

Nicholas la cogió por los hombros para que entrara en razón, los ojos verdes de Olive lo atraían sin remedio. Hasta con aquel vestido sin forma la deseaba.

Ella intentaría una y mil veces hacerle ceder, pero, por el contrario, Nicholas se sentía amarrado a ella. Una fuerte cadena trazada por el deseo más elemental los unía. No podía dejarla marchar. ¡No, maldita sea! Olive era suya.

Olive se revolvió en sus brazos, soltó el vaso sobre la silla y se levantó hasta retroceder contra la pared.

—¿Qué crees que pasará cuando Thomas Cox vea que no le doy ninguna información de valor? Me matará, Nicholas.

—Yo te protegeré.

—¿Pretendes hacer de esta casa una jaula?

—Te llevaré a mi casa en Escocia, te alejaré de él y de Londres.

—Nunca debiste casarte conmigo.

—¿A qué tienes miedo, Olive? ¿A enamorarte de mí?

Olive lo esquivó con agilidad y se deslizó hasta la cama, cayó agotada entre las sabanas de seda, su extravagante petición para hartar a su excelencia y el frío tacto de la tela la recibió. El primer día los criados le habían declarado la guerra y ni siquiera se habían molestado en encender el fuego de la chimenea para caldear la estancia y ahora eran sus únicos amigos. Se tapó el rostro con las manos y se preparó para lanzar una última pulla a Nicholas.

—Si no me dejas marchar puedes irte de nuevo, si quieres vete en busca de esa mujer, de tu amante. Henry te encontró ¿verdad?, por eso has vuelto.

Nicholas la miró impasible mientras cerraba los puños con tanta fuerza que sintió cómo lo sangre se acumulaba en sus muñecas.

—Te dije donde he estado, en Escocia. Si crees que soy tan frío como para estar revolcándome con una mujer mientras todos enfermáis es que no me conoces.

—Tienes razón, no sé quién eres, Nicholas, ni lo que eres capaz de hacer, solo lo que cuentan de ti en todo Londres. ¿A que fuiste como todos esos idiotas?

¿Apostaste a que me conseguirías?

—Ahora eres todo odio y rabia, Olive, y no puedo luchar con eso. Me marcho, cuando quieras hablar, dímelo.

La puerta sonó al momento; esperando oír cómo se cerraba tras él, Olive se hizo un ovillo abrazada a las piernas. Las lágrimas comenzaron sin darse cuenta.

No podía culpar a Nicholas de su desdicha, ella sola estaba acabando con su

matrimonio antes de darle una oportunidad. Se sorprendió al escucharlo hablar en lugar de la puerta cerrándose.

—Por cierto, Bob tenía un mensaje de la doncella de tu prima. Grace está muy enferma —la informó con cierto veneno en su tono.

Nicholas vio cómo se levantaba como un resorte y se secaba el rostro de lágrimas rápidamente, con el dorso de la mano.

La impassible y calculadora Olive desapareció ante sus ojos, la frialdad de su altivo rostro cambió, apartada por un gesto de miedo. ¿Algún día él sería el motivo de ese desvelo?, pensó con envidia. Olive se vistió en apenas un momento, ni siquiera se recogió el cabello mientras se cambiaba y se ponía por la cabeza un vestido marrón y verde. Se odió a sí mismo por admirar su cuerpo desnudo mientras se vestía.

—¿Dónde crees que vas a estas horas?

—A ver a Grace —contestó Olive sin mirarlo.

—No a estas horas, las calles de Londres son peligrosas —negó Nicholas tomando su mentón para que lo mirara.

Él retrocedió al ver el rostro encendido de Olive, las lágrimas que luchaba por contener y el miedo que la hacía temblar.

—Nicholas, no puedes impedirlo —dijo ella sin asomo de rebeldía, la voz angustiada en casi un murmullo—. Grace es lo único que tengo —declaró hundiendo los hombros en señal de rendición, si Nicholas la retenía poco podía hacer en ese momento cuerpo a cuerpo con él.

Parecía sincera y algo que vio en sus ojos le conmovió el corazón, era su prima Grace lo único verdaderamente humano en ella.

—Está bien, Olive, te llevaré con ella, pero no te dejaré sola en esa casa con Thomas Cox.

Olive pensó que sería para asegurarse que no pudiera entregar la información

que había conseguido esa noche sobre su viaje a Escocia, pero ahora daba igual, Grace la necesitaba y él iba a acompañarla.

Llegaron media hora más tarde a la sombría casa en la que Olive había pasado los últimos tres años. Era más oscura y pequeña de lo que recordaba. Los jardines eran simples, apenas una división entre la entrada y los muros.

Comparaba sin querer aquella casa con la mansión en la que ahora vivía, desconcertada se dio cuenta de que, en apenas unos días, Denworth se había convertido en su nuevo hogar.

—Nicholas —lo llamó, aunque él permanecía a su lado, sentado en el carruaje, dolido por el reencuentro entre ambos, por las frases hirientes y la desconfianza y, aun así, la sujetaba la mano de forma protectora.

—¿Qué ocurre, Olive?

—No me dejes a solas con él, por favor.

No hizo falta que Nicholas preguntara a quién se refería, era increíble que, con la fortaleza que Olive siempre demostraba, la simple mención de Thomas Cox hiciera temblar a su mujer, pero ella tenía razón, si no le daba a su tío alguna información tarde o temprano intentaría acabar con ella. Olive era la

única persona que podía desenmascararlo y llevarlo a la cárcel.

—No me separaré de ti, te doy mi palabra —Nicholas lo dijo de corazón porque si algo había comprendido en esos días lejos de ella era que Olive era importante en su vida y estaba dispuesto a aceptar que se había convertido en su esposa y no en su misión.

Suspiraron de alivio cuando Olive reconoció a Camile, su antigua doncella y la de Grace en la puerta esperándolos, eso significaba que Thomas Cox no estaba en la casa. Nicholas la ayudó a bajar del carruaje y Olive se fundió en un abrazo con la doncella.

— *¡Madeimoselle, la petite fille!*

—Camile, ¿tan enferma está Grace?, llévanos con ella.

La doncella posó su mirada azul en Nicholas, dudando si dejarlo entrar en la casa y desobedecer a su amo, nadie podía entrar en la casa si él no estaba.

—Es ahora mi esposo, Camile, no me dejara entrar si él no viene —explicó Olive a la muchacha en el idioma de Nicholas, antes siempre hablaba con ella en francés para sentir cómo su idioma natal la transportaba a París, no quería olvidar su tierra y su lengua.

Camile asintió y ambas precedieron a Nicholas en dirección a las escaleras.

La casa era oscura y severa, con los adornos justos y sin ningún detalle familiar como si sus habitantes fueran a desaparecer rápidamente. Así que allí era donde Olive había vivido esos años. Un escalofrío lo recorrió por entero mientras las dos mujeres susurraban y ascendían la escalinata a toda prisa. No era la falta de detalles, sino el aroma a viejo y mentiras que había rodeado a Olive todo ese tiempo. ¿Había tenido alguna niñez? ¿Y dónde, en Francia o aquí en esta casa horrible sin el cariño de nadie? No, Henry le habló de que ella había llegado a Londres hacia unos años, pero podía ser mentira.

Llegaron hasta el corredor y la delgada doncella francesa señaló una puerta abierta. Nicholas vio sonreír a Olive como si aquella hubiera sido su habitación.

Al asomarse, su rostro se volvió pálido, esbozó una media sonrisa como si no importase y entró en la habitación contigua, probablemente la de su prima. No pudo evitar mirar dentro antes de seguir las, la habitación estaba completamente destrozada, los cajones rotos, la ropa tirada sobre el suelo y un espejo partido en dos. Solo colgaba de una percha una capa que había visto usar a veces a Olive en los bailes. Cox probablemente era el causante de aquella destrucción. De una cosa estaba seguro, a Olive sí le importaban esas pequeñas cosas, era sensible y cariñosa, pero a fuerza de protegerse se había creado una enorme coraza, gruesa e indestructible.

Olive fue hasta la cama donde Grace se agitaba, la habitación a oscuras y el fuerte fuego de la chimenea, les asfixiaron al entrar.

—Grace, *ma petite* —la llamó Olive mientras acariciaba su frente sudorosa.

Ante su desesperación su prima no contestó, se revolvió y tosió con fuerza, sonó como si tuviera la cabeza metida en una caja—. Camile, ¡aquí huele fatal, abre la ventana de par en par!

—Pero cogerá frío, *madeimoselle* —la doncella miró a Nicholas y como si ahora se diera cuenta se corrigió—: Excelencia, su tío ordenó que todo estuviera así.

—¿Dónde está, Camile? —preguntó Nicholas mientras se acercaba a apagar los restos del fuego, cogió el atizador y lo revolvió con cuidado.

—Se fue el mismo día que sus excelencias se casaron, pero no sé a dónde, nunca nos lo dice. Grace enfermó unos días después y hoy, después de comer, la ha subido más la fiebre, no sabía qué hacer, *milord*.

—Tranquila, ¿tú estás enferma, Camile? —la preguntó Olive preocupada.

—No, señora, ni un estornudo ni una tos.

Nicholas la miró con el ceño fruncido, Olive miraba desesperada a su prima y deseo apartarla de aquella cama, que dejara allí esa expresión de miedo y pena.

Deseó volver a verla como en aquel baile en Almack's, arrogante y altiva, ingeniosa y dulce con los que amaba. Vestida de verde, burlándose de todos mientras intercambiaba secretos de estado.

Olive cogió la mano de su prima entre las suyas y asintió preocupada. Grace no estaba consciente, la fiebre era enorme y la había debilitado como a la pequeña Mary en Denworth, pero sin nadie que cuidara de Grace adecuadamente podría ser peor. Camile era un amor, pero completamente inútil al cuidado de otra persona. Iba a destapar a su prima para intentar aliviar la fiebre cuando Nicholas rodeó la cama ante el asombro de las dos, pasó sus brazos bajo el cuerpo de Grace y la cargó entre sus brazos.

—Nicholas, ¿qué haces? —Olive no entendió lo que Nicholas pretendía e intentó evitar que la moviera de la cama.

—Nos la llevamos a casa, Olive. Este lugar es horrible.

Olive contuvo el aliento, mientras lo miraba con una sonrisa. El orgullo porque aquel hombre íntegro fuera su marido hizo que su corazón sintiera eterna devoción por él. Nicholas inclinaba con constancia y fuerza la balanza por la cual Olive medía a todo ser humano, él era todo lo que creía perdido en las almas de los hombres. ¿Cuánto se había equivocado la sociedad y ella misma en juzgarlo? ¿Cuánta verdad y cuánta mentira rodeaba a Nicholas?

—Sí, sí —contestó atribulada a la par que se sonrojaba por los sentimientos que Nicholas despertaba en ella, desde el orgullo a un leve mareo en el estómago. De forma mecánica lo ayudó a sujetarla y evitó mirarlo mientras Camile y ella cogían unas mantas y algunas cosas de Grace.

—Señora, ¿qué dirá su tío cuándo no la encuentre aquí? —Camile señaló a Grace con temor.

—¡Qué nos busque! —contestó Olive triunfante mientras seguían a Nicholas escaleras abajo todo lo deprisa que les permitían sus vestidos.

—¿Entonces qué le digo, excelencia? —insistió Camile persiguiendo al duque con su voz estridente.

—Olive, dile a esa muchacha que recoja sus cosas y vaya a Denworth, ¡la acogeremos también, pero que se calle ya!

—Gracias, Nicholas —le dijo Olive con sinceridad mientras salían de la casa. Los ojos de ambos se encontraron con una ternura que les había sido vetada desde que se conocieron y él apartó la mirada temeroso de los sentimientos que despertaba Olive en su corazón. Dejó a Grace sobre los asientos del carruaje y ayudó a subir a su mujer con la sensación de haber derribado un muro más en la fría coraza de ella.

—¿Cómo conociste a Thomas Cox? —preguntó al verla acariciar los cabellos negros de la muchacha mientras el cochero daba la orden a los caballos de continuar. Su mujer miraba a su pequeña prima realmente preocupada.

Olive suspiró y se aseguró de que Grace estaba aún inconsciente y no podía

oírlos —Apenas era una niña, fue en casa de Dupont donde me criaron.

— *Le Secret du roi*, ¿verdad?

Lo miró perpleja porque Nicholas conociera el nombre con que Luis XV

bautizó a su red secreta de espías. Miles de recuerdos inundaron su mente de buenos y malos momentos, cómo había jugado en los jardines de la casa solariega con otros niños. La indescriptible sensación de saciedad en el estómago y la de un blando colchón por las noches, pero también el día que un torpe mozo de cuadra sin apenas barba la desvirgó en las cuadras, todo para que Dupont y Cox le enseñaran lo peligroso que era ser una inocente.

Enseñaron a Olive a leer y escribir en inglés y francés y dejaron que estudiara lo suficiente para interesar a los hombres con una conversación inteligente, comprender los fundamentos de la política para saber si una información era de interés o no. Su mente se convirtió en un pozo en el cual Dupont vertió con orgullo todo el conocimiento de treinta años como espía de los reyes franceses. Se convirtió en la favorita de la casa y eso la llevó a ser la elegida para vivir en Londres, lujo, vestidos, todo lo que una niña sin hogar pudiera desear. Un sueño hasta que comprendió el precio a pagar nunca sería libre, nunca volvería a pasear a la orilla del Sena y jamás sería Olive Beaumont, la hija del pocero muerto de Montmartre. Como Olive Marsé aprendió a defenderse y construir el sueño de una vida libre, un pequeño negocio y tal vez la felicidad hasta que se convirtió en Olive, duquesa de Denworth.

—Sí, pertenezco al rey francés Nicholas.

Nicholas quiso preguntar, deseaba saber cómo fueron esos años en Francia para ella, apenas una niña sola entre extraños, pero desistió al ver que ella le rehuía con demasiado dolor como para revivirlo con Grace en sus brazos. Tal vez algún día Olive confiara lo suficiente en él para contárselo todo.

Capítulo 14

Acomodaron a Grace en una habitación de invitados sin que la muchacha llegara a despertar. Los criados, algunos ya con mejor aspecto gracias a los cuidados de Olive y Maisy, acudieron a ayudar desvivididos por su duquesa.

Nicholas observó cómo la misma Anne, más recuperada, subía de las cocinas con una sopa caliente para que Olive cenara algo ya que se negaba a dejar sola a su prima. Maisy revoleteaba por todas partes cambiando sabanas, bajando y subiendo para informar a Olive del estado de una niña que ni siquiera Nicholas sabía quién era y, entre todos, mantuvieron a la doncella de Grace lejos de la habitación, ya que cada vez que entraba lloraba desconsolada.

Olive se había ganado a los fríos y reservados miembros de Denworth House o eso pensaba él, que eran fríos hasta que vio a Manfred corriendo por el césped detrás de una niña rubia como si jugara con ella al escondite.

¿Manfred?

¡La casa entera se había vuelto loca! Se quedó dormido en el butacón de su estudio, agotado por el viaje de los últimos días, a toda velocidad entre Londres y Glasgow donde se había encontrado con que James Watt había accedido a acompañarlo a cambio de ayudarlo a entrar en la Royal Society para poder acabar su máquina. Una válvula separaba al hombre del mayor invento del siglo y Nicholas se había comprometido a solucionarlo.

Olive entró sin llamar en el estudio, necesitaba darle la gracias a su marido por lo que había hecho por su prima. Nicholas estaba inclinado sobre su enorme escritorio, con un pie apoyado en la silla donde debería estar sentado en lugar de pie. Estaba tan concentrado en los planos que había desplegado sobre la mesa que no la oyó. Apoyaba el mentón en su mano y Olive sonrió, parecía un niño enfadado e inmerso en esos papeles. Lo oyó bufar y, desesperado, se apartó el pelo del rostro desechando hacia un lado sus notas. Entonces notó su presencia y levantó la mirada desconcertado. Vio, dolida, cómo apartaba los papeles que cubrían su mesa, ocultándolos de ella, enrolló los esquemas y diagramas para que no viera en lo que trabajaba.

—¿Qué haces despierta, Olive?

Ante sus palabras se animó a avanzar, buscó un sitio para sentarse lejos de él. No quería acercarse a Nicholas y que pensara que tan solo deseaba ver qué estudiaba con tanto detenimiento. Se apoyó en el banco junto al piano y acarició las teclas de marfil con reverencia.

—No puedo dormir —dijo envolviendo su cuerpo en la bata, manteniendo

ocupadas las manos.

—Y decidiste bajar a ver qué hacía —la reprochó con tono sarcástico.

Olive sonrió.

—¿Crees que te espío?

—Es lo que haces, ¿verdad, Olive?

Suspiró cansada mientras se sabía observada por su marido. Nicholas observó su perfil con el pelo recogido, desde que había vuelto a Denworth se dio cuenta de que ella vestía con extrema sencillez en comparación con aquellos trajes de baile que solía llevar.

—Grace ha mejorado un poco —le interrumpió tocando una de las teclas que emitió un sonido grave—. Solo he bajado a darte las gracias por haberla sacado de esa casa.

Se dio cuenta de las ojeras de Olive, de su expresión de tristeza y se acercó llevado por el impulso de proteger a su joven esposa.

—¿Sabes tocar el piano? —le preguntó colocándose a su espalda. Puso las manos sobre sus hombros y se inclinó por un lado para tocar con un dedo varias series de notas.

Olive sonrió al reconocer la música, una vieja tonadilla que se cantaba en París acerca de las tabernas y las muchachas alegres.

—¡Reconozco esa canción! La oía de niña —afirmó con una sonrisa mientras sus rostros se encontraron frente a frente—. No sé tocar, pero creo que era algo así.

Comenzó a tararearla con poco acierto y a Nicholas se le escapó una carcajada.

—Lo siento, tampoco sé cantar —rio con él ante sus propios torpes intentos.

—¡Me he dado cuenta! —afirmó sujetando su estómago a causa de las

carcajadas.

Nicholas se inclinó con la sonrisa en sus labios y le dio un breve y suave beso antes de separarse y mirar los documentos que aún no había guardado y permanecían abandonados en la mesa. Olive se percató de que no estaría cómodo hasta que no los escondiera y era evidente que no lo haría en su presencia así que se levantó.

—Será mejor que vuelva con Grace. —Se incorporó y fue hasta la puerta esperando que su marido la detuviera, al no hacerlo se giró y, sin mirarlo a los ojos, suspiró—: Gracias, Nicholas.

Él la vio marchar derrotado, cada vez que creía acercarse a Olive se levantaba un muro entre ellos y cada vez le resultaba más difícil permanecer impassible ante ella. Despertaba en él sentimientos que nunca creyó posibles, protección, cariño y, sobre todo, respeto por cómo se había hecho un hueco en Denworth House y en su corazón.

La tos comenzó al amanecer en el viejo sofá de cuero, como la fiebre, de improviso. Horas después Manfred lo envió a sus habitaciones a descansar.

Nicholas sintió las manos de Olive, cálidas y suaves acariciarlo con dulzura. En mitad de sus delirios la veía ir y venir, calmar su dolor con paños apestosos sobre la frente y el cuerpo, llenar la habitación de olores a bosque. Tuvo en algún momento la certeza de que en sus delirios la llamaba sin importarle que ella pudiera reírse de sus palabras o arrancarle sus secretos. El sueño empezaba a ser tranquilo y se sentía mejor cuando despertó con un peso sobre el cuerpo.

Nicholas intentó incorporarse y Olive levantó la cabeza envuelta en lágrimas.

¿Había muerto y Olive lloraba por él? ¿Cuánto tiempo llevaba en ese estado?

¿Horas, días?

La humedad de las lágrimas sobre su pecho desnudo le dijo con alivio que continuaba vivo. Cogió el rostro de Olive con ambas manos en sus mejillas y

ella se dejó hacer. La dulce mirada de Olive estaba rota por el dolor.

—¡Ha muerto, Nicholas! —gritó Olive con los puños y la mirada perdida—.

Da igual que intentara ayudarla o rezara por ella, que la quisiera con toda mi alma, Grace ha muerto.

No tenía fuerzas para consolarla con palabras pero la acogió entre sus brazos para absorber cada punzada de dolor que emanaba de su esposa y traspasarlo a su cuerpo envuelto por la fiebre.

—Olive, sé lo importante que era la muchacha para ti.

Su mujer se abrazó más fuerte como si se amarrara a él, lo que le provocó a Nicholas un dolor insoportable por todo el cuerpo, aún ardía en fiebre y se enfadó consigo mismo por estar tan débil cuando Olive lo necesitaba.

—Tú no has enfermado —afirmó con la mente nublada como si antes no se hubiera dado cuenta de que Olive era la única que se mantenía en pie en la casa mientras los otros se recuperaban o, como Grace, sucumbían a la epidemia.

—Nicholas, recupérate por favor. ¡No te atrevas a dejarme sola!

Sintió cómo el peso de la cabeza de Olive le presionaba las costillas y se relajaba agotada sobre él. La dejó dormirse acunada por sus brazos en mitad del calor infernal que lo rodeaba y comprendió que, aun enfermo, el único lugar en el que deseaba estar era allí abrazado a su duquesa. ¡Que el cielo lo protegiera porque se había enamorado de su esposa!

Al amanecer, Olive despertó en la cama de Nicholas, entre sus brazos. Las cortinas descorridas dejaban pasar la luz, los criados no habrían querido despertarlos y no las habían cerrado la noche anterior. La noche de ayer. El dolor la golpeó. Grace estaba muerta y con ella todas aquellas ilusiones infantiles, incluso el conocer a un primer amor se le había negado a su amiga. Olive pensó

que, debido a su escepticismo, nunca había creído en el cielo, pero sí en que

las personas que nos dejan nos observan y protegen, más que una creencia una esperanza de que aquella corta vida no podía apagarse sin tantas cosas por vivir.

Grace había sido el centro de su existencia durante tanto tiempo que no comprendía por qué no la había llevado antes a Denworth House. Si lo hubiera hecho, tal vez hubiera podido despedirse, decirle lo importante que era para ella.

La quería con todo su corazón. Un dolor profundo y constante no la abandonaba desde que la vio dejar de respirar y lo único que pudo pensar en ese momento fue buscar a Nicholas. Necesitaba gritar y desahogarse y Nicholas era la única persona a la que podía mostrar su enfado, su ira y su miedo, todas las debilidades que él aceptaba en ella. Le tocó la frente a su duque y con alivio comprobó que ya no tenía fiebre. Su rostro volvía a mostrar color y sus labios reseco clamaban agua. Se incorporó con cuidado para no despertarlo y fue hasta la mesa donde Maisy había dejado la jarra. Llevó un vaso hasta la mesilla, mojó las yemas en el líquido y le acarició los labios con dulzura para humedecerlos.

—Olive.

—Ssshh. Toma, Nicholas, debes beber —dijo aproximando el vaso a su boca.

Obediente, Nicholas se incorporó un poco y abrió los ojos. Ambos quedaron un momento suspendidos en la mirada del otro, reconociendo la dura noche que habían vivido. Bebió a tragos cortos sin dejar de observarla como para, al menor signo de debilidad de Olive, sostenerla de nuevo entre sus brazos.

—¿Dónde está? —preguntó Nicholas al fin, si algo había llegado a conocer a Olive era que su fortaleza no tenía límites.

—Manfred. Se ha ocupado de todo, ha avisado en la casa de Cox, pero nadie sabe dónde está Thomas así que he pensado que podíamos enterrarla en el panteón de los Denworth si tú me dejas... no podría soportar que su cuerpo, ella...

—Sí, Olive, no tienes que preguntármelo. Eres la duquesa y ella era tu familia.

Sé muy bien lo que sientes. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que pude recordar a mi padre sin sentir dolor, ahora soy capaz de vivir con su recuerdo e incluso pensar que él sabía lo mucho que lo apreciaba. Algún día el dolor desaparecerá.

Olive agradeció con una media sonrisa las palabras de Nicholas. Había perdido una hermana pequeña, aunque no las uniera la sangre ni lazos familiares, Grace se había llevado una parte de su corazón y de su alma con ella.

Capítulo 15

Partieron de Londres en cuanto Nicholas pudo levantarse, su nueva doncella Maddie y las niñas se quedaron recuperándose, ya fuera de peligro. En el momento que Londres quedó atrás, Olive durmió durante todo el camino como si su fuerza se hubiera extinguido en aquella habitación con Grace. Nicholas la sujetó entre sus brazos durante todo el camino con la certeza de que aquello había cambiado a Olive.

Enterraron a Grace entre la brisa del amanecer y los primeros rayos de sol, en el panteón familiar en la vieja casa de campo cerca de Hertford. Una mansión de finales del XVI, construida por el bisabuelo de Nicholas. Sin la majestuosidad de Denworth House, en Londres, pero con el encanto de una casa de campo y la simplicidad de sus formas. Como Nicholas auguró, el lugar enamoró a Olive y la compañía de Meg y su madre parecieron aliviar el peso de la pena. Obligada a hablar con ellas y estar en continua compañía, poco a poco, la fue recuperando.

En efecto, algo había cambiado en Olive como Nicholas pensaba, o quizá solo fuera el color que el campo le otorgaba a su piel o la cantidad de flores con las que insistía en llenar toda la casa. El caso es que, poco a poco, como si se tratara de una pequeña oruga convirtiéndose en mariposa, fue desplegando un aura de paz que venía desde su interior y no la fingida calma que antes siempre la dominaba. No hablaba mucho, callaba siempre cuando Meg y su madre se enredaban en interminables discusiones o las visitaba una de las mujeres del pueblo. Nicholas se dio cuenta de que había dejado de vigilarla para observarla con deleite, no la había tocado ni compartido cama desde que abandonaron Londres, como si no quisiera desencadenar una nueva lucha con

ella al dejar salir su pasión. Aún debían arreglar su última discusión, no confiaba en ella, en que, si Thomas Cox aparecía de nuevo, no le entregaría sus secretos y los de su país.

—Vas a desgastar a tu mujer si sigues mirándola así.

Nicholas se giró para mirar a su madre. Era inevitable que le saltara con alguna expresión mordaz. Llevaba allí sentado, frente al ventanal, más de media hora sin hablar, solo mirando a Olive caminar mientras llevaba de las bridas a Louise, la yegua de su hermana. El animal, dócil y ya demasiado mayor para resistirse a los mimos, la seguía como un perro leal. De vez en cuando, ella se detenía y le tendía un azucarillo. El viejo perro de caza le ladraba buscando también su atención, y Olive le acariciaba entre las orejas como consuelo.

—Madre —dijo muy serio mirándola como si acabara de llegar y no llevara a su lado leyendo más de media hora en silencio—. ¿Crees que Olive me ama?

Su madre dejó caer el libro de entre sus manos y lo miró con sorpresa.

Nicholas era consciente de que nunca había habido entre ellos un lazo de cariño muy fuerte y, por supuesto, jamás le había hecho confidente de tamaños sentimientos, así que la risita de su madre lo hizo bufar de fastidio.

—¡Oh, no te enfades Nicholas! —dijo ella poniendo su mano sobre la de su único hijo varón—. Nunca pensé que me hicieras confidente de tales sentimientos. De tu loca hermana lo esperaba, pero de ti no, me has cogido por sorpresa.

Nicholas esperó su respuesta con los ojos entornados, como si fuera un niño ante la enorme revelación de su vida.

—Solo tú puedes saberlo. ¡No bufes! —le recriminó por su poca paciencia

—. Escucha, Nicholas, tú nunca me has necesitado. Ni a mí, ni a nadie, tus niñeras nunca te hicieron falta, huías de tu hermana y superabas a tus tutores.

Aunque no dudo de que nos has querido a tu padre y a mí, ni siquiera te giraste

a mirarnos el día en que te montaste en un carruaje para estudiar lejos de esta casa.

—Madre...

—No, Nicholas, no me interrumpas. A esa muchacha lo único que la ocurre es que ha sufrido mucho en esta vida, se le ve en los ojos. Le has impuesto este matrimonio, Meg me lo ha contado todo. Has decidido tú solo sin dejarla opción.

Os parecéis demasiado, ¿comprendes?

—No sé a dónde quiere llegar, madre, no la entiendo.

—No sé qué os separa o por qué no dormís juntos, pero ¿has hecho algo para que se enamore de ti, hijo?

Nicholas se volvió a erguir en el butacón y la miró desconcertado. Su madre se agachó y recogió el libro del suelo con una sonrisa.

—Nicholas, no sé si Olive te ama, pero tú, hijo, sí que estás enamorado de ella.

La vio salir de la sala en silencio, cerrando la puerta tras ella y dejándolo pensativo. Volvió a mirar a través de la ventana. Olive, ayudada por el mozo, ensillaba a la yegua. Lo hacían mal, esa silla no era la adecuada para Louise y Olive podía caerse.

Salió de la casa con el ceño fruncido al oír las risas de su mujer y Ben, el mozo de cuerdas que sostenía el peso de la silla mientras ella ajustaba la cincha.

Ver sonreír a Olive por primera vez desde la muerte de Grace y que fuera con otro hombre lo llenó de ira y celos, un sentimiento que desconocía e hizo que la sangre le hirviera.

Olive lo miró acercarse y arqueó una ceja antes su expresión ceñuda. Con esos ojos tristes que la hacían más hermosa y vulnerable. Quiso decirle que

era hora de entrar en casa, que no debía montar con esa silla y que dejara de sonreír a Ben. «¿Has hecho algo para que se enamore de ti, hijo?». Las palabras que su madre había dicho en el salón lo detuvieron antes de ordenarle todas esas tonterías y poner a Olive a la defensiva.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Olive con desconfianza al ver cómo Nicholas avanzaba hasta ellos con paso decidido.

—Ben, trae a *milady* la otra silla, la de Meg. Y trae mi caballo —dijo al muchacho que asintió y echó a correr hacia las cuadras.

—¿Vamos a montar? —preguntó su mujer con los ojos abiertos por la expectación, ni siquiera se había dado cuenta en esos días de que Olive estaba deseando salir a dar un paseo a caballo.

—¿Querías acompañarme hasta el pueblo?

Olive asintió con una sonrisa infantil, llena de ilusión por poder salir un rato fuera de la casa y sus jardines. No se sentía cómoda encerrada, aunque fuera en una casa como aquella, donde podría pasear libre por los jardines. Le gustaba el aire en la cara al montar, la última vez que lo había hecho había sido con Nicholas al llevarla de regreso a Londres, tras su frustrada huida. Siempre había deseado saber lo suficiente sobre caballos para poder sentir tranquilidad al tensar las riendas y galopar a toda prisa mientras dejaba atrás los árboles.

Ben trajo enseguida la yegua de Meg para que Olive la montara y su caballo. Nicholas le despidió enseguida, ansioso por ayudar a su mujer a montar.

Olive se dejó hacer, colocó el pie sobre sus manos colocadas a fin de impulsarla y montó con todo el estilo que pudo.

—¿Has montado alguna vez? —preguntó al verla tan poco diestra a la hora de subirse al caballo.

—¡Oye! Claro que he montado, bueno unas tres o cuatro veces... —admitió al fin—. De todas formas, este vestido no ayuda, si mañana repetimos me pondré el traje de montar.

Nicholas hizo como que no la había oído pero su pecho ensanchó de placer, «si mañana repetimos...».

—Podríamos traer algo de comer e ir hasta el río, Meg dice que en la orilla hay unos sauces preciosos y los Wright han hecho una casa para los patos.

—¿Los Wright?

—Tus vecinos, Nicholas. Lady Constance y lord James.

Sabía que eran sus vecinos, los conocía desde que era niño, pero le sorprendió que Olive recordara cada uno de los nombres con que su madre y Meg le llenaban la cabeza. Esa era una de las cualidades de Olive, confirmaba que su mujer era una excelente espía.

—¡Ah, sí! —contestó para no desvelar aquello que realmente había pensado sobre ella—. Podríamos montar en barca si quieres, en tu picnic...

—¡En serio!, nunca he montado en barca, Nicholas.

Rio a carcajadas porque Olive, en su entusiasmo, había estado a punto de caer del caballo debido a su torpeza montando. Le cogió las riendas y se las recolocó en las manos de la forma adecuada, mientras Olive aprendía atenta con expresión seria.

—Si quieres también te enseñaré a montar hasta que puedas salir sola.

—¿Y cabalgar?

—Con cuidado al principio, sí.

—¿Me dejarás ir sola? —preguntó sabiendo la respuesta de antemano, pero no podía evitar tentar aquellos ojos dorados que la miraban con picardía.

—Primero debo estar seguro de que no corres peligro y controlas a Louise.

Olive dio una palmaditas en el lomo de la yegua para evitar la mirada fija de Nicholas sobre ella, tratando de descifrar sus intenciones. Él no había

insinuado siquiera si con ello pretendía escapar. Nicholas la ponía nerviosa cuando era encantador y complaciente, no se había acercado demasiado desde la muerte de Grace dejándola con su madre y su hermana. No es que la hubiera abandonado, pero procuraba no quedarse a solas con ella y pasaba más tiempo yendo y viniendo a Londres que en la casa. Quizá cuando regresaran a la ciudad volverían a compartir la habitación y él la envolvería de nuevo entre sus brazos fuertes y protectores.

Llegaron enseguida al pequeño pueblo. Nicholas había olvidado la gran cantidad de gente que acudía al mercado dominical. Dejaron los caballos atados junto a la iglesia y caminaron entre la multitud que se detenía en uno y otro puesto. Olive sonreía expectante ante el bullicio de la gente. Con un tímido gesto, como si aún fuera un muchacho, rozó la mano de Olive y la tomó entre sus dedos, buscó su mirada esperando un brillo de burla en ellos. Lo que encontró en su rostro fue una tímida respuesta en forma de asentimiento mientras lo correspondía apretando su mano contra la suya para retenerlo.

Su mujer lo observó como si fuera la primera vez que le miraba de verdad, con la atención puesta en sus ojos, y en su sonrisa.

—¿Y si por un día, solo hoy, tú no fueras el duque y yo no fuera quien soy...? Fingir que solo somos Nicholas y Olive. Casados por decisión propia ...

Nicholas vio en aquellos ojos verdes un anhelo que nunca creyó posible que habitara en el interior de Olive. Tal vez si ambos se hubieran conocido en otras circunstancias el amor habría llegado.

—Olive y Nicholas —le dijo a su mujer y la sonrisa que ella le ofreció se le antojó la más hermosa muestra de cariño que nunca había sentido.

—Sí —afirmó Olive entusiasmada antes de echar a correr, perdiéndose los dos entre la gente, mientras que con su mano arrastraba a Nicholas entre los puestos.

—¡Mira, están bailando un reel! —sugirió esperanzada—. No sé bailar esa danza, pero puedes enseñarme.

—¡Vamos! —Nicholas la guio entre las parejas hasta hacerse un sitio, sujetó

con una mano su cintura y marcó el ritmo que nada tenía que ver con la rigidez de los bailes de salón a los que ella estaba acostumbrada. Nunca olvidaría el momento en que solo eran ellos dos, marido y mujer porque al instante, al ver como ella se reía a carcajadas comprendió que su madre tenía razón, estaba enamorado de Olive.

—¡Huele a comida, Nicholas! —Olive tiró de él de nuevo y se dejó llevar mientras ella perseguía el delicioso olor a tarta de manzana y bollos entre las riadas de gente.

Alcanzaron uno de los puestos entre los empujones de los que los rodeaban, aunque se separaban un poco, con un breve saludo al reconocer al duque era difícil seguir a Olive. Ella se detuvo ante la comida con los ojos abiertos ante la muestra de delicias y postres, pasteles de carne y frutas e incluso natillas en pequeños cuencos.

Eso le recordó a Olive la última vez que había comido un pastelito de nata delante de Nicholas y se sonrojó, su gula era su mayor debilidad.

—¡Eres como una niña ante los regalos de Navidad! ¿Quieres que compremos algo?

Olive lo miró, como si le hubiera regalado la más grande de las piedras preciosas, cuando pidió una porción de pastel de manzana y la tuvo en las manos. Volvieron por otra calle curioseando entre los puestos mientras Olive se comía su porción de tarta. La anciana se los había entregado envueltos en un papel de rafia para que no mancharan y Nicholas se preguntó si su mujer también se lo comería. Afortunadamente ya no bebía como un marinero, si no su madre, al verla, se hubiera caído de espaldas. Nicholas pensó en el hecho de haber aprendido mucho de ella en esos días, detalles que antes le pasaban inadvertidos concentrado tan solo en espiarla. Ahora que comenzaba a mirar a Olive como la mujer que compartiría su casa y su vida, sabía que le gustaban los animales y los trataba con dulzura, era generosa y tenaz. Prefería el campo a la ciudad y que, muy a menudo, buscaba la compañía de los criados a quienes hablaba con franqueza mientras se ganaba su respeto. Adoraba leer y perderse entre los pesados tomos de la biblioteca y algo que le divertía, al igual que a su madre y Meg, era la forma en que Olive asaltaba sin pudor la bandeja de bollos ante la mirada de ambas. Ellas la mimaban y cada vez había

nuevas delicias que

Olive probaba con una mirada de deleite mientras los sabores inundaban su boca.

Fueron despacio caminando uno junto a otro, cada uno inmerso en sus pensamientos, hasta llegar a la iglesia donde habían dejado los caballos.

Ninguno quería que aquel día acabara.

—¿De qué te ríes?

Nicholas quiso parar, pero se le escapó una carcajada.

—De tu expresión de placer cuando comes dulces, pareces una niña.

—Sí, bueno, soy una golosa sin remedio. De pequeña sufría un castigo tras otro por robar bollos de canela en la cocina de Marie.

—¿Marie? —Nicholas no quiso que se notara su ansiedad, quería saber de ella, de su niñez, como si juntar el rompecabezas que conformaba la vida de Olive pudiera explicar cómo había acabado siendo una espía.

—La cocinera de la casa Dupont, Marie hacía los mejores bollos de canela que he probado en mi vida —contestó Olive demasiado a gusto y relajada como para darse cuenta de la treta de Nicholas—. Había muchos niños y niñas, pero ella siempre me guardaba unos pocos porque Dupont me retenía en mis clases hasta tarde. Los demás salían a merendar y jugar a la explanada, frente a la casa, mientras yo tenía que quedarme en la biblioteca.

—¿Por qué te retenía Dupont? —preguntó manteniendo el paso y sin mirarla.

Olive se detuvo y lo miró con una media sonrisa que iluminó su rostro. Ya se había comido el bollo y se limpió las comisuras de los labios con los dedos, quizá recordando de nuevo cómo había acabado para ellos la noche en que él le había quitado los restos de nata con una suave caricia.

Fue demasiado para Nicholas recordar aquel momento erótico en que retiró la nata de sus labios con los pulgares. Deseó que fuera su propia lengua la que

hubiera recorrido su piel. Olive también pareció embrujada por el momento y se acercó a él hasta que sus cuerpos se rozaron con intimidad. «Era su esposa, tenía derecho y entonces por qué les negaba a ambos el placer», se dijo enojado por su falta de dominio cuando ella lo miraba así.

Olive le rodeó el cuello con los brazos para que bajara la cabeza, disfrutó enredando sus dedos entre el pelo de él e inspiró hasta sentir su aliento sobre el suyo. Por primera vez tomó la iniciativa y deslizó su lengua sobre la sensible piel de los labios. Nicholas ahogó un gemido y, con un movimiento desesperado, enlazó su cintura para presionar a Olive contra su cuerpo. Se besaron con la sed que había provocado el negarse hasta un simple beso en esas semanas.

Demasiada desconfianza y recelo entre los dos había acabado estallando en ese acercamiento lleno de furia por la necesidad. Si no estuvieran en el jardín de una

iglesia la tumbaría en el suelo y entre los dos harían que el infierno subiera a la tierra.

—Nick —susurró Olive y eso le hizo reaccionar. Con suavidad la acurrucó contra su pecho en un abrazo fuerte que pretendía calmar su deseo a la vez que pretendía olvidar quién era ella.

Olive buscó su mano confusa porque Nicholas se negaba a sucumbir a un simple beso y siguieron andando hasta los caballos en silencio. La pobre Louise apartaba las moscas con calma mientras el caballo de Nicholas bufaba enfadado por el revuelo de unas gallinas. Afortunadamente él la ayudó a subir como la última vez, porque las piernas le temblaban con fuerza después del beso.

Nicholas se había convertido en su debilidad, era integro, atractivo e inteligente, y ella se había enamorado como una tonta de ese hombre.

—¿Cómo se llama tu caballo? —preguntó Olive para aliviar la tensión entre ambos mientras acariciaba con admiración el hocico del animal.

—Green —contestó Nicholas con una sonrisa—. Juro que aún no te conocía

antes de ponerle el nombre, me gusta el color verde.

Olive sonrió y acarició el pelo del caballo, el sentido del humor de Nicholas le atraía sin remedio.

—Dupont me dedicaba más tiempo que a los demás porque decía que yo era la mejor mentirosa que nunca había conocido.

Olive bajó la mirada, todo su ser clamaba por contar la verdad a Nicholas, no al espía ni al duque que convivían en él, sino a su marido. ¿Pero cómo decirle que había encubierto todo este tiempo a Dupont?, que Bob, su fiel marinero guardián era en realidad Dupont, el hombre que la crío y le espiaba. ¿Cómo decirle que con su silencio lo protegía? Si Dupont o Bob como se hacía llamar sospechara que le había desvelado su verdadera identidad mataría a Nicholas al momento.

Nicholas se dio la vuelta antes de montar y la miró con sorpresa, no por lo que ella había significado para el tal Dupont, sino porque Olive hubiera abierto un pequeño resquicio de su pasado para él. Se preguntó cómo demonios podría confiar en ella algún día y por qué no había escapado hoy aprovechando la gente que les rodeaba.

—¿Por qué no has escapado, Olive? Supongo que Cox te amenazaba con dañar a Grace y ahora ya no puede hacerlo. ¿Qué te retiene a mi lado?

—Encontraré la manera de llegar a mí —contestó a Nicholas mientras salían del pueblo. No podía decirle la verdad—. Tal vez prefiero que seas tú quien me deje marchar algún día, cuando comprendas que lejos de ti correré menos peligro. A tu lado no estoy a salvo, me encuentro expuesta, cuando quiera me encontrará. Siempre está cerca.

Atravesaron la senda que bordeaba el bosque mientras una fina llovizna comenzó a caer sobre ellos. Los caballos, inquietos por la tormenta que se avecinaba, se revolvieron y Nicholas cogió las riendas de Louise para tranquilizar a la yegua. Olive lo miró nerviosa. Él agarró a su cintura y Olive, al comprender que quería montar con ella cayó en sus brazos con absoluta confianza en que no dejaría nunca que cayera. Delante de él, se permitió recostarse contra el pecho de Nicholas, sintió su calor y cómo él acomodaba

su cabeza en el hombro.

—¿Tan horrible es estar casada conmigo, Olive? —preguntó temeroso de su respuesta.

—No, Nicholas, pero te engañas, no hay felicidad posible para nosotros. No tenía lazos de sangre con Grace y sospecho que sabes que Cox no es mi tío.

Adoraba a esa chiquilla, ella era la luz que me faltaba, el impulso que me hacía cada día ponerme esos malditos vestidos verdes y trabajar para Thomas Cox.

Pensaba llevarla conmigo y alejarla de su padre. Él lo destruyó todo, lo consigue siempre.

—Él no mató a Grace, ni siquiera Cox tiene poder sobre una epidemia.

Déjame ayudarte. Denworth es ahora tu hogar, me tienes a mí.

Olive levantó la cabeza y lo miró entre las gruesas gotas de lluvia que caían entre ambos.

—¿Te tengo, Nicholas? ¿Hasta cuándo? Quiero entregarme a ti en cuerpo y alma, pero qué pasara si descubres que ya no te soy útil y que aún no confías en mí.

—¿Eso quieres, Olive? ¿Que me vende los ojos y te entregue todo lo que tengo? Dime que ya no formas parte de esa orden, que no me entregarás a mí y lo que defiendo, y empecemos una nueva vida juntos.

Olive cerró los ojos, mecida por el balanceo, segura entre sus brazos, pero la razón pesaba más que el corazón. Algún día Cox volvería y ella no estaba dispuesta a traicionar a Nicholas. Cuando él supiera que lo había engañado y dejado que Dupont se pasara por Denworth no volvería a mirar a sus ojos.

Debía dejar a Nicholas.

Ante una respuesta que nunca llegó, Nicholas espoleó a los caballos bajo la lluvia deseando llegar cuanto antes a su casa.

Capítulo 16

Atravesaron las verjas negras de Denworth House al atardecer del día siguiente. Nicholas prefirió montar a Green a ir en el carruaje junto a Olive.

Necesitaba paz en sus pensamientos y en su cuerpo porque, al mirarla, sentía que cada vez estaba más cerca de sucumbir a su mujer. Tuvo mil oportunidades de escapar en el campo ¿por qué no lo hizo? ¿Sentía algo por él o solo pretendía sonsacarle información para después dársela a Cox? Parecía tan sincera, tan dulce en esos últimos días. Olive había cambiado tanto que le daba miedo. Una vez de vuelta en Londres, podía ser que la antigua mujer que era volviera a aparecer. Temía que, tras despertar una mañana, ella ya no estuviera allí.

Los gritos de unas niñas corriendo por el jardín hacia ellos le sacaron de sus pensamientos. Su mujer, su inocente duquesa, pensó Nicholas con ironía, ordenó parar al cochero y bajó del carruaje con las faldas arremolinadas entre los brazos y una expresión de felicidad absoluta. Hacía días, cuando Olive pidió que su nueva doncella y sus dos hijas se quedaran con ellos había dicho que sí comprendiendo lo importante que era para ella salvar a esas niñas.

Rebeca y Mary, sus dos pequeñas acogidas, corrían hacia ella y Olive sin ningún decoro alzó en brazos a las niñas en mitad de una maraña de cabellos rubios. Nicholas sintió como algo se encogía en su pecho. Mientras las pequeñas hablaban a la vez, atropellando sus palabras una sobre la otra, Olive levantó la mirada hasta él con ternura y sus pensamientos se cruzaron. «Podrían ser nuestras hijas». Una efímera mirada que prometía una vida juntos, un hogar al que volver lleno de amor. Una lágrima se le escapó y la apartó sorprendida con los dedos como si fuera una joya. Nicholas daba tanto, no importaban las razones por las que se casó con ella ni el porqué, ahora era lo más parecido a una familia que tendría nunca y se lo agradeció con los ojos y una tímida sonrisa.

—Nicholas, estas son Rebeca y Mary. Saludad a su excelencia, lord Denworth.

La mirada de Nicholas seguía fija en ella hasta que su rostro se iluminó como siempre que sonreía para Olive.

—Encantado de conocerlas, señoritas —dijo al tiempo que desmontaba y se agachaba hasta quedar a la altura de las pequeñas. Mary lo observó con la admiración de una niña que mira a un príncipe y Rebeca, la pequeña, tan locuaz siempre, con cierta timidez.

—¿Manfred os trata bien? —Recordó el día en que enfermó y vio al estirado mayordomo corriendo por el jardín tras esa pequeña rubia.

—Me ha regalado una muñeca.

Nicholas reconoció a la vieja muñeca de su hermana que ahora Rebeca abrazaba.

—¡Eh!, esa muñeca es mía.

Su hermana se acercó a ellos con cara de fastidio

—Me la dio Manfred y es la primera muñeca que tengo.

Olive sonrió a ambas, a veces Meg era como una cría pequeña, pero tenía un gran corazón.

—¡Quédatela, ya no me gusta! —dijo Meg con cierto resquemor.

—Tranquila, hermanita, seguro que madre te comprará otra —rio Nicholas para enfadar a Meg.

Olive y Nicholas se miraron con complicidad y junto a las niñas fueron hasta la entrada. El rostro de Meg se iluminó al ver en la entrada al amigo de su hermano. Henry acababa de llegar para recibirlos, con su inconfundible sonrisa y su pelo negro desordenado.

—¡Henry, que alegría amigo! —dijo Nicholas yendo a su encuentro con paso decidido.

—Manfred me dijo que no tardaríais en llegar y os he esperado. —Henry se acercó al oído de Nicholas—, aquí fuera, tienes visita en la biblioteca. Lord Malborough está dentro con cara de pocos amigos.

Nicholas frunció el ceño extrañado, ¿qué había traído a Denworth House al ministro de su majestad?

—Olive, entrad. Enseguida iré con vosotras.

Antes de entrar Nicholas saludó a Bob con un breve gesto. Mientras estaban en el campo, el marinero se había ocupado de la protección de la casa, no correspondió al saludo. Bob miraba a Olive con una extraña expresión en el rostro incluso amenazante, que desconcertó a Nicholas.

Olive esperaba a que la madre de Nicholas bajara del carruaje, ajena a la mirada de ambos, dándole vueltas a las palabras de Henry. Creyó haber escuchado que alguien esperaba a su marido dentro de la casa. ¿En su estudio?, el lugar vetado para ella.

—Niñas, id con Anne a la cocina, buscad a vuestra madre, tendrá que ayudarme con el equipaje. Ahora voy yo— ordenó distraída.

Meg subió los escalones con el porte de una princesa, mientras se mordía el labio esperando a que Henry la prestara atención.

—Estás preciosa, Meg.

Ella al fin suspiró ante la mirada divertida de Olive. Meg era todo menos sutil. Ante el piropo de Henry lo miró con una sonrisa sin vergüenza ninguna.

—Pensé que vendrías a ver a mi hermano al campo, ¿has estado muy ocupado en Londres?

—Pensé en ir a verle, pero debido a la epidemia apenas se permitía salir de Londres. Cerraron todos los caminos para evitar que la plaga se extendiera.

—Oh, sí, claro —rectificó Meg con rapidez mirando a Olive. No quería que su cuñada recordara lo que aquella enfermedad se había llevado con ella. Grace había sido su amiga y confidente en el amor que sentía por Henry, la echaría terriblemente de menos pero no tanto como Olive, eran casi como hermanas.

—¿Quieres esperar a Nicholas con nosotras? —dijo la duquesa con

indiferencia mientras empujaba con suavidad a su hija hacia dentro.

—Será un placer, excelencia.

Olive los siguió con una sonrisa. Poco a poco sentía como si una capa tras otra se hubieran ido formando sobre aquella familia, hilos entrelazados entre el cariño, nuevos amores, reencuentros, el amor de una madre, las niñas, un conjunto de momentos, uno sobre otro, que empezaban a pesarle en el corazón porque era la testigo muda de todo ello. Asustaba terriblemente a alguien que no había conocido jamás más sentimiento que la supervivencia. Y en el centro de todo, Nicholas.

Pasó con una sonrisa junto a la biblioteca, detrás de Meg y Henry, empeñados en evitar que el otro se diera cuenta de lo mucho que se habían extrañado. La puerta estaba entreabierta y oyó la voz de Nicholas, seria y templada, hablar con Lord Malborough.

—Creí que los tenías tú, James Watt te los dio para que los guardaras a buen recaudo.

—Es solo una copia, *milord*, no están finalizados. Los planos me los entregó en confianza hasta que se entrevistara con el rey —había dicho Nicholas en voz baja—. No puedo disponer de ellos, le di mi palabra.

Olive se acercó hasta la puerta y sus ojos se encontraron con los de lord Malborough y los de Bob, ¿qué hacía allí dentro Dupont o Bob, o como el mismo diablo quisiera llamarle? Por un momento, un imperceptible destello de segundas intenciones en su mirada la hicieron retroceder. Nicholas se acercó hasta la puerta con mirada reprobadora y la cerró ante sus narices, no sin antes emitir un suspiro de decepción. De nuevo la había pillado espiando sus conversaciones. Se quedó un momento parada ante la puerta cerrada como si aún tuviera delante la expresión enfadada de su marido ante ella. Nicholas no se daba cuenta de que no pretendía hacerlo, lo último que ahora necesitaba era que él volviera a desconfiar. Necesitaba tanto a su marido como respirar cada día, tan solo deseaba salvarle de Dupont ¿Pero cómo deshacerse de su mentor? Los ojos de Nicholas lo dijeron todo, decepción, desconfianza, frialdad. « *Mon petite* —

diría Dupont—, hay que cubrirse, como lo hacen los hombres de armas, del desamor y de la pasión. Todos te decepcionarán por eso debes amarte a ti y nada más que a ti».

«¿Y renunciar al amor?».

«Por encima de todo de lo demás, *cherie*».

«¿Y si caigo en sus redes?».

«¡No eres un pescado! ¡Huye!» —le contestó entonces Dupont con una sonrisa.

Olive se recostó contra la pared, junto a la puerta que su marido había cerrado y tomó aliento. «Dupont, si descubres que amo a Nicholas lo matarás

¿verdad?».

Se cambió antes de bajar en busca de Meg y Henry. En el último momento no entró en el salón al oír a Nicholas despidiendo a Malborough, lo último que quería era cruzar con él una sola palabra. Fue hasta la cocina donde ya no la recibían con miradas bajas ni cuchicheos, por el contrario, las sonrisas y saludos eran respetuosos, pero verdaderos, por lo menos contaba con ellos.

—¡Bob! —dijo sorprendida al ver a su maestro sentado a la mesa con las dos niñas.

El custodio de Nicholas se levantó de golpe al verla e hizo una reverencia.

No se acercaba a ella, la miraba de reojo, no era fácil vigilarla, ella no se lo había puesto fácil en el pasado debido a que la había impedido escapar. Caminó con confianza por la cocina donde pasaba más tiempo que en ningún otro sitio en Denworth.

—Excelencia.

—¡Oh! Bob, siéntate por favor —disimuló siguiendo su juego, enfadada consigo misma por ser tan permisiva con sus rencores—. No te culpo por vigilarme día y noche, pero me pregunto a veces si tienes la capacidad de estar en todas partes y no separarte de mis faldas.

Anne, la cocinera, ahogó una carcajada divertida y sirvió a las niñas un vaso de leche.

—Y vosotras, pequeñajas, ¿de qué os reís? —dijo a las niñas haciéndoles cosquillas. Rebeca y Mary escupieron la leche por lo que se llevaron una buena regañina de Anne.

Olive reía ante la que había preparado cuando la puerta a los jardines se abrió de golpe. De espaldas a quien había entrado levantó la vista, el olor a tabaco mascado la hizo fruncir la nariz.

—Olive, mi querida sobrina.

—¿Quién te ha dejado entrar? —preguntó mientras Dupont y ella se miraban en mutua comprensión. Thomas Cox estaba descontrolado. Olive

ordenó estarse quieto a Dupont o «Bob» para que no se desvelara ante los criados. Olive guardó el cuchillo de la mantequilla en la manga del vestido y con una sonrisa se giró para encarar a Cox.

—¡Querido tío!, si Nicholas te encuentra aquí tendrás problemas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme cuando vuelvo a casa y descubro que mi querida hija ha muerto? Mi dulce Grace. ¿Y tú que has hecho para evitar que muriera? —reclamó a Dupont.

Olive creyó que vomitaría si escuchaba otra vez el nombre de Grace en labios de Thomas Cox, nunca había querido a su hija y menos se había percatado de lo dulce y buena que era.

—Lo siento, tío, hice cuanto pude para salvarla. Está enterrada en Hertford, en el panteón de la familia Denworth.

—No pude regresar antes, estaba en Francia. Nunca hubiera enterrado a Grace en suelo inglés.

Creyó percibir en su tío un leve tono de pena que casi la engaña.

—Rebeca, Mary, id a buscar a vuestra madre —ordenó a las niñas. La miraron

un momento y, al ver la tensión dibujada en los rostros de los mayores, echaron a correr.

Thomas Cox las observó con una sonrisa, avanzó hacia la gran mesa que era el centro de la cocina y se quitó los guantes. Olive lo notó más envejecido y flaco, la chaqueta le colgaba a ambos lados de los hombros.

—Excelencia, déjeme que eche a este hombre de aquí —rogó Dupont en su papel de «Bob» mientras se remangaba la camisa.

—¡No! Iros todos —ordenó Olive. Necesitaba hablar con él a solas, explicar a Cox que ya nunca espía a Nicholas, que todo había terminado con Grace.

Dupont haciendo su papel de «Bob» aceptó a regañadientes y salieron de la sala. Anne dejó su delantal y salió tras el marinero con una expresión de miedo en los ojos.

Thomas Cox asistió a la salida de todos y comenzó a golpear con los guantes de cuero la mesa de madera. Olive reconoció ese gesto, antes de castigarla por algo siempre lo hacía.

—¿No tienes nada de beber aquí? Me extraña que no tengas escondida una botella de algo fuerte.

—Está en la biblioteca de Nicholas, si quieres puedes subir y que él mismo te sirva. Ya no bebo.

—Eres muy graciosa, sobrina, ¿te ha descubierto tu duque? Esperé a que contactaras conmigo y al final tuve que seguirlo a Glasgow.

—Sal de aquí, Thomas, Nicholas sabe todo. —Ni siquiera sabía de dónde había sacado la fuerza suficiente para decir aquello—. No le traicionaré, se acabó —repitió con firmeza.

Se acercó a ella de un movimiento y la golpeó con los guantes en la mejilla.

Olive se cubrió el rostro ante el latigazo que sintió por culpa del cuero. Agarró su cuello antes de que pudiera reaccionar. Los ojos negros de Cox

ardían de rabia.

—Mataré a tu duque, a esa mocosa de Meg Denworth, a cualquiera que le tengas un mínimo afecto.

Olive sintió cómo la presión se cerraba sobre su garganta, apenas podía respirar, deslizó el cuchillo de la mantequilla desde la manga hasta la mano, dispuesta a clavárselo antes de que la matara en su propia casa.

Nicholas entró en la cocina, seguido de Bob y, al ver a Olive lívida, asfixiada por la enorme mano de su tío, arremetió contra él. Cayó junto a Cox en el suelo, el hombre, sorprendido, sacó un cuchillo de la bota, pero Nicholas aplastó su mano contra el suelo de baldosas. Golpeó a Cox con los puños en la cara, uno tras otro, descargando el miedo y la frustración.

—Hijo de perra, ¿qué haces en mi casa? Te lo dije, si la tocas te mataré.

Olive y Bob lo intentaron detener, pero la rabia contenida que fluía por las venas de Nicholas crecía con cada puñetazo.

—¡Nicholas, basta, por favor!

La voz de su mujer le llegó en medio de la nube de ira y reaccionó al mirar el rostro sangrante de Thomas Cox. Apenas podía hablar, la respiración entrecortada por el esfuerzo. Bob lo apartó de él con fuerza. Si el marinero no hubiera desobedecido a Olive y no lo hubiera ido a buscar, ahora ella podría estar muerta.

—Sácalo de aquí, déjalo tras la verja para que alguien lo encuentre —

ordenó a Bob. Nicholas se mesó los cabellos y se giró hacia Olive con la misma furia con la que había golpeado a su tío—. ¿Por qué te quedaste a solas con él?

¿Le has mandado llamar tú? ¿Le has dejado entrar en Denworth, en mi casa?

—

le dijo mientras Bob sacaba a rastras el cuerpo inconsciente de Cox.

Olive retrocedió asustada, ¿qué quería decir Nicholas? Ella estaba tan sorprendida como él de que Thomas Cox hubiera rehuido la vigilancia y entrado como si nada en la casa.

—Nicholas... —intentó explicarle, demasiado confundida porque desconfiara tan pronto de ella. No se daba cuenta de que, si no hubiera entrado, probablemente Cox la hubiera estrangulado.

Nicholas se acercó peligrosamente a ella con los puños cerrados, el pelo desordenado le caía sobre la frente y sus ojos verdes ardían de furia. Olive retrocedió golpeándose con la mesa, por primera vez asustada ante Nicholas.

Entonces él levantó la mano, los nudillos llenos de sangre y vio su mejilla,

respiró con mayor dificultad y la asustó aún más cuando tiró del cuello de su vestido con fuerza. Una mancha roja se extendía por la piel de Olive, ¡tenía los dedos de ese cabrón marcados por toda la garganta! Nicholas reparó entonces en que Olive le miraba aterrada, a él, a su marido.

Olive intentaba no llorar, pero era demasiado para una sola tarde. No hacía ni dos horas que habían vuelto de Hertford y la realidad ya se había impuesto de nuevo en su vida. Thomas Cox no la dejaba en paz... quería gritarle a Nicholas que «Bob» era su maestro Dupont, la furia de Nicholas la detuvo. Si confesaba, los dos se enzarzarían en un pelea que podía acabar con su marido muerto.

Entonces Nicholas hizo lo que menos esperaba: la acercó contra él e hizo que hundiera el rostro contra su pecho con fuerza. Olive rompió a llorar contra la camisa llena de salpicaduras de sangre mientras las piernas le fallaban como resultado de toda la tensión vivida en los últimos minutos.

—¡Excelencia! —gritó Anne al entrar y verlos en tan extraña posición—.

Milady, ¿está bien? ¿Os han hecho daño?

—No pasa nada, Anne, dile a Manfred que se disculpe en mi nombre con lord Malborough —ordenó su marido.

Olive llegó hasta el límite de sus emociones cuando oyó ese nombre en labios de Nicholas y se desmayó contra el cuerpo de su marido. Nicholas la cogió en sus brazos al notar que Olive perdía la consciencia y la llevó escaleras arriba hasta la habitación.

El equipaje aún no estaba deshecho, echó a Maddie, la nueva doncella de su mujer que, alarmada, huyó de la habitación como un conejo asustado. Recostó a Olive en la cama y la observó de pie, con los brazos en jarras mientras luchaba contra toda la furia que despertaba esa mujer en su vida. Al verla atrapada por Cox, estrangulando su garganta, había perdido la razón y los nervios. Eso provocaba Olive en él, la salvaje necesidad de proteger a esa insensata. ¿Qué diablos tenía que decirle para correr el peligro de quedarse a solas con él?

Recordó su conversación en la biblioteca, no, no podía ser que Olive se lo estuviera contando a Cox. No le dio tiempo a avisarlo para que él llegara tan pronto a la casa y sin embargo lo espiaba de nuevo tras las puertas.

Olive inspiró con fuerza y abrió los ojos desconcertada. Se incorporó en la cama. Estaba en su habitación. Allí frente a ella estaba Nicholas, mirándola con una extraña expresión en el rostro, la camisa aún manchada de sangre por fuera de los pantalones de montar. Ni siquiera se había quitado las botas llenas de barro. El dolor al moverse se extendió por todo el cuello y en un acto reflejo se lo tocó con cuidado.

—¡Maldita sea, Olive! ¿Qué pensabas al quedarte a solas con Cox?

Su mujer, su duquesa, lo miraba asustada, era lo último que podía soportar,

que Olive le tuviera miedo. Se acercó hasta ella en un impulso y la levantó de la cintura ante el jadeo de sorpresa que salió de los labios de ella. No se resistió a él, levantó la mirada de sus ojos castaños, con los labios entreabiertos y el pulso latiendo a toda prisa.

Nicholas la acercó despacio, con la mano en su nuca hasta agacharse y tocar la frente de su mujer contra la suya.

—Podía haberte matado, Olive.

—No lo ha hecho, tú se lo has impedido —contestó Olive sin moverse, disfrutando de la cercanía de Nicholas. Hacía tanto tiempo que no la tocaba, que no estaba tan cerca de él. Sentía cada musculo en tensión a pesar de que sus cuerpos no se rozaban, solo su rostro contra el suyo. El pulso se le aceleró, moría porque Nicholas rodeara su cintura, pegara su cuerpo contra ella. Sentir el tacto de sus manos sobre la piel.

Nicholas lo sintió en su respiración, Olive deseaba aquello con toda su alma, casi tanto como él. Cada día en Hertford había luchado contra las ganas de colarse en su habitación y amar su cuerpo hasta el amanecer y cada vez que se acercaba recordaba que, tras aquella puerta, no solo era su mujer la que dormía, sino también una espía que no dudaría en robarle sus secretos.

—Nick, lo siento, no quería defraudarte. En la biblioteca, vi a Lord Malborough y me acerqué por curiosidad. De verdad, no pretendía escucharos.

Debo contarte algo...

El suspiro cálido de la boca de Olive le rozó la piel sensible de los labios y se separó de ella interrumpiéndola, quedó atrapado por sus ojos que hablaban desesperados porque creyera sus palabras.

—Se acabó, Olive, no me importa quién eres, solo sé que eres mía y no permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

Cayó sobre su boca, con toda la tensión acumulada y el deseo que ya apenas podía retener. La besó con fuerza, abrió sus labios y chocó su lengua con la suya obligándola a reaccionar a él. Olive respondió con el mismo movimiento mientras se aferraba a su camisa, cerrados los puños sobre la tela. Nicholas se separó solo un momento con la respiración entrecortada, arrancó la fina tela que cubría su escote y dejó a la vista el inicio de sus pechos.

Olive jadeó cuando vio que su marido se inclinaba sobre ella. Con suavidad y determinación acunó en las palmas de sus manos ambos pechos y con los pulgares deslizó su vestido hacia abajo, lo justo para mostrar los pezones erguidos. Cuando su boca los capturó y la lengua se hizo dueña de ellos, Olive quiso morir. ¡Qué tenía Nicholas que la hacía arder con su boca y su cuerpo!

Sintió la mano grande y fuerte descender por su vientre. Nicholas se inclinó sobre ella y levantó las faldas, con un bocado sobre la piel tersa de sus muslos

consiguió que su garganta arrancara un gemido. Olive tiró de la camisa de su marido hasta que ambos rodaron sobre la cama, ni siquiera entonces él separó su boca de los senos mientras su mano volvía en busca de su sexo. Se retorció bajo él para sentir su erección, un roce que había ansiado cada vez que lo veía con esos pantalones de montar. Tomó entre sus dedos el bulto a través de la tela y jadeo al oír el gemido de Nicholas. Él apartó sus manos y las colocó sobre las sábanas, atrapando a Olive con una sonrisa perversa.

—No, Olive, despacio, *ma Duchesse*.

Oírlo, aunque solo fueran unas palabras en su idioma hizo que sonriera de lujuria. Nicholas no liberó sus muñecas, sino que las retuvo para que no lo tocara, abordó con suaves besos el cuello marcado, bajó por el nacimiento de sus pechos y hundió el rostro en su vientre provocando en ella un sensible placer cuando rozó el vértice de sus piernas. Quiso evitar que continuara, demasiado escandaloso, demasiado íntimo y ella, aunque no había llegado virgen al matrimonio, sabía muy poco de placer. Nicholas no la dejó moverse. Con un suave roce de su barbilla sobre su sexo volvió a hacer que perdiera la cabeza, quieta ante la expectación de lo que iba a hacer Nicholas. Olive sintió la lengua de su marido marcando surcos, separando su piel a fuego, primero en círculos, y luego con la profundidad de un maestro en el placer de la mujer. Lo repitió una vez más mientras observaba a su mujer gemir, tan sensible a sus caricias y sus besos que parecía derretirse en su boca.

Una corriente sensible se adueñó de Olive, casi al borde del absoluto placer.

Nicholas se apartó. Dudó si él le castigaba con esa misma desconfianza que ambos sobrellevaban en su vida y no permitió que se alejara de ella. Resbaló sus dedos sobre la cintura del pantalón y Nicholas quedó desnudo solo con la camisa, mostrando todo aquello por lo que su cuerpo suspiraba en ese momento.

Nicholas se deshizo del resto de su ropa, y la arrojó al suelo, Olive se aferró al momento a esos brazos fuertes y empujó contra sus caderas. Nicholas se resistió con un sonido parecido a una carcajada y puso a Olive a horcajadas

sobre su cuerpo para tener acceso a sus pechos y su centro de placer. Su mujer lo sorprendía a cada momento. Unas veces Olive se escandalizaba por su falta de decoro y otras lo llevaba hasta límites que su cuerpo no conocía.

Olive se elevó sobre sus talones, y condujo su miembro hasta el interior de su canal que amenazaba con estallar y desbordarse. Con movimientos suaves al principio arrancó el primer gemido de Nicholas, se apoyó en su ancho torso, recorrió con los dedos su abdomen marcado y aceleró el ritmo ante la visión y el tacto del maravilloso cuerpo de su marido. Nicholas buscó el punto en que ambos gemían, aprendió cuál era el roce exacto en que se perdían una y otra vez, presionó a Olive contra él dejando que siguiera moviéndose y embistió una vez

más hasta encontrar su fondo. No pensó en nada, solo en el súbito placer que recorrió a ambos como una oleada de hielo y fuego, todo a la vez, sensible y maravillosa.

Nicholas permaneció dentro de ella hasta que sintió el dolor de estar atrapado y la deslizó hasta colocarla en la cama, de espaldas a él. No quería que Olive descubriera en su rostro lo mucho que le importaba. Olive intentó girarse para borrar de su recuerdo la frialdad de la mirada de Nicholas y él se lo impidió con sus brazos sobre la cintura. Acurrucó a Olive contra el calor de su cuerpo y, por primera vez en meses, ambos cayeron dormidos, abrazados como si de verdad fueran un matrimonio normal.

Capítulo 17

Olive abrió los ojos y se encontró con la mirada de Nicholas, la observaba en silencio con el ceño fruncido.

—Buenos días, excelencia —dijo Olive con una sonrisa que consiguió aliviar la expresión de Nicholas.

—Olive, no se me olvida nada de lo que pasó ayer.

A pesar de sus palabras la acurrucó contra su cuerpo desnudo por la cintura, con posesividad. Olive notaba su lucha interior, no sabía si enfadarse con ella o seguir acariciando su espalda desnuda.

—¡Eso espero, *milord!* —contestó con una sonrisa.

Nicholas la sujetó por la barbilla.

—No bromeo, Olive. ¿Qué te dijo Cox? Y lo más importante, ¿qué le dijiste tú para enfadarlo tanto? Estuvo a punto de estrangularte.

Olive sabía que debía estar hecha un desastre, le dolía la mejilla y el cuello y él no iba a dejar pasar ese momento hasta que se explicara.

—Le dije que no te traicionaría. Te siguió a Glasgow, hasta James Watt, pero no creo que consiguiera nada. Estaba furioso por la muerte de Grace y porque cree que he abandonado la orden.

Nicholas contuvo la respiración, el rostro de su mujer estaba marcado por todas partes. La acarició con suavidad, debía saber la verdad, se estaba volviendo loco luchando contra sus propios demonios. Amaba a Olive, pero no confiaba en ella y eso lo estaba matando poco a poco.

—¿Es cierto, Olive? Entonces por qué me seguiste a la biblioteca y te encontré de nuevo escuchando tras las puertas.

—No sabía que había alguien contigo o que fuera confidencial, no deberías hablar con lord Malborough delante de Bob... y no oí nada, Nicholas —mintió Olive solo para protegerle.

Nicholas suspiró y rozó sus labios con ternura.

—Dime que me crees, por favor —le suplicó con las manos apoyadas en su pecho—. No me has perdido de vista desde la muerte de Grace, no te he dado más motivos para que desconfíes. Confía en mí, Nicholas.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué te une a mí para que hayas cambiado de opinión y decidas no venderme o escapar?

—Nicholas, intento deshacerme de este vacío que siempre me acompaña, quiero olvidarme de quien soy. Quiero entregarme a este matrimonio en cuerpo y

alma, pero debes confiar en mí. Siempre velaré por tu seguridad y de los que habitan en Denworth.

—Ahí está el problema, no sé nada de ti, no sé qué gestos haces cuando mientes o cuando me dices la verdad ¿quieres que me vende los ojos y te entregue mi corazón y mi hogar? Dime al menos que ya no formas parte de la orden —Nicholas le cogió el rostro para que no lo rehuyera, quería ver la verdad en sus ojos—. Olive dime qué sientes por mí.

—Hasta que no conteste no me dejaras salir de esta cama, ¿verdad? —

refunfuñó Olive como una niña. La mirada anhelante de Nicholas significó su derrota antes de pensar que iba a decir—. Te quiero, Nicholas.

Nicholas se quedó desconcertado, sin saber qué hacer, no calculó la posibilidad de que Olive pronunciara esas palabras de amor, tal vez cariño o deseo, pero no unas palabras tan poderosas para dos mentirosos.

—Yo también, Olive.

Ella lo miró atónita y supo que había esperado una declaración romántica entre las sabanas de su cama, pero por ahora era lo único que podía ofrecer a Olive. Nicholas se levantó como si no supiera lo que ella anhelaba.

—¡Vamos, perezosa, es casi mediodía y todos se preguntaran si estás bien después de lo ayer!

Estaba decepcionada con Nicholas, pero al menos era un progreso. «Yo también» podía servir de momento hasta recuperar su confianza.

Bajaron a desayunar después de que Maddie la ayudara a vestirse. La pobre mujer estaba roja de vergüenza mientras Nicholas se lavaba y se vestía delante de ella. Tendrían que establecer una rutina para no hacerlo a la vez, tenía la sospecha y la esperanza de que Nicholas no volvería a sus propias habitaciones nunca más y a partir de ahora dormiría con ella.

—Buenos días —anunció la voz cantarina de la hermana de Nicholas. Meg desayunaba junto a la duquesa con una expresión divertida al verlos entrar

juntos y de la mano en el pequeño salón.

Contestaron con formalidad mientras la madre de Nicholas bebía un té, mirándolos de soslayo.

—¿Qué pasó ayer, Olive? Anne me ha contado que tuviste la visita de tu tío.

Era evidente que la mujer había visto su mejilla enrojecida, afortunadamente el cuello amoratado lo ocultaba el vestido de corte alto tan de moda. Nicholas le prometió llevarla a montar por el parque para que no perdiera práctica con los caballos y había ordenado que la hicieran un vestuario acorde.

—Sí, madre, tuvimos unas pequeñas diferencias —afirmó Nicholas antes de que Olive explicara nada.

—No me gusta Thomas Cox, ¿cómo se supone que entró en la casa sin ser anunciado?

—No lo sé, excelencia —contestó Olive.

Nicholas se preguntaba lo mismo desde que lo vio en las cocinas, a solas con su mujer. Bob estaba con ellos, pero al menos tres hombres más permanecían junto a las verjas de Denworth House, vigilando. Era imposible que Cox hubiera entrado sin que nadie se diera cuenta, a no ser, claro, que alguien lo dejara pasar. Habían registrado la casa sin descanso sin encontrar nada. Más tarde hablaría con Bob, cabía la posibilidad que alguno de los guardas del exterior fuera el culpable y, si era así, debían descubrir de quién se trataba.

—¿Vais a montar a Hyde Park? —preguntó Meg con la boca llena.

—Sí —dijo Olive antes de que Nicholas pudiera negar a Meg que saldrían a cabalgar.

Nicholas la miró poniendo los ojos en blanco y sonrió. No quería que su hermana fuera con ellos, deseaba disfrutar un poco más de la única compañía de su mujer después de que ella confesara por fin que lo amaba.

—¡Por favor, Nicholas!, seguro que Henry también querrá venir, le mandaré un

recado —Meg se levantó como un resorte y la duquesa frunció el ceño.

—No es correcto que invites a un hombre, Meg —dijo su madre, la esperanza de Nicholas creció pensando que no tendría que aguantar a su hermanita.

—No te preocupes, Meg, Nicholas mandará recado a Henry, lo esperaremos en el parque.

—¡Gracias, Olive! ¡Ay, mi cuñadita!, ¿Qué haría yo sin ti? —Meg se levantó y la estrujó en un abrazo impulsivo mientras reía—. Ven, te dejaré unas botas de montar apropiadas Olive, creo que te servirán. Esas que llevas son demasiado altas.

La madre de Nicholas ladeó la cabeza rendida ante la impulsividad de su hija y vio salir a ambas; a Meg, encantada, y a Olive, con una tostada en la mano arrastrada por el torbellino de su hija.

—Parece que todo va bien entre vosotros.

Nicholas aún miraba la puerta por la cual habían desaparecido las dos con una sonrisa en los labios.

—Sí, creo que sí, madre.

—¿Fue su tío quien le pegó, Nicholas?

—Es difícil de explicar, pero sí. Ahora se resiste a creer que Olive ya no es de su propiedad, ni una niña.

La duquesa suspiró y dejó la taza sobre la mesa con preocupación.

—Hijo, no sé qué os traéis entre manos, pero por el bien de los dos, alejad los problemas de esta casa. Deja a un lado tus asuntos más turbios con

Malborough o no podrás tener un matrimonio normal. Olive es la nueva duquesa, tendrá que asistir a fiestas y bailes, la gente empieza a murmurar que la tienes aquí encerrada porque te avergüenzas de ella.

Nicholas se giró alarmado, ¿de verdad la gente pensaba que tenía encerrada a

Olive? ¿Acaso no era cierto? Al final tendría que confiar en que su esposa volviera a mezclarse con todos aquellos a los que espiaba y engañaba.

—Tienes razón, madre, como siempre —afirmó Nicholas enfadado consigo mismo, incapaz de evitar pensar cómo demonios podría vigilar a Olive en un baile si no podía ni siquiera hacerlo en su propia casa.

Bob los esperaba en el jardín, con los caballos ensillados. A Olive le dejaron una vieja yegua mansa para que pudiera controlarla con mayor facilidad, los dos hermanos montaron los pura sangre que Nicholas había comprado en Navidad.

Olive envidió la postura de ambos sobre el caballo, parecían seguros de sí mismos y confiados. Montó detrás de ellos para seguir a los dos hermanos, a su espalda se colocó Bob en otro caballo. Así que saldrían a cabalgar con vigilancia. El parque estaba muy cerca y aún era temprano, las calles de esa parte de Londres estaban vacías aún y no tardaron mucho en llegar a la enorme extensión verde en mitad de la ciudad. Olive disfrutó entre los dos hermanos que iban más despacio, a su paso, para poder conversar. Nicholas, de vez en cuando, corregía su postura o indicaba como debía coger las riendas mientras Meg se enfadaba cada vez más porque Henry no aparecía.

Olive disfrutó de los sauces que caían sobre el pequeño riachuelo y la explosión de flores que traía la primavera. Se sintió observada por Nicholas y lo miró con una sonrisa. Cuanto más tiempo pasaba junto a él más le gustaba aquella sonrisa pícaro y su forma de mirarla. A veces se dejaba llevar por la vida que él le ofrecía, a pesar de haber hecho todo lo que podía para no casarse con él.

Nicholas se acercó a ella mientras vadeaban el río, ¡parecía tan alegre y sereno!, tal vez aquel era el comienzo para los dos. Una mujer vendía flores junto a la orilla mientras algunos caballeros se las compraban a las damas que cabalgaban a su lado. Olive no podía creerlo cuando su marido desmontó con ligereza y se acercó a la mujer. Le dijo algo en voz baja y la anciana sonrió. Los caballeros que esperaban alrededor para ofrecer una flor a sus damas protestaron cuando la anciana entregó al duque de Denworth todos los ramos que tenía, e incluso el cesto de rafia. Nicholas lo portó orgulloso ante las protestas de los otros y fue hasta ella.

Olive sintió el calor subir a sus mejillas al sentirse el centro de los suspiros de todas las muchachas de alrededor. Nicholas acudió junto a ella y Olive se agachó temerariamente. Los ojos de su marido brillaban con ese tono dorado pícaro y arrogante de quien se sabe dueño del mundo y de su corazón.

—Olive, son para ti. Todo lo mío es tuyo, mi apellido y mi corazón.

No tuvo más remedio que besarle en los labios por aquel hermoso detalle mientras el olor a primulas la envolvía. Su marido sabía cómo conquistar a una mujer. Colocó las flores enganchadas en la silla de montar y lo siguió con la mirada puesta en la figura de su duque.

—¡Para que luego digan que Denworth se casó con ella obligado porque la deshonró! Ningún hombre haría eso si no estuviera enamorado de su mujer.

Olive tensó la mandíbula al oír el comentario de una de las jovencitas que paseaban. ¿Nicholas lo había hecho porque de verdad lo sentía o acaso era para evitar que todo Londres siguiera murmurando a sus espaldas? Meg también lo había oído y bufó a su lado.

—¡Menudas idiotas! Olive, no hagas caso.

—No importa, Meg, que digan lo que quieran, pero si Nicholas oye esos rumores se enfadará y mucho. Que no se entere Meg, por favor.

El supuesto Bob miró a Olive con el ceño fruncido y bajó el mentón a modo de afirmación. Lo ignoró y miró las flores. Nicholas la amaba, estaba segura.

Henry, el amigo de Nicholas apareció ante el alivio de Meg. Olive no se perdió la mirada de admiración del muchacho al ver a la hermana de Nicholas, tal vez la causa de Meg no estaba tan perdida como ella creía.

—Olive, ¿te importa quedarte un momento con Bob y Meg? Henry me ha retado a una carrera y debo ganar o mi honor estará perdido. Me debe mil libras y me lo he jugado todo a esta carrera —rio su marido mientras el mechón más claro de su pelo le caía sobre la frente.

—¡Corre y defiende el honor de los Denworth! —afirmó Olive entre risas

—. Gana, Nicholas, mil libras es mucho dinero.

Nicholas asintió pensando que pasaría si Olive descubriría algún día que era la suma que había apostado con Henry en que conquistaría su corazón. Negó con la cabeza y se centró en la carrera. Henry era muy rápido y pronto se olvidó de todo, excepto del camino y su oponente.

Meg se balanceaba a un lado y otro de la silla para ver entre los arbustos si su Henry ganaba y Olive la imitó moviéndose concentrada para poder ver quién de los dos hombres aparecía ganador en la última curva. Inquieta acabó por deslizarse por la grupa del animal hasta caer al suelo.

—Pero ¡qué estúpida soy! —gimió Olive rodeada por un revuelo de faldas mientras Meg desmontaba para ver si estaba bien. Bob la ayudó a levantarse y ambos se miraron serios.

—Excelencia, sería mejor que volviéramos a la casa para ver si se encuentra bien.

—Creo que sí, «Bob», me duele un poco el tobillo —afirmó Olive azorada por la situación.

—¡Oh, sí, llévala a casa Bob! Yo se lo explicaré a Nicholas cuando vuelva.

Olive dudó un momento, no podían dejar a Meg sola en el parque, aunque hubiera bastante gente alrededor de ellos.

—No podemos dejarte aquí —negó Olive al mirar a «Bob».

—Tiene razón, volvamos los tres y Nicholas nos buscará en cuanto vea que no estamos —razonó Meg.

—Quizá no sea buena idea, estoy bien y vendrán pronto —se resistió Olive.

Si Nicholas no las encontraba probablemente se preocuparía.

—Tardarán un rato, Olive, es posible que acaben compitiendo toda la mañana por ver quién es más rápido —afirmó Meg fastidiada porque su hermano se

hubiera llevado a Henry.

—Tiene razón, excelencia, buscaré a un chico, le daré unas monedas para que espere aquí y avise a sus excelencias que hemos vuelto a Denworth.

Olive vio cómo Dupont daba unas monedas a un muchacho y cómo el chico se sentaba al borde de la orilla para esperar a Nicholas y Henry. Volvió a caballo montada con él mientras Meg los acompañaba a la par con su montura.

Tardaron muy poco, Dupont tenía prisa por llegar a Denworth y volver por Nicholas.

Incluso ella tenía duda de si el muchacho, harto de esperar, no se iría con las monedas en el bolsillo sin avisar a los dos duques.

Su maestro la llevó en brazos y Olive evitó mirar sus ojos mientras lo hacía, ruborizada por la intimidad del momento. Manfred abrió la puerta preocupado y la llevaron hasta el estudio.

—¿Y su excelencia? —preguntó al fin el mayordomo a «Bob».

—Debo ir a buscarlo —explicó éste—. Está con lord Henry. Por favor, Manfred ve en busca del médico, no me gusta el aspecto que tiene ese tobillo.

¿Señorita Meg, podría avisar a la doncella de su excelencia para que la acompañe?

Olive se sorprendió de la rapidez de Dupont en conseguir que la dejaran sola en el estudio de Nicholas sin vigilancia alguna. En cuanto Meg, la última en salir, cerró la puerta, Olive saltó como un resorte apoyando sus dos pies. La treta había funcionado, ahora podía buscar los planos de la máquina sin que la molestaran. La última mentira, solo una más para salvar a Nicholas, su orgulloso marido no aceptaría su ayuda si eso significa que ella se ponía en peligro. Tenía al menos quince minutos hasta que Meg encontrara a Maisy, que estaría con las niñas. Manfred, al menos una hora en traer al médico y Nicholas, si Nicholas se enteraba de esto la mataría.

Era la primera oportunidad que tenía de buscarlos así que se dio prisa,

recorrió con la mirada su estudio, casi siempre cerrado, convencida de que él los guardaba allí a buen recaudo. Rebuscó sacando y metiendo unos cuantos libros por si la estantería tuviera doble fondo. Tanteó con las manos el hueco de la chimenea y nada. El reloj de la repisa había contado cinco minutos. «Tranquila, Olive», dijo infundiéndose ánimos. ¿Cuál era el lugar de aquella sala preferido por Nicholas? Sus ojos se detuvieron en el escritorio y se sentó en la mesa de su marido. Si existía algún resorte oculto tardaría horas en encontrarlo entre tantos cajones, permaneció sentada en la misma posición en que él lo hacía a menudo.

Tenían que estar enrollados para no estropearse, no tenía ni idea de cómo era una máquina de vapor, pero sería un rollo grande si estaba diseñado por piezas y en la escala apropiada.

Afuera, el ruido de la verja al chirriar le hizo estremecerse. A través de la ventana abierta llegaron voces de hombres. Templó los nervios y abrió los dos cajones superiores tentando con los dedos el interior sin resultado. Miró debajo de la mesa por si estaban pegados a la madera. Iba a rendirse cuando miró hacia el suelo, la pata más cerca de ella no se apoyaba en la alfombra, de hecho, el escritorio tenía cinco patas en lugar de cuatro. Ella que siempre estaba atenta nunca se había percatado de ese detalle.

Se arrodilló bajó la mesa con cuidado de no golpearse la cabeza y estudió la pata más corta, intentó tirar de ella mientras las voces del exterior se acercaban.

No podía sacarla así, tenía que existir otro sistema, no había espacio para arrancarla. El reloj de la repisa dio los cuartos y entonces lo comprendió, esbozó una sonrisa triunfal cuando con ambas manos giró hacia la derecha la pata en el sentido de las agujas del reloj y sonó un clic. ¡Nicholas era tremendamente inteligente! Le dio la vuelta ya en las manos y el plano enroscado cayó al suelo.

Con la pata de pesada madera en la mano se levantó la falda y se golpeó con fuerza su propio tobillo sin dudar.

Meg entró a la carrera con su madre justo cuando Olive se dejaba caer de golpe en el pequeño sofá de cuero.

—¡Olive, querida! Le dije a Nicholas que no deberías montar, ¿y si estuvieras embarazada?, una caída podría malograrlo.

—No se preocupe, duquesa, estoy bien, es solo una torcedura. De hecho, creo que apenas se ha inflamado.

Nicholas y Henry entraron en tropel al estudio. Su marido la miró con dureza, mientras su ceja izquierda se alzaba en un interrogante. Las gotas de sudor le resbalaban por el rostro encendido, debía haber volado en su caballo desde Hyde Park. Se recompuso al percatarse de que Meg y su madre le acompañaban.

Olive se mantuvo impasible frente a su escrutinio, la miraba como si pudiera

penetrar en sus pensamientos, ni una sola vez miró para ver si la quinta pata de madera del escritorio seguía en su lugar. Nicholas era bueno, pero a ella la habían formado desde que era una niña, crecer en mitad de las mentiras no se podía aprender.

—¿Estás bien? —consiguió decir Nicholas al oír cómo Henry le preguntaba perplejo porque él ni siquiera se interesara por cómo estaba y solo se miraran el uno al otro, retándose.

—Sí, Henry, fue una caída tonta, al apoyar el pie se torció.

—Fue idea de Bob que la trajéramos lo antes posible y él volvería a buscarte

—le dijo Meg a su hermano al ver que miraba a Olive ceñudo.

Eso pareció relajarlo un poco, pero no engañó a Olive cuando se acercó a ella con cara de preocupación. Sin previo aviso y sin apartar la mirada de sus ojos le subió el ruedo del vestido con brusquedad. Azorado al verlo en tan mal estado retrocedió alarmado y confundido.

Olive sonrió por dentro, sabía que Nicholas pensaría que todo había sido una treta, «Menos mal que en el último momento se había golpeado para simular el daño». Temía haberse pasado porque el tobillo al enfriarse empezaba a darle fuertes pinchazos.

—¡Nicholas, eres un animal! —le gritó Meg—. Has hecho más daño a Olive, ¡si hubieras visto el golpe que se dio ni la tocarías!

—Yo... lo siento... Olive —se disculpó pasando la mano por sus cabellos

—. Te llevaré a la habitación, ven, cariño.

Atormentado por ser tan desconfiado, la cargó en sus brazos escaleras arriba mientras Olive se apoyaba en su pecho.

—¿Pensaste que fingía? —le preguntó con tono de enfado.

—Lo siento, Olive, no sé qué se me pudo pasar por la cabeza.

—Nicholas, me has llamado «cariño».

Él se detuvo en el umbral de la habitación, iluminados los dos por el sol que entraba por los ventanales del pasillo y sonrió. Le dio un breve beso en los labios.

—¿Sí?, no me he dado cuenta, ¿cuándo? —fingió con una sonrisa.

—Hace un momento, al cogerme en brazos —dijo sorprendida por esa muestra de afecto por parte de su marido.

Él negó con la cabeza elevando las cejas para bromear con ella.

—Imposible, soy un ogro que comprueba que su mujer está herida. En serio, Olive, lo siento mucho.

—Vamos a olvidarlo, ¿crees que el médico tardará mucho?

La carcajada de Nicholas ante su mirada llena de picardía y fuego se oyó en todo el pasillo.

—¡Calla! —suplicó a Nicholas poniéndole la mano sobre la boca para ahogar sus risas.

—Olive, tenemos todo el tiempo del mundo.

No era cierto, así que se aferró a Nicholas con todas sus fuerzas cuando él en vez de llevarla a la cama se sentó en la butaca junto a la ventana con ella en brazos. Olive lo miró extrañada.

—Quiero mirarte a los ojos cuando te dé esto —susurró Nicholas mientras sacaba de su bolsillo una pequeña caja de color madera y adornos en ébano. La abrió con cuidado y quedó a la vista un precioso y simple anillo de oro con una esmeralda tallada—. El anillo que tienes —él tomó aliento infundiéndose valor

— carece del verdadero significado que representa ser mi duquesa.

Olive contuvo el aliento mientras él arrojaba con descaro la caja hasta caer en la cama con asombrosa precisión. Cogió su mano y deslizó el anillo en su dedo por encima del que le entregó el día de su boda.

—Este sí, Olive, ha pertenecido a mi familia durante generaciones y quiero que lo tengas tú. Lo que dije en el parque es cierto, eres mía. Es el nombre de mi apellido que te protegerá siempre, es mi confianza en que lo conservarás siempre y es el símbolo de mi amor.

Lo miró con los ojos anegados en lágrimas, aunque luchaba porque no salieran. En ese momento solo eran ellos dos y sus corazones al latir acompasados. El mechón rebelde de Nicholas le cayó en los ojos, expectantes y atentos a su reacción. Como siempre escudriñaban su alma buscando la verdad solo que ahora no le importaba. Ella sentía el mismo deseo de conocer todos y cada uno de los secretos de Nicholas. Le apartó el pelo y le acarició la nuca mientras una sonrisa brotaba en sus labios.

—Te quiero, excelencia —susurró Olive antes de caer presa en los labios de Nicholas.

Capítulo 18

—¿Dónde están, Meg?

La hermana de Nicholas se levantó de golpe, el pequeño butacón de su tocador osciló a punto de caer mientras ocultaba algo a su espalda.

—¡Me has asustado, Olive! Creí que no podías andar...

—Y no puedo, así que dámelo y volveré a mis habitaciones antes de que tu hermano vuelva a subir.

No había encontrado antes el momento de ir a la habitación de Meg, si había seguido sus instrucciones los tendría con ella bien ocultos. Había engañado con su propio golpe al doctor y creía que no podía caminar, pero aparte del moratón y un pequeño dolor aguantaba de pie.

—Cuéntame que pasa o no te los doy —negó Meg de forma tajante—. No son más que unos planos que no entiendo, llenos de anotaciones y números sin sentido.

—¡Dámelos, Meg!, esto es muy serio —le ordenó Olive sabiendo que si ella decidía salir corriendo a contárselo a Nicholas no podría impedirlo con el tobillo dolorido.

Fastidiada, Meg sacó los rollos de debajo de su corpiño aprovechando las dos partes de su vestido y se los tendió.

—¡Aquí están! Pero más te vale contármelo ahora.

Olive cogió los planos sin perder tiempo y suspiró. Había necesitado que Meg los sacara de la biblioteca si no Nicholas la hubiera descubierto, así que ahora debía cargar con las consecuencias de haber incluido a la hermana de Nicholas en sus planes.

—Meg lo hago por tu hermano, está en peligro, rodeado gente que no dudará en matarlo por esto —levantó los planos para que ella lo comprendiera

—. He de encontrar al hombre que se los dio a Nicholas, James Watt y obligarlo a que acabe con esto. Si él mismo los entrega ahora, Nicholas se salvará. Al proteger a ese hombre y no obligarlo a claudicar por Inglaterra se pone en peligro a sí mismo.

Meg dio pequeños golpecitos con su pie asimilando lo que decía hasta que entornó los ojos con una sospecha.

—¿No será el hombre que está en casa de Henry?

—¡Meg! ¿Qué hombre? ¿Un escocés?

—Sí. Me lo dijo Henry, ¿qué pasa Olive?

Con una carcajada triunfante Olive abrazó a su cuñada.

—¡Te adoro, Meg! Siento meterte en esto, de hecho, ya lo hice cuando te los di para que los ocultaras de tu hermano, pero ahora necesito tu ayuda una vez más.

—Dime, hermana —contestó la muchacha sin dudar.

—¡Hace tiempo que me di cuenta de lo que vio mi pequeña Grace en ti, tu espíritu libre y leal! ¡No cambies nunca, Meg Denworth!

Necesitó de todo su valor para mirar durante todo el día a Nicholas a los ojos y no delatarse, quizá eran los últimos momentos que pasaba a su lado porque no dudaba de que, en cuanto saliera de la casa, la atraparían, pero debía intentarlo. Llegar hasta James Watt, devolver los planos que Nicholas le había guardado y acompañarlo hasta un lugar donde su invento estuviera a salvo. La oficina de patentes era su mejor opción, un lugar con una caja de seguridad, guardias armados y el nombre de Watt con su firma rubricados. Nadie podría robar su invento y le pertenecería a él. Solo debía encontrar la manera de llevarlo allí, a salvo y sin perder sus planos.

Para ello, debería desvelar quién era a Watt, confiar en él y correr el riesgo de que ese hombre se negara a su plan y la entregara a Nicholas antes de tiempo o, aun peor, a las autoridades. Sabía muy bien lo que ocurriría si la cogían, acabaría el resto de su vida en una cárcel inglesa.

Meg debía crear una distracción para que ella pudiera escapar, lo haría a pie ya que no podía sacar un caballo de la finca sin ser vista. A las diez en punto, con Nicholas en sus astilleros supervisando sus negocios, su cuñada anunció que quería salir de Denworth para fugarse con Henry. La duquesa puso el grito en el cielo, las doncellas corrieron a cuchichear tras las puertas, Manfred atendió a la pobre madre envuelta en nervios. El revuelo llamó la atención de

los criados y los guardias de la entrada mientras Meg gritaba y hacía aspavientos.

Olive salió por la cocina con la ayuda de su doncella Maddie, corrió cuanto pudo hasta llegar a los árboles y esperó a que Meg distrajera a los guardias saliendo a la escalinata de la entrada con sus maletas. Estuvo a punto de ahogar una carcajada ante la tremenda actuación de la hermana de Nicholas, incluso salía tirando con un baúl enorme que la duquesa agarraba y Manfred intentaba quitarle. Una vez todos los habitantes de Denworth estuvieron pendientes de la hermana de Nicholas y, aprovechando los arbustos que delimitaban las verjas, se deslizó hasta un roble cercano.

—¿Dónde crees que vas, Olive?

Se irguió y se separó unos centímetros de «Bob» para poder estar lejos de sus ojos marrones hundidos. El marinero sonrió decepcionado.

—¿Dónde crees? Me marchó de aquí, me he cansado de esta farsa —

contestó Olive con frialdad—. ¿Tú no, Dupont? Un aristócrata francés viviendo como un mozo del puerto, atendiendo a las órdenes de mi marido y malviviendo.

—Dame los planos y dime dónde está el tal James Watt, el inventor, y te dejaré ir para siempre, Olive —dijo Bob y el que una vez fue Dupont, tendiendo su mano hacia ella. Nicholas ni siquiera le había contado a su fiel guardián dónde estaban los planos y Watt. ¡Bien por ti, Nicholas!

—Y después matareis a Nicholas antes de que os descubra a todos. Le habéis encerrado en una tela de araña. Dupont, has aguantado mucho, debe de ser importante para ti y para Thomas Cox... —Olive soltó una exclamación de sorpresa—. ¿Lo has matado verdad, a Cox? Por eso no ha vuelto a aparecer...

Dupont se estaba cansando, notaba como la tensión de su mandíbula crecía y sus ojos inquietos se entornaban. Como Bob el marinero, su rostro común lo había ayudado a pasar desapercibido, pero su soberbia era difícil de ocultar cuando se ponía nervioso. Maestro del camuflaje como pocos, incluso disimulaba su acento francés con una voz ronca. En el fondo Olive lo

admiraba por su perseverancia y dotes para el engaño.

—¡Sabías que iba a escapar, me seguiste a casa del prestamista y viste cómo vendía las joyas! Obligaste a Cox para que me empujara al matrimonio con Nicholas y me ofreciste a mi marido desvelando que era una espía, algo irresistible para su excelencia.

—¡Te di todo esto, Olive! —dijo Dupont abriendo los brazos hacia la mansión —. Y puedes seguir teniendo todo, ¿no te das cuenta? Dame los planos de la máquina y te dejaré marchar. Puedes volver a casa, en París. ¿Recuerdas a Marie? Fue como una madre para ti y yo te cuidé, te di un hogar. Conmigo nunca tuviste hambre o frío, pequeña.

Olive se resistió a la cadencia de su voz embrujadora, aún podía oler la madera de la vid quemándose en las chimeneas de la casa Dupont. El crujido de las escaleras cuando todos sus hermanos y hermanas de « *Le Secret du roi* »

bajaban a desayunar. El sol cálido de la campiña francesa entrando por los enormes ventanales de la biblioteca.

—¡Basta, Dupont! Déjame marchar, por favor, os he servido bien a ti y a la orden —suplicó mirando alrededor. Si él decidía matarla en esos momentos y quitarle los planos nadie se daría cuenta hasta que la encontraran muerta en los jardines. Nadie sospecharía de Bob, el marinero y fiel servidor de Nicholas.

—Dame los planos y puedes irte, volver conmigo a Francia o marchar tú sola. Por primera vez serás libre, Olive.

La vio dudar, y frotarse las manos nerviosas. Dupont cogió sus hombros con suavidad y levantó su barbilla como cuando era niña y hacía alguna travesura.

—¡Olive, pequeña tonta! ¿Crees que Nicholas Denworth se hubiera casado contigo si no le hubiéramos conducido al matrimonio? Te engañas al pensar que te ama por comprarte cuatro flores. Si a ese cabrón mujeriego no le hubiera intrigado tanto saber si realmente eras una espía ¡nunca se hubiera casado contigo, niña estúpida! He vivido a su lado los últimos meses, tiene amantes por todo Londres.

¡No le escuches!, *ifille stupide!*, ¿niña estúpida?, eso era lo que Dupont gritó cuando se la llevó de los barrios bajos de Montmartre siendo una niña. Era lo que repetía cada vez que hablaba en francés sin permiso, aquello que gritaba en su oído cuando se resistió a entregarse al mozo de cuerdas de casa Dupont, cuando cometía un error. Él era lo único que había tenido durante años, pero eso nunca le dio permiso para utilizar su mente y su cuerpo a su antojo, amenazarla y privarla de su libertad.

Olive sonrió a medias, con la cara de una niña pillada en su falta que ruega el perdón con la mirada a su tutor y se abrazó a él como cuando era pequeña y no le llegaba más que a la cintura.

—¿Ves, Olive?, siempre vuelves a mí —asintió satisfecho por la elección de su pupila.

Olive clavó el cuchillo de la mantequilla con fuerza y sin dudar, tal y como él le había enseñado, bajo las costillas para que incluso un hombre tan fuerte como él se doblegara y cayera al suelo. Para un hombre de la constitución de Dupont no supondría más que una leve herida de la que pronto se recuperaría así que Olive echó a correr hacia las puertas. Con la respiración entrecortada llegó hasta los guardas, los dos supuestos hijos de Bob el marinero, que en realidad eran muchachos contratados.

—¡Corred!, allí entre los matorrales. Alguien ha herido a Bob.

Los dos chicos no dudaron y dejaron las puertas desprotegidas, se giró un momento antes de atravesarlas para ver a Meg forcejear con Manfred. Olive hizo una señal con la mano a Meg de que todo estaba bien y echó a correr por las calles de Londres.

Tardó apenas media hora en presentarse en casa del amigo de Nicholas, el mayordomo le dijo que Henry no estaba y se coló en el interior ante la sorpresa del criado.

—Soy la duquesa de Denworth, la esposa de Nicholas Sallow. Busco al hombre al que su excelencia ha brindado su hospitalidad. James Watt.

El mayordomo miró su pelo alborotado pero la calidad del vestido y de la

capa le convenció de que no era una mujer vulgar.

— *Milord* dijo que no debíamos dejar pasar a nadie —afirmó con la misma flema que Manfred exhibía por Denworth House. Olive ignoró la negativa del mayordomo y empezó a buscar en las diferentes salas que tenían acceso al vestíbulo.

— *Milady*, ¡por favor! —gimió el hombre escandalizado.

—¿Qué ocurre aquí?

Un hombre de constitución delgada y rostro afilado miró a Olive a través de unos anteojos gastados. Bastante alto y de nariz larga, la escudriñó con sus ojos negros mientras marcaba la señal en el pesado tomo que parecía haber estado leyendo, *Tratados de Newman* se leía en la cubierta.

—Una intrusa, señor, dice ser la duquesa de Denworth...

¿No quería Nicholas que usara su nombre? ¡En apenas un día iba a gastarlo!

—¡Pero mi querida señora! Se supone que estoy aquí en secreto.

Olive sonrió ante la inocencia del hombre.

—James Watt, ¿verdad?

—¡Debe marcharse ahora mismo, échela Bastián!

Olive vio cómo el mayordomo, el tal Bastián pretendía echarla con cajas destempladas de la casa y suspiró. Ahuecando su corpiño como le enseñó Meg, sacó el rollo de papel que contenía los planos del hombre que tenía frente a ella.

James Watt abrió los ojos con estupor.

—¡Está bien, me iré! ¡Creí que le gustaría ver las anotaciones de mi marido!

Nicholas es muy inteligente, ha resuelto con gran acierto su problema con el

tema de las válvulas que dan paso al condensador.

No hizo falta decir más, el inventor se volvió de repente totalmente receptivo y despidió al mayordomo al momento.

—Pase, *milady* y enséñeme esas anotaciones en la biblioteca.

—Lo haré si antes escucha lo que tengo que proponerle...

Capítulo 19

Nicholas estaba desesperado, no tenía noticias de Olive desde hacía horas.

Después de que alguien acuchillara a Bob, había desaparecido, los guardias aseguraban no haber visto salir a Olive. Estaba convencido, alguien se la había llevado, no era posible que desapareciera sin más. Los hombres de Bob ponían Londres patas arriba en su busca. Su estudio se le quedaba pequeño para tanta desesperación, ¿y si Olive había mentido y otra vez había huido? ¿Cómo demonios había conseguido salir de la casa sin ser vista? En cuanto el médico acabara con Bob iría a interrogar a su amigo. Tal vez él viera quien le había apuñalado en el costado y pudiera explicar quién había ayudado a su mujer a salir de la casa.

Llamaron a la puerta y se giró exaltado, su hermana entró con la cabeza gacha y un pañuelo empapado entre las manos. Lo retorció nerviosa hasta que con un suspiro se sentó en el sofá.

—Meg, por favor, déjame solo. Hasta que encuentre a Olive no soy la mejor compañía.

Su hermana hizo oídos sordos y continuó llorando. Nicholas se sentó a su lado y pasó un brazo por los hombros de Meg intentando ser comprensivo. Olive era su mejor amiga y había desaparecido.

—¡Ay, Nicholas! —suspiró de nuevo su hermana. Al levantar su mirada hacia él lo supo al momento. Era la misma mirada que cuando de pequeña se colaba en su habitación y husmeaba todas sus cosas.

—Meg, ¿tú sabes dónde está Olive? —le preguntó con dulzura convencido de

que su hermana estaba al tanto—. ¿Te dijo cuándo volvería? —tentó a la suerte. Si Olive había escapado la única que podía saberlo era Meg. El vínculo que crearon las dos con la muerte de Grace las había unido más que cualquier parentesco.

—Te juro, Nicholas, que me dijo que no te darías cuenta, que volvería antes que tú y ni siquiera te enterarías de que había salido.

Nicholas la soltó, frío, la sangre comenzó a golpearle con fuerza en el pecho, como si el corazón luchara por salir de él. Se puso de pie, con los puños, alejado de Meg para no hacerle daño con la rabia que iba creciendo en su interior.

—Olive me dijo que debía hablar con alguien, que estabas en peligro —Meg por primera vez se dio cuenta de la temible expresión que su hermano tenía y calló con miedo.

—¿Con quién? ¿A quién debía ver Olive?

—¡No lo sé! —gritó sintiendo verdadero terror ante la voz fría de su hermano.

—Bueno —dijo Meg, intentado recordar— le dije a Olive dónde estaba el hombre ese que vive ahora con Henry, el que tú llevaste a su casa al volver de Glasgow...

Furioso, derribó la mesa de bebidas que cayeron al suelo con un chasquido de cristales. Meg dio un salto en el sofá protegiéndose de su ira mientras le veía dirigirse a su escritorio con enormes zancadas. Nicholas se agachó dio varias vueltas de rosca a una de las patas de la mesa y le dio la vuelta.

No estaban. No podía creerlo. Tenía que ser un error. Olive no podía haber fingido tan bien.

—Meg, ¿en algún momento Olive se quedó sola en esta habitación? —su hermana estaba al borde del colapso entre el llanto y el miedo—. ¡Piensa Meg!

—Sí —balbuceó intentando recordar como sucedió—. Bob nos dijo que nos

fuéramos y Olive nos encargó ir a por el médico, a mí a buscar a Maddie, su doncella...

Nicholas levantó la pata de la mesa en sus manos y entonces lo comprendió.

Olive podía andar porque no se torció el tobillo, se golpeó con algo antes de que él llegara para que la creyera. Sabía que desconfiaría al verla en su estudio.

¿Cómo demonios había escondido los planos si fue con él hasta el dormitorio?

—Si todo es por ese rollo de papeles, te juro Nicholas que estuve a punto de no devolvérselos a Olive, estaba rara cuando me los dio.

Su hermana Meg se los había guardado toda esa noche sin que él sospechara. ¡Menudo idiota estaba hecho! Su mujer lo había vencido.

—¿Qué pasa, Nicholas? He hecho algo muy malo ¿verdad?, hasta le dije a Olive dónde encontrar a ese señor...

Meg miró a su hermano como si estuviera loco, salió del estudio como alma perseguida y la dejó sin ninguna explicación. Bueno, estaba segura de que al final también se enteraría de que ella había ayudado a Olive a escapar, o tal vez con suerte se libraría.

No dio ni dos pasos fuera de la entrada cuando Henry desmontó junto a la escalinata con una sonrisa en los labios.

—¡Nicholas! ¡Qué hacía esta mañana tu mujer en mi casa! ¡Olive amenazó a mi mayordomo con un cuchillo y casi lo derriba de un puñetazo al llevarse a tu amigo!

—¡Ha ido a por James Watt! ¡Maldita furcia mentirosa! A estas horas estará en uno de los barcos rumbo a Francia. ¿Sabes que hasta le di el anillo de mi

abuela?

—Tranquilízate, Nicholas —dijo Henry deteniéndole al ver que cogía su caballo enfurecido—. Olive no ha huido con él, no puedo creerlo, sé que os

visteis obligados a casaros, pero ella te quiere, lo sé. ¡No has visto como yo cómo te mira!

—¡No lo entiendes, Henry! ¡Olive sabe manipular, mentir, manejar cuchillos y fingir en mi cama! Es una zorra taimada, experta y sin escrúpulos.

Henry retrocedió ante sus duras palabras como si hubiera enloquecido.

—Nicholas, amigo, explícame todo eso porque si no te llevaré de cabeza al manicomio.

—Vayamos en busca de Bob y te contaré todo de camino al puerto. Hay que encontrar a mi mujer si es que no ha partido ya hacia la costa francesa.

Capítulo 20

Olive sonrió ante la mirada de admiración que James Watt le dedicó en cuanto dejaron la oficina de patentes en Cardiff Road. Del brazo, ayudó a Olive a descender la estrecha escalera del edificio. Era casi de noche, pero al fin habían terminado. Londres estaba en pleno apogeo, tras la epidemia de gripe y el tiempo primaveral la gente llenaba las calles contentos de haber superado la crisis y seguir vivos. Así se sentía Olive, viva y libre por fin de todo el peso que había soportado sobre sus hombros.

James Watt se mantuvo de acuerdo en que el mayor invento de la era moderna no debía ser privilegio de ninguna nación y que el único que debía beneficiarse de ello era él. Con los planos de la máquina vapor en el registro y la conciencia tranquila podía volver a Denworth y explicar todo a Nicholas.

Confesaría todo, quién era realmente ella y quién era Bob o Dupont, el maestro de espías que durante casi un año había engañado a Nicholas haciéndose pasar por un marinero. Sería decisión de su marido si decidía entregarla junto a Dupont a las autoridades. Uno a uno desvelaría a los demás correos que durante este tiempo habían colaborado con Francia.

Martha, lady Malborough moriría de decepción al saber que Olive era su amiga solo por los secretos que oía en su casa, bueno al menos al principio, porque después llegó a adorar a aquella anciana. Igual que a todos en

Denworth, y por supuesto a Meg, su pequeña cuñada atrevida y valiente.

Caminó con James hasta la posada de The George Inn donde una diligencia sacaría al inventor de Londres rumbo a Escocia. Libre del pasado, Olive se permitió disfrutar de la silueta de la Torre de Londres, hermosa y aterradora, siglos atrás le hubieran cortado allí la cabeza por traidora. El London Bridge lucía imponente sobre el Támesis, envuelto en la espesa niebla que comenzaba a formarse sobre el río. Las tenues luces de las farolas comenzaban a encenderse por obra de los candileros y Olive se preguntó qué diría Nicholas al enterarse de que había medio secuestrado a su inventor. Varios carruajes los adelantaron y a pesar de la niebla, iban a toda prisa. El mal olor que provenía de las casas era insoportable y no impedía que Londres vibraba con el caer de la noche. La parte oscura de Londres le gustaba y asustaba al mismo tiempo, puede que nunca dejara de sentirse una extranjera en esa ciudad.

—Nuestros caminos se separan aquí, James —le dijo Olive oculta bajo la capa, ya frente a los ventanales de la posada—. Ha sido un placer conocerlo.

James Watt tomó sus manos con afecto y con una media sonrisa preocupada

—¿De verdad trabaja para los franceses? ¡Una espía!

Olive sonrió con pesar.

—Lo era, creo que ahora franceses e ingleses no estarán muy contentos conmigo.

—¿Por qué no viene conmigo? Es usted una mujer joven, la ayudaré a rehacer su vida en Escocia, aquí probablemente sea su marido quien la entregue a las autoridades. Denworth tiene un sentido de la lealtad que raya la obsesión.

—Se lo agradezco James —dijo Olive mientras el bullicio del interior de la taberna llegaba hasta ellos cada vez que se abría la puerta—. Al fin he comprendido que no puedo seguir huyendo y para mi desgracia y la de Nicholas, lo amo con todo mi corazón.

James no pudo evitar apretar sus manos con un gesto de afecto, en sus ojos se leía la admiración que profesaría el resto de su vida a Olive.

—¿Estará bien por esas calles a estas horas?

Olive se soltó de sus manos, ahora cálidas, y suspiró.

—¡Claro que sí, soy más peligrosa que la mayoría de ellos! —sonrió sin apartar los ojos de él.

—Cuide de mi buen amigo Henry y de su excelencia. Dígale a su marido que le pondré su nombre a la dichosa válvula —rió con fuerza mientras daba un paso hacia atrás reacio a partir de su lado.

— *Adieu, Monsieur Watt. À bientôt.*

—Hasta pronto, Olive, espía y condesa de Denworth —se despidió de ella con una leve reverencia como si se tratase de la mismísima reina.

Olive se cubrió aún más con la capa. Mientras se alejaba sintió la mirada de Watt en su espalda, su última oportunidad de huir quedaba atrás. Avanzó pegada a las paredes de los edificios, alejada de la peligrosa ribera del Támesis donde a esa hora se concentraba el pillaje, los juegos y la prostitución. Ahora debía encarar a Nicholas, y lo más difícil, demostrarle que Bob era su mentor, Monsieur Dupont.

Llegó a Denworth House pasada la medianoche, con alivio comprobó que las verjas estaban sin vigilancia y tomó el camino que rodeaba la casa hasta las cocinas. El mismo aire alrededor de la mansión era distinto, como si al fin viera aquel sitio como su hogar y pudiera deleitarse con caminar por el sendero de gravilla. Al pasar junto a las cuadras comprobó que Ben, el mozo, no estaba y los caballos habían desaparecido. Nicholas la estaría buscando seguro de que había huido. ¿Qué pasaría en esos momentos por la mente de su marido? Casi podía oír sus insultos y maldiciones, pero no había podido contar sus planes, Nicholas hubiera insistido en que los planos debían entregarse al rey y condenar

a James Watt a una vida enjaulado en palacio por temor a que vendiera sus secretos a otras naciones. Como el inventor dijo, Nicholas era leal hasta rozar la obsesión y por ello lo amaba hasta la locura, fiel, honesto, sincero, bondadoso, todo lo contrario a lo que estaba acostumbrada en su vida. Los

juegos del destino habían unido sus vidas y se sentía afortunada por ello.

Las cocinas estaban apagadas así que las atravesó despacio, en la oscuridad.

El olor a guisos y caldo que aún perduraba en la habitación hizo que se sintiera en casa. La luz de la luna iluminaba los perfiles de las tablas de cortar y atrapaba su brillo en los botes de cristal.

—Sabía que volverías, nunca creí que huyeras de Nicholas. Estas enamorada de él.

Olive suspiró bajando los hombros derrotada, Dupont la esperaba. Él se acercó a los hornos donde aún quedaban algunos rescoldos y encendió unas velas.

—Creí que te había hecho más daño, al parecer soy débil —contestó con frialdad, aunque por dentro su corazón latía con tanta fuerza que le golpeaba los oídos.

La sonrisa de Dupont heló su sangre, a su espalda la puerta por la que había entrado volvió a abrirse y el olor a tabaco mascado inundó la habitación.

—Sobrina, te lo advertí. Te dije que nunca nos traicionaras. ¿Dónde has estado hoy?

Thomas Cox se puso a su espalda para evitar que escapara y Olive se pegó a la pared con los dos enfrente. Saber que Cox estaba vivo solo podía significar que Dupont necesitaba a ese ser sin escrúpulos para acabar con ella.

—¡Olive, Olive!

Rebeca apareció entre las sombras, la pequeña llevaba el camisón manchado y comprendió qué había despertado a la niña en mitad de la noche. La acogió entre sus brazos y ante la mirada de los dos hombres acarició con ternura su mejilla resguardando su rostro contra el regazo.

—Rebeca, debes volver a la cama. Mañana hablaré con tu mamá para que no te regañe, ¿de acuerdo?

—Olive, están todos muy asustados. Su excelencia se puso a gritar y destrozó su estudio porque te habías ido...

—Ssshh. Ya he vuelto, Rebeca, ve a tu habitación o cogerás frío. —Olive sonrió con tristeza a la pequeña mientras los ojos se le inundaban de lágrimas poco a poco—. Mañana haremos cadenas de flores con Mary y se las regalaremos a Meg, pero ahora tienes que irte a la cama.

Miró a ambos hombres, Rebeca estaba a punto de colmar la paciencia de ambos. Habían ido a matarla y solo aquella niña les impedía hacerlo de una vez

por todas.

—Si te portas bien mañana te enseñaré una canción que mi madre me cantaba de pequeña. —Ese era el único recuerdo que conservaba de su madre y lo atesoraba con cariño. Ella, cada día, antes de bajar la cuesta de Montmartre para vender flores, la daba los buenos días con un beso en la mejilla y la oía tararear la canción mientras se alejaba. El mismo día que murió fue lo último que hizo sabiendo que no volvería nunca. Ese recuerdo hizo que Olive cada amanecer durante muchos años sintiera la calidez del beso de su madre y esa tonadilla se repitiera en su memoria.

—¡Vete ya, niña! —gritó Cox. Rebeca dio un salto y Olive la dejó marchar mientras sus brazos quedaban fríos. Era mejor que corriera asustada a que volviera y la encontrara allí muerta.

—Muy tierno, Olive, pero sabes que no me conmuevo fácilmente —rio Dupont—. ¿Es cierto o es otra mentira? ¿Conociste siquiera a tu madre?

—¿Qué más te da, Dupont? Matadme ya y marchaos de Denworth House.

—Te di la oportunidad, Olive y no la cogiste, no quisiste huir. Dime al menos donde están los planos de la máquina.

—Fuera de tu alcance, en una caja de seguridad —contestó Olive pegando la espalda a la pared—. En la oficina de patentes donde no puedes robarlas.

Dupont se apoyó en la mesa y chascó la lengua decepcionado mientras negaba con la cabeza.

—Ya no nos sirves de nada —alegó Cox. Desechó la pistola de chispa en su cinturón para no despertar a toda la casa y cogió un cuchillo de cocina de Anne.

Olive vio cómo lo elegía con cuidado, el más liviano para segarla a cuchilladas con mayor rapidez. La hoja afilada brilló ante la luz de la vela.

—Esperaré fuera, Cox —Dupont ni siquiera le dirigió la mirada mientras salía a toda prisa con la espalda enderezada y los músculos en tensión.

La puerta se cerró con un portazo, Dupont o Bob, su última esperanza, desapareció hacia el jardín. Quizá alguna vez la tuvo cariño, pero su traición no tenía perdón. Tal vez disfrutó enseñándola mientras crecía, pero el día que se convirtió en mujer todo había cambiado entre ellos. Olive sintió cómo Dupont fue alejándose de ella como si fuera a quemarse.

—Señor Cox, tendrá que matarnos a todos antes de tocar un pelo a su excelencia. Rebeca nos avisó de que tenía problemas, duquesa.

La voz de Manfred rasgó el espacio entre Cox y ella. Tras él, Ben, el mozo de cuadras, Maddie, Maisy y el resto de los criados de Denworth House. El mayordomo se estiró las mangas de su traje y se puso en posición de boxeo. En otra ocasión puede que hasta Olive se hubiera reído, pero Thomas Cox era peligroso y un demente que no dudaría en matarlos a todos. Cox sacó el arma, dudando entre apuntarle a ella o al grupo de criados.

—Solo hay dos balas y está solo. No podrá con todos —gritó Ben.

—¡No, marchaos! —gritó Olive con desesperación, había perdido a Grace y no podría soportar que Cox hiciera daño a alguno de ellos antes de matarla.

Moriría con la seguridad de haberles fallado a todos—. Cox iré contigo, déjalos, por favor.

Cox rasgó el seguro del arma cuando la explosión de otra pistola lo derribó de

un certero tiro en la cabeza. Olive se quedó sin respiración al sentir las gotas de sangre golpeando la piel de su rostro.

Nicholas aún permaneció con el arma en alto un momento más antes de acercarse a Thomas Cox y golpear el cuerpo inerte que tras el movimiento comenzó a sangrar profusamente.

—¡*Milord!* —oyó Olive entre los gritos de sorpresa y alivio de los criados.

Su marido miró en su dirección llenó de rabia y dolor, la odiaba y aun así había salvado su vida, a ella y a todos.

—Llamad a los alguaciles y sacad esta mierda de mi casa —ordenó antes de que el júbilo inundara las cocinas.

—¡Nicholas! ¿Y Dupont? Podría seguir ahí fuera —Olive miró hacia la puerta temerosa de que volviera en cualquier momento a terminar lo que no había podido Cox.

Se acercó a Nicholas y él dio unos pasos atrás asqueado por su cercanía, sabía que eso podía pasar, pero el corazón la dio un vuelco demasiado herido para seguir latiendo.

—Bob protege la casa, ha buscado en los jardines y no hay rastro de ese hombre.

Olive se quedó lívida al instante.

—¿Bob? ¿Dónde está ahora? —Nicholas ni siquiera había sospechado que Bob y Dupont eran la misma persona.

—Ha subido a proteger a Meg y a mi madre, ¿tienes miedo de que capturemos a tu querido Dupont?

Olive lo agarró de la chaqueta, su brillante marido a veces era un iluso.

—¡Nicholas, Bob es Dupont!, por eso debía seguir con la farsa, te hubiera matado. ¡Estuvo aquí todo el tiempo, era quien cubría tus espaldas!

Nicholas se soltó de ella con asombro, ahora comprendía como defendía a Olive continuamente, como poco a poco le había insinuado que ella era la espía francesa. Cómo impidió que huyera y el miedo de Olive el día que Nicholas la siguió hasta el Támesis. En su momento no le dio importancia a la confiada intervención de «Bob» para dejar a Olive sola en la casa ni cuando ambos hablaban en francés... ¡Cómo podía haber sido tan estúpido para no verlo!

—¡Está con Meg! —gritó con desesperación, Olive no mentía. Dupont estuvo con ellos todo el rato.

Olive lo siguió escaleras arriba cuando escucharon un sonido golpeando el suelo. «Meg, no, por favor», suplicaba su corazón. Nicholas entró en la habitación de su hermana primero y después otro grito los llevó a la suya. Se detuvo de golpe, Olive casi choca con él. En el suelo, cubierto de sangre y con un cuchillo clavado en el pecho estaba Bob o Dupont. Meg los miró con autosuficiencia primero para después correr a los brazos de su hermano y hundir el rostro en su pecho.

—¿Te ha hecho daño, Meg? —dijo Nicholas asustado mientras palpaba el rostro y el cuerpo de su hermana para comprobar que estaba bien.

—No. Vi a Olive forcejear con él en los jardines y cómo intentaba retenerla a la fuerza. Al verlo subir como un loco en mi busca corrí a por tu cuchillo, el que escondes siempre bajo la cama. Si quería hacer daño a Olive no era bueno.

Ambos se giraron al oír los balbuceos de Dupont, a su lado Olive le cogía la cabeza y lo miraba atentamente sin expresar emoción alguna.

—Dupont, el mejor y más experto de los espías del rey Luis, habéis sido derrotado por una muchacha inglesa y moriréis en brazos de una muchacha francesa una «*fille stupide*».

Olive lo vio emitir un último gemido y soltó su cabeza que cayó de golpe sobre la alfombra. Salió de la habitación con todo el dolor y la ira que la dominaba. Olive Marsé había muerto al fin con su maestro.

Capítulo 21

Nicholas no la había visto en varios días así que cuando vio a su mujer avanzar por el largo pasillo iluminado yendo hacia él, no pudo evitar suspirar.

Olive estaba hermosa, había vuelto a peinarse con una larga trenza, sin sombrero y sin recato. Su inocente duquesa caminaba con los brazos rígidos. Sobre los ojos le caían mechones de pelo claro ocultando su mirada. Todos en Denworth habían defendido la causa de ella hasta tal punto que hasta su madre lo invitó a marcharse durante un tiempo hasta que entrara en razón. Pero ellos no habían compartido su corazón y su cama con Olive, ninguno podía saber todo lo que él le había dado, parte de su alma se había perdido al descubrir que lo había engañado con tal habilidad que ni siquiera sospechó nunca que quien cuidaba de los suyos era Dupont, el espía francés más codiciado por Lord Malborough y los servicios secretos ingleses.

Al llegar junto a él ni lo miró, se sentó con las manos recogidas en el regazo. Al fin y al cabo, había sido él quien le prohibió hablarle o intentar explicarse, ¿qué podía esperar ahora? ¿Qué volviera a rogar? ¿Que le dijera de nuevo entre sollozos que lo amaba?

El rey los esperaba dentro, en su sala de audiencias. En un momento sabría si Olive era perdonada o acababa sus días en una cárcel inglesa. Si esto último ocurría tenía preparado un plan para sacarla de Londres en el primer barco hacia las colonias. Puede ser que ya no la quisiera como esposa, pero nunca permitiría que Olive pasara el resto de su vida en una cárcel. La traición no podía borrar que era la duquesa de Denworth y lo que sentía por ella.

—Mi verdadero nombre es Olive Beaumont, nací en el barrio de Montmartre en París y con siete años mi padre murió.

Nicholas levantó la cabeza, extrañado, Olive había pedido perdón de mil formas diferentes y ni una sola vez la escuchó hablar con la voz tan baja y llena de dudas.

—...Dupont me llevó a la casa y me educó. Me dio de comer y me obligó a acostarme con el muchacho que cuidaba las cuadras, perdí la virginidad allí entre el heno solo para que no fuera inocente y ningún hombre pudiera

engañarme. No hubo más, Nicholas, solo tú. Una vez me preguntaste si sabía quién era yo, tú y solo tú has encontrado a la verdadera Olive. Tengo muchas capas y penas encima, pero nada es comparable a perderte, excelencia.

Nicholas miró a Olive como si nunca antes se hubiera dado cuenta de que su voz tenía un suave acento francés, solo le ocurría cuando hacían el amor, al perder la razón como le ocurría a él. Acercó vacilante la mano y la puso sobre las suyas, frías por los nervios. Olive encerró su mano entre sus dedos, pero no lo miró.

—¡Pueden entrar, excelencia! —lo llamó el secretario del rey con impaciencia como si lo hubiera llamado ya una primera vez y ninguno de los dos lo hubieran escuchado.

La ayudó a levantarse y sintió el temblor de sus pequeñas manos, juntos entraron en la sala del rey Jorge para saber el veredicto reservado a una traidora.

Lord Malborough se encontraba a la derecha del rey y la miró con severidad. «No era buena señal, se había paseado por su casa mil veces y ahora habría quedado como un tonto y viejo militar».

Nicholas permaneció a su lado y, para su sorpresa, no soltó su mano, sino que la aferró con fuerza mientras el rey los observaba. Olive conocía al monarca, lo había visto en algunas fiestas y en su paseo matutino cerca de palacio y siempre le había parecido un buen hombre, aunque algo falto de autoestima.

—Duque de Denworth —saludó a Nicholas mientras se acercaba a ellos con cierta curiosidad—. Duquesa —la saludó a ella con una sonrisa mientras miraba las manos de ambos unidas.

Olive hizo una reverencia mientras Nicholas respondía al saludo con corrección.

La sala en la cual estaban quedó en silencio, solos ellos dos, el secretario y Lord Malborough entre todas aquellas paredes tapizadas con escenas de cacerías.

—Así que vos sois la muchachilla que ha engañado a mi servicio secreto, Olive Marsé. Mi mujer la adora, ¿sabe? Y creo que la mujer de lord Malborough también —dijo con cierto pesar—. Es una situación incómoda porque usted, duquesa, se ha convertido en una especie de heroína para ellas. Una especie de personaje de novela...

Olive levantó por primera vez la mirada con sorpresa, ¿heroína? ¿de qué hablaba el rey? Nicholas intentó decir algo y él impuso silencio con un ademán.

—No entiendo, majestad —contestó Olive.

—Yo tampoco, sinceramente —rió el rey—. Al parecer los criados de Denworth han cantado sus alabanzas a otros criados y estos a sus señoras y ahora tengo a un gran número de mujeres, incluida la vuestra, Malborough, que me piden, no, no, me exigen, que la perdone por demostrar la lealtad a su marido y a su país. No entienden que os habéis paseado por los salones de Londres compartiendo la información que oíais con los franceses, pero en fin...

—Majestad.

—No, Nicholas, no digas nada hasta que acabe —le regañó Malborough.

El rey apartó a Olive con suavidad de Nicholas y la guío con él hasta un extremo de la sala. Olive retrocedió un poco cuando la miró fijamente. Nunca había estado tan cerca del mayor poder inglés.

—No me gustó nada que ese James Watt se quedará para él la patente y no la cediera a Inglaterra. ¿No tendríais nada que ver, querida? Los empleados de la oficina de patentes hablan de una mujer muy hermosa que acompañaba al señor Watt y le indicaba cómo podía proceder.

Nicholas se acercó en dos pasos ante la mirada reprobadora del rey y la tomó del brazo de forma tan protectora que Olive quiso besarle al instante. «Así que sí le importaba aún».

—Olive no tuvo nada que ver, os ha dado ya todos los nombres de sus

contactos, y Dupont está muerto. Ya no está a las órdenes de Francia, es libre de marcharse si quiere. James Watt es un súbdito leal e hizo lo que le pareció más correcto, al fin y al cabo, su invento lo fabricará en Inglaterra.

El rey miró a Malborough y ambos sonrieron como si entre ellos existiera alguna broma privada.

—Está bien, Denworth, pero será ella quien decida si se queda en Londres o no. No es vuestra la elección, duque.

—Gracias, majestad —dijo Olive con una reverencia y una sonrisa agradecida.

—Recordad, querida Olive, que sois libre, vuestra y solo vuestra es la decisión de qué hacer ahora con esa libertad —reiteró el rey mirando a Nicholas.

Nicholas la acompañó afuera y, nada más cerrarse las puertas, se enfrentó a su mirada. Olive no sabía si era rencor o enfado lo que dominaba sus ojos.

—Supongo que entonces perseguirás tu amada libertad y te marcharás.

Olive quiso reír y llorar al mismo tiempo. La había defendido allí dentro a riesgo de enfrentarse a su rey y a Malborough y solo se le ocurría preguntarle si se quedaría con él. Su duque leal y sincero, orgulloso para pedirle que se quedara y a la vez odiarla por mentirle, aunque fuera para salvarlo.

—Si tú lo quieres me iré para liberarte de este matrimonio.

—No es una respuesta, Olive, ¿tú deseas irte?

Ese era el momento en que las palabras sin control podían cambiar sus vidas. La antigua Olive probablemente lo hubiera obligado a suplicar que se quedara o simplemente se hubiera dado la vuelta y seguido su propio camino, tan ansiado y ahora tan cerca. Su tienda en París, su buhardilla donde pasar los días, sola, muy sola, lejos de Nicholas.

—Soy lo que soy, Nicholas, nunca desde que me casé contigo te he mentido con mi carácter y mi cabezonería, curiosa empedernida y obstinada, a veces

caprichosa, bebo como un marinero y engullo pasteles hasta ahogarme. Vengo de

un lodazal de París y nunca seré la duquesa perfecta para ti, pero quiero quedarme a tu lado. Te amo, Nicholas, a ti y a Denworth House, sois mi único hogar.

Él la miró intentando comprender, como si hubiera esperado que ella echara a correr al momento, ansiosa de libertad. Sus ojos del color de las hojas en otoño se iluminaron al comprender que de verdad lo amaba tanto como su corazón esperaba. La deslealtad de todos los miembros de Denworth lo había herido profundamente, pero ellos habían sabido ver lo mismo que él apreció en la mirada de Olive el día que la acorraló en aquel baile. La «francesita», duquesa de Denworth tenía un gran corazón.

—No sois una mujer como las demás, Olive —dijo Nicholas recordando aquel baile en el que se enamoró de ella. Hacía tiempo que había comprendido que aquellas palabras la habían asustado tanto que no había podido ver que eran sinceras.

—Ni “vos” sois un duque al uso. ¿Vas a obligarme a bailar contigo en cada baile? —preguntó Olive para demostrarle que recordaba todos y cada una de las ocasiones en que habían estado juntos.

—Si no lo hago, me dirás que tienes todos los bailes comprometidos —rio Nicholas mientras ese mechón rebelde caía de nuevo sobre su rostro—. ¿O me equivoco?

Olive le apartó el cabello con un suspiro.

—Sí, mi excelencia, solo con vos volvería a bailar.

Nicholas la besó en mitad del pasillo mientras la gente paseaba alrededor entre sonrisas y escandalizadas miradas.

Nunca le importó demasiado a ninguno de los dos lo que los demás dijeran mientras pudieran volver a besarse.

Capítulo 22

Se recostó sobre el pecho de Nicholas mientras descansaban después de la última carrera a caballo con que Olive le había retado. El verano, aunque había tardado en llegar, prometía ser cálido. Se preguntó si tendrían ocasión de ir a nadar al río como su marido le había prometido hacía ya una eternidad. Levantó la cabeza para mirarlo y se sorprendió al ver que tenía los ojos cerrados.

Últimamente Nicholas estaba demasiado relajado, excepto en el dormitorio, donde la tentaba cada noche.

—¿No lo hueles? —preguntó Olive con picardía.

Nicholas pasó los brazos por debajo de la nuca a modo de almohada, arrancó una brizna y se la llevó a la boca acomodándose en la mullida alfombra verde. La miró serio sin oler nada.

—¿Estiércol?

Olive ahogó una carcajada al verlo dar un brinco y ponerse de pie mirando sus ropas.

—¡No, tonto!, el aire limpio. En Londres no se puede apreciar.

Nicholas cogió la mano de Olive y la obligó a levantarse.

—Me gusta verte reír, Olive. Te gusta mucho el campo, ¿verdad?

Se habían retirado a Hertford, después de la decisión del rey de perdonar a Olive, mientras los rumores que circulaban por Londres se acallaban. La francesa había dado mucho que hablar a las matronas y aún más a las autoridades inglesas.

La diplomacia con Francia se cortó al momento. Mientras, Inglaterra tomaba las riendas de una próspera industria. James Watt cumplió su promesa y, junto a su colega Newman, comenzaron a construir las aplicaciones necesarias para modernizar la industria, es más, los astilleros de Nicholas serían los primeros en construir unas poleas impulsadas por vapor. La válvula Denworth

perfeccionó el sistema y, en unos años, los ferrocarriles recorrerían Inglaterra de un extremo a otro en un tiempo récord.

Olive se soltó y alisó la falda para quitar los restos de hierbas.

—Me gusta mucho Hertford, me recuerda a mi niñez en casa Dupont, a veces escapaba al bosque. —«Con mi hermano», pero esas últimas palabras las escondió en el lugar más recóndito de su corazón, había secretos que era mejor guardar. Algún día, se prometió, le contaría a Nicholas su verdadera historia.

—¿Cerca de París? —preguntó él.

Nicholas arqueó una ceja al verla dudar ante su pregunta, nunca dejaría de intentar que ella desvelara a la «*Le Secret du roi*». Su mujer arqueó los hombros a modo de disculpa.

—Sí, cerca de Versalles.

—No me mientas, Olive, cuando no quieras responder a algo no me contestes. Me encantaría obligarte a que me abrieras tu corazón, pero no puedo.

—No, no puedes, Nicholas —se alejó en busca de Louise. La yegua pareció oírla acercarse y sacudió la crin molesta—. ¿Seguimos hasta el pueblo? Es temprano.

—Sí, Olive, seguimos.

Ella se giró muy seria, abandonando su tono juguetón.

—Sabes que te quiero, excelencia.

—Creo que sí, *ma duchesse*.

Olive rio ante su respuesta ambigua como si no le diera mayor importancia.

Nicholas no sabía si alguna vez llegaría a conocer de verdad a su duquesa. Olive siempre rayaba la línea entre la bondad más absoluta y la mentira más coherente.

Gozaba de la vida con una pecaminosa conducta y a la vez se alarmaba por las injusticias sociales, pareciera que nunca nada la importase y, a veces, la veía emocionarse al ver un atardecer desde las colinas.

Vivir a su lado sería una loca y maravillosa incertidumbre de la que nunca querría escapar.

F I N

Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)